

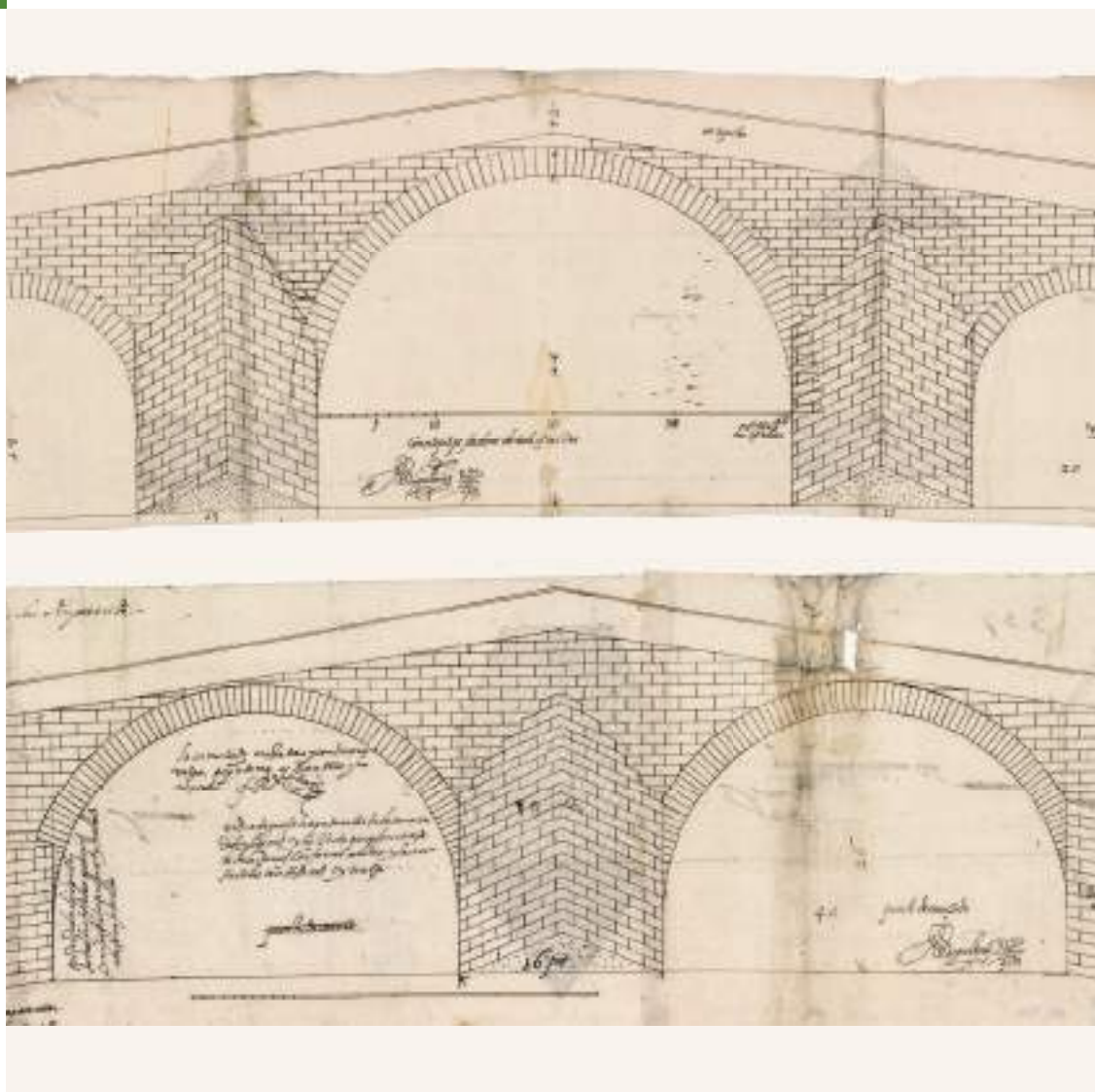
JAVIER GÓMEZ DARRIBA

Entre la Orden del Císter y los Condes de Lemos

La construcción de puentes en la diócesis
de Lugo durante la primera mitad del siglo XVII

TREA

PIEDRAS ANGULARES



Entre la Orden del Císter y los Condes de Lemos

*La construcción de puentes en la diócesis de Lugo
durante la primera mitad del siglo XVII*

JAVIER GÓMEZ DARRIBA

Entre la Orden del Císter y los Condes de Lemos

*La construcción de puentes en la diócesis de Lugo
durante la primera mitad del siglo XVII*



EDICIONES TREA

Este trabajo es el resultado de una investigación promovida por el Departamento de Patrimonio Histórico Artístico de la Diócesis de Lugo, financiada por dicha institución con tres meses y medio de jornada laboral del autor.



ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

© del texto: Javier Gómez Darriba [<https://orcid.org/0000-0001-6712-2983>], 2024

Motivo de cubierta: Foto superior: Miguel Arias: fragmento del alzado del proyecto no materializado para el Puente de Carracedo, 1630. ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 207. Foto inferior: Miguel Arias y fray Bernardo Gómez: fragmento del alzado del proyecto definitivo para el Puente de Carracedo, 1630-1631. ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 208.

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.
Polígono de Somonte / María González la Pondala, 98, nave D
33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)
Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712
trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici
Producción: Patricia Laxague Jordán

ISBN: 978-84-10263-23-9

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Unha vez máis, a meus pais, irmá e avós
por seren os verdadeiros pilares desta ponte que é a vida.

Índice

Presentación	11
JOSÉ ANTONIO FERREIRO VARELA	
Prólogo	13
JESÚS ÁNGEL SÁNCHEZ GARCÍA	
Agradecimientos	15
Siglas y abreviaturas	19
Introducción	21
1. Los puentes	27
1.1. Puente de Carracedo	27
1.1.1. El puente primitivo: muerte, destrucción y una turbia denuncia	31
1.1.2. El proyecto de 1626: demasiadas complicaciones para una solución catastrófica	32
1.1.3. El primer proyecto de 1630: otra solución fallida	38
1.1.4. El segundo proyecto de 1630 (enmendado al año siguiente): a la tercera va la vencida	39
1.2. Puente de Neira	47
1.3. Puente de Lago	52
1.4. Puente de Galiñeiros	55
1.5. Puente de O Vao	58
1.6. Puente de San Fiz	60
1.7. Puente de Neira de Rei	62
1.8. Puente de Ribasaltas	63
1.9. Puente de Belesar	64

2. Los autores	69
2.1. Origen e interrelación artística de los arquitectos y maestros de obras partícipes en el diseño, construcción y subastas	69
2.1.1. Tracistas, aparejadores y su vinculación con la Orden del Císter y la Casa de Lemos	69
2.1.2. Participantes en las pujas, perdedores en las subastas	83
2.1.3. Los maestros anhelados	86
Conclusiones	89
Fuentes y bibliografía	91
Índice onomástico	99
Índice toponímico	101

Presentación

JOSÉ ANTONIO FERREIRO VARELA

*Delegado Episcopal de Liturgia, Religiosidad Popular
y Patrimonio Histórico-Artístico de la Diócesis de Lugo*

El presente trabajo es fruto de una amplia y compleja investigación llevada a cabo por el doctor Javier Gómez Darriba y que evidencia la riqueza patrimonial de nuestra tierra, así como la que todavía se esconde en la documentación salvaguardada en los archivos de Galicia, entidades que han sido testigos del tenaz trabajo del doctor Gómez Darriba para configurar el corpus documental sobre el que se sostiene esta nueva aportación histórica centrada en el antiguo Reino de Galicia.

La construcción de puentes durante la primera mitad del siglo xvii manifiesta la evolución que tuvo Galicia durante ese periodo y que Javier ha sabido sintetizar, utilizando con maestría las diversas metodologías históricas, que se han unido a su propia calidad profesional, humana e intelectual. Puentes, maestros y promotores configuran un universo que cobra luz y desvela una realidad que emana de la propia historia lucense, de su territorio, su identidad y sus relaciones.

La Diócesis de Lugo, a través de su Departamento de Patrimonio Histórico-Artístico, se esfuerza por poner en valor el patrimonio lucense y desde un primer momento consideró que la propuesta de Javier Gómez Darriba merecía ser apoyada. Estamos convencidos que este trabajo contribuirá de manera definitiva, no sólo a mirar de una manera nueva lo aquí estudiado, sino también a su custodia y conservación.

Este libro supone un paso más en la prestigiosa carrera de nuestro autor, representando para él otro eslabón dentro de sus investigaciones sobre el patrimonio de Galicia en general y de la provincia de Lugo más en concreto. Estamos convencidos que este trabajo supone el impulso para posteriores estudios sobre el amplio y disperso legado cultural de nuestra Galicia rural, que a buen seguro tendrán en esta obra unos sólidos cimientos sobre los que construir nuevas aportaciones.

Javier Gómez Darriba, con sus investigaciones, se convierte en aquello que estudia aquí, en puente, o quizás mejor en creador de caminos, ya que toda investi-

gación, realizada con método, trabajo, seriedad y dedicación, es una vía por la que la comunidad científica puede transitar para acercarnos a nuestra realidad pasada, mejorar en su conocimiento y posibilitar así el poder amarla, conocerla y apreciarla en su justa medida.

Prólogo

JESÚS ÁNGEL SÁNCHEZ GARCÍA
Catedrático de Historia del Arte
Universidade de Santiago de Compostela

Desde sus primeras versiones como precarias estructuras de madera a las más resistentes fábricas de piedra, los puentes se encuentran en el origen de grandes ciudades —de Roma a Viena pasando por Londres y París—, que hasta hoy conservan el papel rector iniciado y favorecido gracias a aquellas trascendentales obras de ingeniería. Otros puentes fueron tendidos allí donde los caminos buscaban los puntos más convenientes para cruzar los ríos, estableciendo así la trama viaria que desde tiempos antiguos y medievales fue vital para el movimiento de personas, mercancías e ideas.

Ahora bien, frente a su crucial y visible presencia en las ciudades y caminos que construyeron Europa, la gran paradoja de los puentes que se remontan más atrás en el tiempo reside en integrar un notable conjunto de obras públicas, pero de las que rara vez conocemos sus autores. Quizá sea esta la razón por la que, salvo en casos excepcionales, han atraído menor atención frente al interés de las obras arquitectónicas que contaban con datos sobre sus promotores y constructores.

El río del olvido que ha arrastrado la información sobre la construcción y reparación de puentes constituye un reto al que deben enfrentarse los investigadores. Un reto que impone, además, el trabajo paralelo de desmontar las leyendas e infundadas atribuciones esgrimidas para explicar, a falta de documentos, el origen y evolución de tantos puentes históricos que con demasiada facilidad se clasifican bajo etiquetas genéricas y tan socorridas como la manida alusión a los puentes «romanos». La exigencia de un análisis riguroso, desde la identificación de nuevas fuentes documentales al examen de las evidencias que contienen las propias piedras, abre, en cambio, nuevas posibilidades para ampliar el conocimiento sobre este capítulo de nuestro patrimonio construido.

La investigación de Javier Gómez Darriba se sitúa precisamente en ese nivel de meticuloso análisis documental, arquitectónico y estilístico, orientado a esclarecer con las mayores garantías el proceso de construcción de puentes en la diócesis de Lugo en la primera mitad del siglo XVII. Tenemos ante nosotros un trabajo que

aporta multitud de datos inéditos para concretar cuándo y cómo se abordaron obras de puentes hoy considerados históricos, alguno incluso ya desaparecido, profundizando hasta aspectos como la financiación, proceso de adjudicación de los proyectos y realización de los diferentes trabajos.

El análisis aprovecha las fuentes y metodologías habituales en la historia del arte para arrojar luz sobre un complejo entramado de relaciones entre comitentes y profesionales de la arquitectura, desvelando el trasiego de una generación de maestros de obras y arquitectos que fueron protagonistas de numerosas obras repartidas por la geografía gallega en los años inmediatamente anteriores a la explosión artística del barroco.

Que los artífices de los puentes aquí estudiados, algunos de ellos foráneos, como los procedentes de la tierra de Trasmiera, llegaran también a intervenir en obras de iglesias, monasterios y edificación civil incide en el interés de los datos aportados para una mejor comprensión del panorama artístico en la primera mitad del siglo XVII. En este sentido, son de gran valor las noticias reunidas sobre la actividad entre las décadas de 1620 a 1650 de fray Bernardo Gómez, Miguel Arias da Barreira y Juan Bautista Martínez de Isla. Herederos de un técnico tan reconocido como Simón de Monasterio, de quien igualmente se revelan nuevos datos, la implicación en obras para la Casa de Lemos y el Císter constituyen notables hallazgos para reconstruir la red de relaciones laborales e influencias artísticas tejida en aquellos años.

Por supuesto, no es este el único valor de una publicación que también sirve para confirmar las constantes atenciones e inversiones que requería la tupida red de caminos existente en la época Moderna. El impacto de la financiación reunida para afrontar estas obras, en forma de distintos tributos e imposiciones, extiende además el alcance local de la construcción y reparación de puentes como elementos cuya importancia representaba una incuestionable prioridad para el desarrollo de la vida cotidiana en nuestra comunidad.

Los datos que ahora se dan a conocer, contextualizados y narrados con la rigurosidad a la que Javier Gómez Darriba nos tiene acostumbrados en otros excelentes estudios de historia de la arquitectura, contribuyen así a avanzar en el conocimiento de la arquitectura histórica y el patrimonio en Galicia.

Agradecimientos

La idea de hacer este libro y la ardua investigación que acarreó su confección se gestó en el seno del Departamento de Patrimonio Histórico Artístico de la Diócesis de Lugo, institución para la que me honro de haber trabajado. El verdadero origen del mismo radica en una conversación con Marcos G. Calles Lombao, doctor en Historia del Arte y director del Museo Diocesano Catedralicio de Lugo, quien me informó de que el Archivo do Reino de Galicia (A Coruña), en su perfil de Facebook, había notificado la aparición de un legajo del primer tercio del siglo xvii con trazas de puentes cosidas en su interior. No le di demasiada importancia al asunto pese a que recientemente había publicado en una revista científica un extenso artículo sobre la construcción de puentes en la antigua provincia de Mondoñedo durante la Edad Moderna. Pero en una obligada visita al mencionado archivo con objeto de hallar viejas fotografías que ilustrasen mis capítulos en el libro *Arquitecturas añoradas. Memoria gráfica del patrimonio destruido en Galicia en el siglo xx* —que al igual que el presente vio la luz en la editorial Trea—, dispuse de tiempo libre para solicitar la consulta del citado documento y averiguar si realmente tenía el interés que *a priori* suscitaba. De inmediato me vi imbuido en la lectura de un pleito riquísimo en datos. Su inicio, protagonizado por el abad de Samos y el notario Juan de Cervela, cuya pugna, con varias muertes y acusaciones de asesinato de por medio tenía como escenario de acción el primitivo y ruinoso Puente de Carracedo, hacían del legajo un material idóneo para una provechosa investigación a la vez que un motivo de inspiración de cara a una novela negra. Decidí acertadamente apostar por lo primero valiéndome no solo de sus folios, sino también de otras fuentes manuscritas, orales, cartográficas, fotográficas, bibliográficas... que dieran forma a un exhaustivo artículo en el que, aparte de estudiar el diseño y edificación de una serie de puentes, se analizase la interrelación artística de varios de los arquitectos y maestros de obras participantes en su delineación y posterior erección. Pero, comoquiera que la extensión del mismo superaba con creces los límites permitidos por cualquier revista, surgió de inmediato la feliz oportunidad de convertirlo en este libro.

Es por ello que, con cariño y justicia, quiero reconocer el mérito de aquellas personas gracias a las que este proceso de afortunado desenlace ha sido posible. En primer lugar, agradezco al Rvdo. Sr. D. José Antonio Ferreiro Varela, delegado episcopal de Liturgia, Religiosidad popular y Patrimonio Histórico Artístico de la Diócesis de Lugo, así como a Jesús Salvador López, director del Departamento de Patrimonio Histórico Artístico de dicha delegación, el que apostasen por esta investigación permitiendo que durante tres meses y medio dedicase mi jornada laboral a elaborarla. De esta manera supieron apreciar el valor intrínseco que supone para la institución la gran cantidad de noticias aportadas sobre la construcción de iglesias parroquiales, conventuales y colegiales en el obispado lucense a lo largo de la primera mitad del siglo XVII; acerca de las redes de comunicación y la cotidianidad en territorio diocesano, y por supuesto el papel jugado por el prelado Diego Vela Becerril, quien manifestó un enorme poder a la hora de designar a ciertos arquitectos para que desempeñasen la función de peritos o maestros de obras de infraestructuras que ni tan siquiera eran de su jurisdicción. De igual modo, hago extensivo este agradecimiento a Jesús Ángel Sánchez García, catedrático de Historia del Arte en la Universidade de Santiago de Compostela e investigador principal del grupo IDEAHS (Investigación y Desarrollo en Artes y Humanidades) del Departamento de Historia del Arte de la USC, a pesar de que, por un malentendido administrativo, no pudo lograr en el último instante la partida económica deseada para que el presente volumen se financiase con cargo al proyecto de investigación que actualmente dirige. Razón de más para reconocer a Álvaro Díaz Huici, director de esta prestigiosa empresa de Gijón, el que validase su impresión, máxime cuando se trata de mi segundo libro en dicha editorial con él al frente. A todos ellos, mi infinita gratitud.

Asimismo, la realización de esta obra no hubiera sido posible sin la contribución de otras personas de las que quiero dejar constancia. Principalmente agradezco al citado Marcos G. Calles Lombao el haberme notificado la existencia del legajo y sobre todo la inagotable generosidad y bondad con la que siempre me ha tratado. Sin salir de la Diócesis de Lugo, reconozco también la ayuda prestada por el Rvdo. Sr. D. Óscar González Murado, director del Archivo Histórico Diocesano, pues aparte de aconsejarme acerca de la consulta de distintos documentos manuscritos e impresos, realizó valiosas pesquisas acudiendo a fuentes orales dada la feliz casualidad de que ejerce su ministerio pastoral en alguna de las parroquias surcadas por los ríos que atraviesan los puentes estudiados. Igualmente, hubo numerosas personalidades académicas y/o de reconocido prestigio investigador que desinteresadamente me ofrecieron todo tipo de indicaciones y materiales de enorme valía. Es el caso de Ofelia Rey Castelao, Miguel Taín Guzmán, Adolfo de Abel Vilela, Estefanía López

Salas, Javier Gómez Vila, María Díaz Bernárdez, Antonio González López o Mario Outeiro Iglesias.

Tampoco me quiero olvidar de los directores y técnicos de los siete archivos consultados, muy especialmente el Archivo do Reino de Galicia y el Archivo Histórico Provincial de Lugo; ni de las personas que contribuyeron a enriquecer el rico aparato fotográfico con que se ilustra el trabajo. En este sentido, agradezco el magnífico trato que me brindó el Rvdo. Sr. D. Mario Cotelo Felípez, presidente de la Comisión Diocesana de Arte Sacro de la Archidiócesis de Santiago de Compostela, a la hora de permitirme el acceso al monasterio de Santa María de Monfero. Por la misma razón, mi gratitud hacia José Antonio Otero, gerente del Espacio Cultural San Martín Pinario, por posibilitar que pudiera tomar fotografías en el antiguo cenobio benedictino. Asimismo, reconozco la generosidad de la dirección de La Voz de Galicia S. A. y de Miguel Cabana, delegado de la redacción de Monforte de Lemos, por autorizarme a publicar de manera gratuita varias imágenes cuya autoría corresponde a Carlos Cortés. A un antiguo trabajador de dicho diario, Rodrigo Fernández López, debo la cesión de las más preciadas joyas de su inédita fototeca, esto es, de antiguas fotografías del Puente de Belesar. Igualmente amable fue la doctora ingeniera Belén Riveiro Rodríguez, quien me transfirió desinteresadamente sus ortoimágenes del Puente de Carracedo, magníficas por cuanto con ellas es posible la contemplación íntegra de su arquitectura. Dichos documentos, junto con sus tres plantas y alzados originales, fueron editados por Emilio Otero, empleado de La Voz de la Verdad, a quien agradezco no solo su profesionalidad por ello, sino también por hacer lo propio respecto a dos custodias portátiles de incomparable valor histórico-artístico que tuve la suerte de investigar durante mi etapa laboral en la Diócesis de Lugo y cuyos resultados verán la luz en el presente año.

Para acabar, el agradecimiento más sentido va para mis padres y hermana, por creer en mí de forma incondicional y porque siempre se han erigido en mis más sólidos pilares.

En Lugo, a 19 de mayo de 2024

Siglas y abreviaturas

Siglas

ACEGCGE	Archivo Cartográfico de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército
ACL	Archivo de la Catedral de Lugo
AGS	Archivo General de Simancas
AHDL	Archivo Histórico Diocesano de Lugo
AHN	Archivo Histórico Nacional
AHPLU	Archivo Histórico Provincial de Lugo
ARG	Arquivo do Reino de Galicia
BVPB	Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico
PNL	Protocolos Notariales de Lugo
PNV	Protocolos Notariales de Viveiro

Abreviaturas

ca.	hacia
coords.	coordinadores o coordinado por
dir./dirs.	director/es o dirigido por
doc. cit.	documento citado (en la nota inmediatamente anterior)
ed.	editor o edición
eds.	editores
<i>et al.</i>	<i>et alii</i> (y otros)
f./ff.	folio/s
fasc.	fascículo
Fig.	figura
leg./legs.	legajo/s

núm.	número
orig.	original
p./pp.	página/s
r.	recto
S. a.	sin autor
S. l.	sin lugar
S. ed.	sin editorial
sign.	signatura
ss.	siguientes
t.	tomo o tomos
v.	vuelto
<i>vid.</i>	<i>vide</i> (véase)
vol./vols.	volumen/es

Introducción

Sobre los infinitos ríos que nutren con sus aguas las cuatro provincias gallegas se yerguen decenas de puentes contruidos *ex novo* durante la Edad Moderna, época tradicionalmente infravalorada por una parte de la historiografía, la Administración, instituciones de toda índole y creencias populares, siempre interesadas en remontar su antigüedad al Medievo o a tiempos de los romanos por considerarlos periodos gloriosos cuyas edificaciones albergan un prestigio sin igual. Este legendario y maniqueo relato sigue vigente pese a los rigurosos estudios realizados desde el siglo xx. De ahí que no sorprenda que algunas de las infraestructuras que centran nuestra investigación cuenten con una señalización oficial y una bibliografía que las convierte indistintamente en romanas o medievales.

El origen del presente estudio radica en el hallazgo de un pleito motivado por la construcción del Puente de Carracedo, erguido entre 1632-1633 en el Camino Real que cruzaba el río Neira a su paso por la feligresía de San Vicente de Carracedo (Láncara, Lugo). El litigio se guarda en el Archivo do Reino de Galicia dentro de un legajo del que fueron descosidas en mayo de 2021 tres trazas delineadas para su edificación. Además del valor intrínseco de las plantas y alzados, la querella aporta una prolífica información acerca de una decena de inmuebles homólogos repartidos hoy por distintos municipios de la provincia y diócesis de Lugo, caso de la propia capital, Baralla, Chantada, O Corgo, Láncara, Monforte de Lemos, O Páramo u O Saviñao [Fig. 1]. En ella se describe el estado previo a las inundaciones; la ruina sufrida *a posteriori*; los nuevos diseños, las subastas y consiguientes obras, etc. Esta documentación, sumada a la consulta de un centenar de protocolos notariales y otras fuentes igualmente inéditas custodiadas en múltiples archivos, ofrece numerosos, sugestivos y meridianos datos sobre la cotidianidad rural y urbana de la Galicia de la primera mitad del siglo xvii; acerca de la importancia que tenían entonces algunas vías de comunicación; sobre el estado de ciertas fábricas edilicias que se levantaban en puntos muy dispares del Reino, y no digamos en lo que atañe al proceso financiador y constructivo de los propios puentes, asunto bien conocido

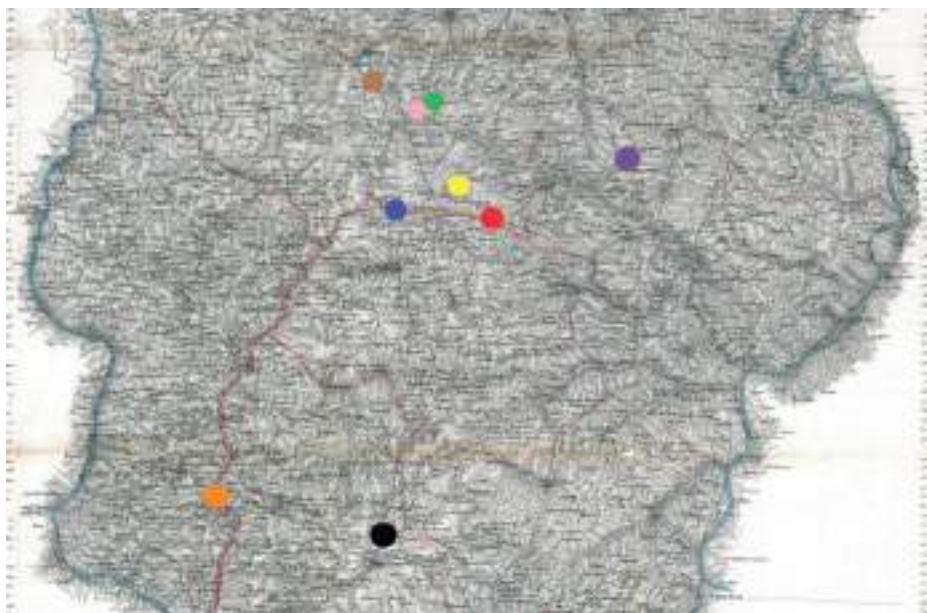


FIG. 1. Localización geográfica de los puentes objeto de estudio. A cada cual se le asigna un color: rojo, Carracedo; azul, Neira; amarillo, Lago; verde, Galiñeiros; rosa, O Vao; marrón, San Fiz; violeta, Neira de Rei; negro, Ribasaltas; naranja, Belesar. Infografía del autor basada en el mapa de la provincia de Lugo de Francisco Coello (1864) publicado en *Atlas de España y sus posesiones de ultramar*. Cartoteca Rafael Mas, Servicio de Cartografía de la Universidad Autónoma de Madrid.

gracias a la historiografía. Pero, ante todo, aporta multitud de referencias a la biografía y actividad artística e ingenieril de una treintena de arquitectos y maestros de obras gallegos, cántabros y extremeños que, bien delinearon, peritaron, pujaron, contrataron o construyeron los puentes del flanco oriental de Galicia, bien hicieron otras obras coetáneas en dicho territorio y allende sus fronteras. De entre todas las personalidades citadas cobra especial relevancia la del enigmático fray Bernardo Gómez, autodenominado «monje de la Orden de San Bernardo, maestro de las obras del convento de Nuestra Señora de Sobrado» (Sobrado, A Coruña), así como Miguel Arias da Barreira¹ y Juan Bautista Martínez de Isla, cuyo currículum evidencia una intrínseca relación con la Orden del Císter y la Casa de Lemos. A ellos hay que añadir un puñado de aparejadores íntimamente ligados a otros tracistas y maestros trasmeranos como Simón de Monasterio (ca. 1573-† 1624) o Pedro de la

¹ Aun siendo este nombre el más conocido por la historiografía, a lo largo del libro lo mencionaremos generalmente como Miguel Arias porque así firma en la documentación consultada. No obstante, para que no quepa duda acerca de su identidad, cabe subrayar que su caligrafía es idéntica a la del Miguel Arias da Barreira que rubrica de este modo en sus últimos años de vida.

Sierra († ca. 1633), quienes, desde finales del siglo xvi y hasta su muerte, diseñaron y construyeron distintas iglesias y dependencias anejas en las principales casas cistercienses de Galicia.

Antes de adentrarnos en el análisis de todo lo sugerido, conviene, a nivel introductorio, explicar la relevancia que tenían los puentes en la diócesis de Lugo en la primera mitad del xvii y cómo se desarrollaba su construcción desde el instante en que se concebían.

En el territorio que comprende el obispado, como en cualquier otro de la geografía española, resultaba esencial edificar las infraestructuras objeto de estudio y cuidar asimismo su estado para facilitar el tránsito de la población y, por consiguiente, de todo tipo de mercancías, noticias o ideas. De este modo se contribuía a la libre circulación entre localidades y a la prosperidad comercial de las mismas. Sin embargo, en la praxis se obviaba con frecuencia esta cuestión tan fundamental por muchas y variadas razones: la falta de recursos económicos; el incumplimiento de una legislación específica —o la ausencia de la misma—; la dejación por parte de las personas y/o instituciones que percibían portazgo de invertir sus beneficios en los reparos que pudiesen necesitar los puentes; el constante trasiego de todo tipo de animales y cargas; la falta de limpieza de los ríos; el inherente clima lluvioso, o la negligencia de ciertos arquitectos y maestros de obras a la hora de delinear y emplear materiales idóneos para su construcción, ocasionaba que con frecuencia el estado de dichas infraestructuras fuese verdaderamente calamitoso, cuando no una trampa mortal para quien osase cruzarlas.²

Dependiendo del puente en cuestión, bien los ayuntamientos u otro organismo oficial, bien quienes ostentasen un señorío jurisdiccional, tenían la obligación de velar por su edificación y reparación, funcionando como instrumentos estatales a la hora de canalizar todo tipo de ordenanzas y provisiones reales que afectaban a las propias obras y a sus reformas. Pero, por lo general, la estrechez económica dificultaba el que pudiesen abordarlas con garantías.

Algunos de los puentes que estudiaremos alcanzaron el siglo xvii con una estructura parcialmente lignaria. Probablemente tuviesen una pasarela de madera asentada en pilares de piedra. A raíz de las fortísimas inundaciones de finales de la década de 1620 renovaron su imagen para convertirse en arquitecturas íntegramente pétreas. Aunque ganaron en solidez y resistencia, las avenidas que se sucedieron en años posteriores terminaron por deteriorarlos. A veces los daños eran tan graves que urgía acometer una reedificación completa, pero no siempre existía la posibilidad de financiarla con inmediatez o en atención a todo cuanto se había desbaratado. Por

² Gómez Darriba (2020), pp. 233-234.

lo general, la fórmula más socorrida para nutrirse de una urgente financiación que salvase su ruina pasaba por solicitar arbitrios al Real Consejo, que, de aprobarlos, no solía despachar la cantidad requerida. Sea como fuere, en base a la cifra dispensada había que conformar una nueva idea y presupuesto de todo cuanto se podía arreglar. De proyectar la traza y condiciones se encargaba un arquitecto o maestro de obras. El sistema de pago se formalizaba con el visto bueno del Real Consejo mediante un repartimiento, aunque también era común recurrir a la sisa. En los ejemplos que analizaremos, la subvención provenía de los impuestos cobrados a los ciudadanos de las siete provincias gallegas y no exclusivamente a los que vivían en un radio de cercanía determinado para cada puente, delimitado en función de la procedencia de los usuarios más asiduos. Método que sí se empleó en distintos territorios y periodos de la Galicia moderna y que despertó furibundas críticas del Padre Sarmiento, quien lo tachó de auténtica «peste» capaz de arrasar «a los pueblos y con más extorsión a los pobres labradores», aparte de que denunció que las partidas económicas destinadas a las obras eran parcialmente usurpadas por los recaudadores.³

Conocido el sistema de financiación, cabe comentar de manera breve el procedimiento puramente constructivo que se seguía a la hora de levantar un puente. Cuando alguno se hallaba seriamente dañado o prácticamente desmoronado, un arquitecto o maestro de cantería efectuaba una primera inspección de su estado e incluso un croquis de lo que había que reparar o una traza más completa de un edificio de nueva planta. En caso de que la institución competente lograra la aprobación de la obra y del consiguiente arbitrio, procuraba contactar con el mejor arquitecto posible para que efectuase el diseño definitivo y el pliego de condiciones. Plasmado el proyecto, se vociferaba o anunciaban sus cláusulas por escrito en distintas localidades gallegas con el objeto de que numerosos especialistas pujasen por su adjudicación. En el caso que nos atañe, el presupuesto y remate de las obras se notificó por disparejos puntos de la geografía gallega repartidos por hasta cuatro de las antiguas provincias. De manera que se pregonaron en Lugo, Sarria, Monforte de Lemos, A Coruña, Santiago de Compostela, Ourense y Vilagarcía de Arousa; y seguramente también más allá del Reino dados los numerosos maestros cántabros que pujaron por las obras estando asentados en diferentes lugares del Bierzo.

No siempre se conoce con exactitud el lugar al que acudían los maestros a presentar sus posturas, pero, independientemente de ello, variaba según la jurisdicción a la que perteneciese el puente. De ahí que en ocasiones fuese la Casa Consistorial

³ Pensado (1972), pp. 38-39. Acerca de la financiación de este tipo de obras véase Fernández Vega (1983), t. 2, pp. 15-17; Alvarado Blanco, Durán Fuentes y Nardiz Ortiz (1990), p. 23; Aramburu-Zabala Higuera (1992), pp. 27-29; Fernández Gasalla (2004), pp. 522-523, 526-539; Gordo Peláez (2010), pp. 61-62; Gómez Darriba (2020), pp. 237, 243-244, 248.

lucense y otras un espacio indeterminado de Sarria. Precisamente en esta última localidad —y más en concreto en su Plaza— consta la celebración de un concurso en una tarde de julio de 1628. Duró tres horas y se empleó el archiconocido método de la vela, por el cual los participantes establecían sus pujas mientras una candela se mantenía encendida. Teóricamente se adjudicaba a quien hubiese ofrecido el presupuesto más barato una vez consumida. Pero a la hora de la verdad, dadas las estimaciones inasumibles que ofertaban algunos —por sospechosamente económicas—, se terminaba licitando en aquel maestro de acreditada experiencia en este tipo de construcciones.

Como bien es sabido, en tales obras y a lo largo de la primera mitad del siglo XVII gozaron de gran prestigio los profesionales provenientes de la Merindad de Trasmiera.⁴ En los puentes objeto de estudio y en otras construcciones civiles y religiosas que analizaremos jugaron un papel preponderante algunos arquitectos cántabros, caso de Juan Bautista Martínez de Isla o de Diego Ibáñez Pacheco —entre otros—, a los que cabría sumar un buen número de cuadrillas de canteros denominados «vizcaínos» en la documentación. Aun así, el personaje más implicado en el diseño y edificación de los mismos resultó Miguel Arias da Barreira, cuyo origen se desconoce, aunque lo más probable es que fuese gallego; y por supuesto el extremeño fray Bernardo Gómez.

Los artífices aludidos tenían a su cargo a un determinado grupo de oficiales expertos en el trabajo de la piedra, pero también a numerosos labradores y gentes ajenas al oficio de la cantería que dejaban a un lado sus quehaceres habituales para ganarse un jornal que les ayudase a sobrevivir. Estos individuos podían desempeñar distintas tareas como atajar y drenar el curso de los ríos para que acto seguido los canteros fundasen los cimientos y pilares; también carreteaban materiales de toda índole; cortaban y preparaban la madera con que se erigían las cimbras y andamios, etcétera. Todas estas ocupaciones las desarrollaban siempre y cuando no se solapasen con sus labores agropecuarias, pues la erección de los puentes solía producirse en los meses de verano por ser los de clima más favorable y porque el cauce era menor que en el resto de estaciones. De ahí la constante preocupación de las instituciones que administraban su financiación por concluirlos durante el estío, pues, de no finalizarse entonces, cualquier daño incipiente podía agravarse sobremanera en caso de que el invierno resultase lluvioso en exceso.

Conocido este preámbulo, es hora de dar paso a los puentes objeto de nuestro estudio.

⁴ Pérez Costanti (1930); de Sojo y Lomba (1935); Bonet Correa (1966); Alonso Ruiz *et al.* (1991); Alonso Ruiz (1992); Goy Diz (1993); Fernández Gasalla (2004); Dúo Ramila (2011); Cagigas Aberasturi (2015) y (2019); Gómez Darriba (2020).

Los puentes

1.1. Puente de Carracedo

La infraestructura de la que parte nuestra investigación cuenta con una señalización oficial que la pondera romana, hecho que se justifica por la existencia de una bibliografía que remonta su origen a tiempo inmemorial [Figs. 2-3]. De modo que, algún autor, sin otorgarle una cronología concreta ni citar fuente alguna, manifiesta que se habría levantado sobre el emplazamiento de un puente romano y que conservaría algún sillar de aquel tiempo.⁵ Otro ha expuesto una serie de razones para datarlo en el siglo XII y elogiarlo como una «construcción del más puro y genuino estilo románico gallego».⁶ Hay quien, aun retrotrayendo sus raíces a la Antigüedad, lo cree medieval y de traza gótica.⁷ Otros lo estiman simplemente fruto del Medievo.⁸ Diversos autores se han aproximado a su fecha de erección argumentando que podría deberse al siglo XVI.⁹ No obstante, al igual que decenas de edificaciones homólogas en la meseta norte, se fabricó con sillares de cantería después de que su estructura primigenia, parcialmente lignaria, se desmoronase como consecuencia de las fortísimas lluvias que afectaron al noroeste peninsular en el primer tercio del XVII. Conserva en líneas generales su aspecto original pese a haber sufrido en las últimas décadas intervenciones de dudosa utilidad y nulo respeto hacia su valor patrimonial. Dicha morfología es casi idéntica a la que Miguel Arias y Juan Bautista Martínez plantearon en 1630, diseño que enmendó al año siguiente fray Bernardo Gómez y materializó el propio Juan Bautista en compañía de Juan Muñoz de Selorga entre 1632-1633. En el ínterin de la desaparición del primitivo puente en

⁵ Torres Rodríguez (1982), p. 235. En similares términos se pronuncia Giz Ramil (1991), p. 18.

⁶ Peinado Gómez (25/02/1981), p. 13.

⁷ López Arias (2012), p. 89.

⁸ González Reboredo *et al.* (1975), t. 2, p. 64; Nárdiz Ortiz (1992), p. 150. Aparte de juzgarlo medieval, lo ubica en Melide (A Coruña) Manso Porto (1993), p. 367.

⁹ Alvarado Blanco, Durán Fuentes y Nárdiz Ortiz (1990), pp. 252, 392; Arias *et al.* (2012), p. 73606/2.



FIGS. 2-3. Puente de Carracedo (aguas arriba y aguas abajo). Diseñado en 1630-1631 por Miguel Arias y fray Bernardo Gómez. Construido en 1632-1633 por Juan Bautista Martínez de Isla y Juan Muñoz de Selorga. Fotografías del autor.



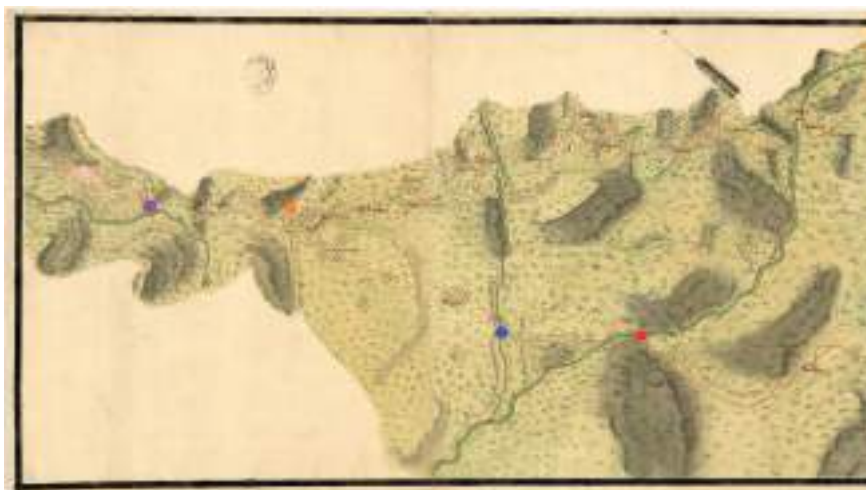


FIG. 4. Localización geográfica de los puentes objeto de estudio. A cada cual se le asigna un color: rojo, Carracedo; azul, Lago; naranja, O Vao; violeta, San Fiz. Infografía del autor basada en el *Mapa del Pays y del Camino Proyectado y Construido entre Lugo y Villafranca* de Carlos Lemaury (1769), ACEGCGE, Mapas y planos, sign. Ar.E-T.4-C.5-194.

el decenio de 1610 y la erección del actual, se ideó otro en 1626 que fue arrasado por una avenida cuando apenas se había concluido la tercera parte de su fábrica. La resolución de si el motivo de la ruina se debía a una implacable riada o a la negligencia del aparejador dio lugar a un pleito en la Real Audiencia de Galicia, donde se juzgó quién tendría que sufragar los daños y materiales perdidos en el aluvión.

Como se prueba en el litigio analizado, el de Carracedo, al igual que el de Lago (también objeto de estudio), formaba parte de la principal vía que unía Castilla con la ciudad de Lugo en la Edad Moderna, la cual cayó paulatinamente en desuso una vez se abrió el Camino Real promovido por Carlos III en la segunda mitad del XVIII. Junto al puente existía una posta desde el siglo XVI. De manera que, durante décadas, los correos provenientes de Madrid hacían parada allí antes de proseguir hasta Lugo o A Coruña.¹⁰ Rodríguez Campomanes (1761) no indica la presencia de ninguna en él y señala que los correos procedentes de la Corte que atravesaban la urbe lucense para dirigirse a Coruña o Ferrol se detenían en las postas de Santa Mariña de Galegos (Láncara) y O Hospital (lugar de la parroquia de San Pedro de Santo André de Chamoso, O Corgo), separadas por cuatro leguas,¹¹ circunstancia que ya se constata en un mapa de 1720.¹² No obstante, hacer dicho trayecto obligaba a cruzar los puentes

¹⁰ López Arias (2012), pp. 80-98.

¹¹ Rodríguez Campomanes (1761), pp. 23, 30.

¹² Madrazo (1984), t. I, p. 47.



FIG. 5. Camino Real entre Castilla y Lugo en el *Carte des Routes d'une Partie de la Galice* (1808), incluido a su vez en una edición de Laborde (1834), plano 36, BvPB, sign. AT-48/31.

de Carracedo y Lago.¹³ Este itinerario se halla perfectamente reflejado en el *Mapa del Pays y del Camino Proyectado y Construido entre Lugo y Villafranca* de Carlos Lemaury (1769) [Fig. 4]; en el *Mapa Geográfico del Reyno de Galicia* de Tomás López (1784), así como en el *Carte des Routes d'une Partie de la Galice* y en el *Route de Lugo à Astorga* realizados por Alexandre de Laborde y Pierre Lartigue (1808) [Fig. 5]. Dentro de los pocos lugares que se reseñan en ellos en decenas de km, aparecen, no por casualidad, los de las postas y puentes referidos. Además, un protocolo casi coetáneo a la publicación del ilustrado Campomanes (1756) indica que el Puente de Carracedo era parada obligatoria del tráfico de correspondencia ordinaria que se intercambiaba entre Madrid y demás partes de Castilla para las villas de Sarria y Monforte de Lemos (Lugo), así como para Ourense, capital provincial del Reino. De manera que, todos los jueves, las valijas de estos lugares se dirigían a la Corte, mientras que los domingos sucedía lo contrario.¹⁴ En aquella segunda mitad del XVIII la infraestructura continuaba siendo un emplazamiento concurrido y de vital importancia, pues cada martes se celebraba junto a ella un mercado donde «solo se vende centeno con el motivo del tránsito de arrieros».¹⁵

¹³ Aparte de ser un hecho contrastado, cabe resaltar que los atravesó en 1745 fray Martín Sarmiento en su viaje de Samos a Lugo, *vid.* Sarmiento (1975), p. 50.

¹⁴ Vázquez Saco (1950), pp. 67-68.

¹⁵ Larruga (1798), t. 43, p. 162.

1.1.1. EL PUENTE PRIMITIVO: MUERTE, DESTRUCCIÓN Y UNA TURBIA DENUNCIA

El escribano Juan de Cervela sirvió al rey de España en diferentes ocasiones desde los tiempos en que la Corte se había trasladado de Valladolid a Madrid (1606).¹⁶ Dentro de su currículum se enorgullecía de haber participado en ciertos episodios históricos como la expulsión de los moriscos embarcados en Gibraltar. En fecha indeterminada, pero a buen seguro en el primer lustro de la década de 1610, el monarca lo designó maestro de postas en A Ponte de Carracedo, lugar a cuya parroquia estaba familiarmente ligado desde tiempo inmemorial porque en la iglesia de San Vicente había una capilla dedicada al santo Ángel de la Guarda popularmente conocida como de los Cervelas por estar enterrados muchos de sus ancestros y contar con escudo de armas.¹⁷ Por aquel entonces el puente era una infraestructura parcialmente lignaria junto a la que tenía una casa y tres caballos para su oficio. Quizá contase con las típicas pilas de piedra y una pasarela superpuesta de madera. Por él pasaban todos los correos que se dirigían desde Madrid a capitales del Reino como A Coruña o Betanzos, pero desde 1612-1615 resultaba casi imposible cruzarlo debido a su ruina.¹⁸ De hecho, se conserva un memorial donde se reseñan con nombres y apellidos cerca de una decena de personas que, o bien se precipitaron desde él y lograron sobrevivir, o bien perecieron ahogadas. El escribano comunicó tal situación al justicia de Samos (Lugo) y al abad del monasterio homónimo, fray Cristóbal de Aresti, pues el puente se inscribía en términos del coto de Carracedo cuya jurisdicción pertenecía a la abadía benedictina. Asimismo, hizo lo propio con los alcaldes mayores de la Real Audiencia para que despachasen una Real Provisión con que financiar la reedificación. Estos mostraron verdadero interés hacia su requerimiento. Tanto es así que, en la Junta del Reino de 1613, convocada por el regimiento de la ciudad de A Coruña, se suplicó a Su Majestad y a su Real Consejo aprobar un repartimiento con el que subvencionar «el reparo de la Puente de Carracedo, que está en el obispado de Lugo y es muy necesario para este Reino y pasaje del de Castilla a la Real Audiencia», ubicada entonces en la capital herculina.¹⁹ Aunque el notario fue escuchado, pasados dos años el edificio continuaba igual. El hecho de no cejar en su empeño provocó un fuerte recelo en la comunidad

¹⁶ Los datos que conforman este párrafo se extraen fundamentalmente del ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 1r.-21r., 33r., 35r.-41r.

¹⁷ El propio notario la había dotado con 50 misas anuales, ARG, Real Audiencia, leg. 297-11, ff. 48v. y ss.

¹⁸ Es posible que entonces se produjesen riadas que menoscabasen algunos puentes de la actual provincia de Lugo, pues hacia 1613-1614 también se desmoronó la Ponte Nova de O Castro de Ouro (Alfoz), Vela Santamaría (2019), p. 275; Gómez Darriba (2020), pp. 261-266.

¹⁹ Eiras Roel (1995), vol. 1, pp. 40, 61, 505.

monástica, temerosa de verse obligada a costear las obras. En aras de amedrentarlo, el referido abad y el juez de Samos, Francisco de Vega, le acusaron junto a su esposa, criados y postillón de haber matado al hidalgo Pedro de Camba, personaje que había fallecido en el puente. Por dicha razón fueron apresados y forzados a pagar multas de 1.000 maravedíes. Una vez libres, el abad insistió en culparlos y encarcelarlos en el cenobio por diferentes cuestiones. En todas las disputas Cervela apeló a la Real Audiencia con el dispendio que ello acarrearba. Lo hizo hasta el extremo de quedar sumido en la más absoluta pobreza. En cualquier caso, la ruina del edificio era una realidad contrastada, pues en diciembre de 1623 el notario Domingo Vázquez juró haber acudido «a donde dicen la Puente Carracedo, sitio a donde tengo nota había una puente por donde se solía andar de a pie y de a caballo; y a donde al presente está un paso estrecho».

1.1.2. EL PROYECTO DE 1626: DEMASIADAS COMPLICACIONES PARA UNA SOLUCIÓN CATASTRÓFICA

A fin de subsanar la lamentable situación descrita y en cumplimiento de una Real Provisión, el 8 de enero de 1626, Alonso López de Barrio, maestro cantero avecinado en Lugo que dijo tener 40 años, acudió a Sarria para saber dónde sería menester reedificarlo. En todo momento estuvo acompañado por Pedro Vaca de Vega, justicia mayor de la villa, así como por los canteros Bartolomé Rodríguez, Pedro de Cajigal y Francisco Martínez. Los dos primeros manifestaron rondar los 60 años, mientras que el restante dijo contar aproximadamente con 30. Pasados dos días, detallaron los materiales y medios de transporte necesarios para levantarlo, tasando el costo total de su fábrica en 5.000 ducados. La autoridad local encargó a Alonso realizar un diseño y este se apresuró en llevarlo a cabo, de tal manera que el 11 de enero la traza y condiciones de la obra se rubricaron en Lugo ante notario [Fig. 6]. López de Barrio ideó un edificio construido enteramente con sillares de cantería cuyos 75,23 m de longitud estarían definidos por una rasante alomada de acusada pendiente. Tendría tres arcos apuntados o «a tercio punto», como él mismo denominó. El central contaría con 8,91 m de diámetro mientras que los laterales con 4,45. Se reforzarían a su vez con tajamares de 1,95 m de largo sobre los que montarían estribos «en redondo o en cuadrado, como mejor le pareciere al maestro, porque de ambas maneras son seguros». La anchura total alcanzaría 3,9 m, correspondiendo a su calzada 3,2. En ambas orillas se construirían manguardias de 6,68 x 1,11 m con bloques de gran tamaño. En una de las riberas se levantaría un paredón de pizarra de casi 42 m de largo perforado por dos arquillos de medio punto o «coladeros»



FIG. 6. Alonso López de Barrio: alzado y planta del Puente de Carracedo, 1626. ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 206.

para facilitar un cómodo acceso cuando las corrientes sobrepasasen el cauce natural, evitando así daños en el resto de la estructura.²⁰

Las cláusulas antedichas se sacaron a concurso público y se pregonaron durante el verano de 1626 por algunos de los núcleos urbanos más importantes del Reino de Galicia, caso de Santiago de Compostela, A Coruña, Lugo, Sarria o Vilagarcía de Arousa (Pontevedra). En la ciudad herculina se anunciaron en las Casas Consistoriales el 21 de junio, día en que se hallaban reunidos varios maestros de cantería para pujar por las obras de la calzada de Santa Lucía, del Puente del Gaitero [sic] y de las fuentes de la ciudad.²¹ Quizá por ello nadie se interesó en asumir la edificación. A Sarria acudieron el maestro Gonzalo Martínez, vecino de la abadía de Samos, así como Francisco Martínez, feligrés de San Pedro de Froián (Sarria). En Lugo, a mediados de julio, varios maestros locales hicieron sus posturas en el Ayuntamiento, caso de Miguel Arias, Alonso Rodríguez y el analfabeto Pedro Gómez. En la urbe apostólica se fijaron cédulas el 15 de septiembre en la «plaza e iglesia

²⁰ En la redacción del pliego Alonso reiteró con vehemencia la importancia de la *firmitas* y de llevar a cabo una idónea mezcla de piedra, cal y arena. Él y Bartolomé Rodríguez fueron los únicos maestros en saber firmar, si bien el segundo lo hizo con una letra nefasta, ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 29r.-32v., 40r., 45r.-46r. El plano, dibujado en papel verjurado, mide 91,5 x 24,5 cm, ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 206.

²¹ Se trata del Puente de A Gaiteira, tal y como se le conocía en el siglo xx cuando desapareció. Quizás las primeras referencias que se tienen del mismo daten de 1525, época en el que se le denominaba «ponte del guayteyro», Martínez-Barbeito y Morás (2004), p. 88.

mayor» por carecer la ciudad de pregonero. También se dispusieron «en las puertas del colegio nuevo, a donde asisten y acuden muchos oficiales» (Colegio de San Clemente de Pasantes), pero a ningún aparejador le importó este asunto. El concurso se difundió más allá del Reino, de ahí que participasen Juan de la Huerta, maestro cantero avecinado en Villafranca del Bierzo (León) con capacidad para firmar; u otros colegas residentes en aquella villa castellana, caso de Juan de la Pedrosa «el Viejo» y de Domingo Vázquez, quienes efectuaron las pujas más bajas.²²

Casi un año después, el 1 de julio de 1627 quedó aprobada la financiación de la obra. En su mayor parte (3.000 ducados) provendría de repartimientos fijados por las siete provincias del Reino. Conseguida la recaudación, el justicia de Sarria mandó buscar al citado Francisco Martínez para corroborar si estaba dispuesto a rebajar la postura de sus colegas estantes en Villafranca. Preguntaron por él en Santiago de Adai (O Corgo) y en las cercanas feligresías de San Salvador de Soutomerille y Santa María de Uriz (Castroverde, Lugo). En la primera de las parroquias castroverdenses había trabajado para un indiano y lo encontraron en la segunda, pero renunció a pujar achacando que «estaba muy malo de su cuerpo y enfermo de los ojos». Así las cosas, el 25 de abril de 1628 se adjudicó en 3.491 ducados a los consabidos Juan de la Pedrosa y Domingo Vázquez, quienes seguían viviendo en la villa berciana, aunque el primero era vecino de Langre (Ribamontán al Mar, Cantabria).²³ Quizá porque no presentaron las preceptivas fianzas en el plazo estipulado, aparecieron otros maestros rebajando la cifra subastada, caso del alfabetizado Juan de Solaesa o de Baltasar Martínez, vecino de la abadía de Samos. De todos modos, el postrero movimiento lo efectuó Bartolomé de la Huerta, hermano de Juan de la Huerta, quien hizo una rebaja de 300 ducados exigiendo que la cuarta parte de los mismos se le abonase «de prometido», fórmula bien estudiada por la historiografía de la arquitectura española de los siglos XVI-XVII.²⁴

Después de tantos cambios, posturas y polémicas, el 18 de julio de 1628 tuvo lugar el remate definitivo de la obra en la plaza de Sarria ante el licenciado Alonso de Cuéllar y Losada, teniente de merino del marquesado homónimo. Los maestros canteros asistentes podrían establecer sus pujas mientras no se consumiese una vela encendida para la ocasión. Comparecieron Alonso López de Barrio; Juan de la Pedrosa (tanto «el Viejo» como «el Nuevo», este último residente en Ponferrada); Alonso de Palacios; Gonzalo Martínez y su hermano Baltasar; Bartolomé de la

²² ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 50r.-56v., 62v., 67v.-69r., 84r., 85v.-86v., 91r., 97r., 111r.-112r., 112r. bis, 113r., 114r. En el citado colegio se ultimaban entonces las obras, siendo su maestro Leonel de Aballe, Goy Diz (2007), vol. 1, pp. 88-89, 436.

²³ Este sabía firmar, pero con mala caligrafía, ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 95v.-96r., 118r.-119r., 121r.-124r.

²⁴ Doc. cit., ff. 133r., 134r., 135r., 136r.-136v.

Huerta (vecino de Villafranca del Bierzo) y su hermano Juan; Domingo Vázquez, asistente también en la localidad berciana, y Juan de la Llama, residente en A Coruña. Allí estuvieron desde las cuatro hasta las siete de la tarde. Le fue adjudicada en 2.231 ducados a Gonzalo Martínez, analfabeto y vecino de la aldea de Romelle, perteneciente a la parroquia de San Martiño de Romelle (Samos). Finalmente, el 18 de octubre se personaron en Samos sus fiadores, entre los que se hallaban su aludido hermano y el maestro Alonso Rodríguez, ahora avecinado en Santo Estevo de Ribas de Sil (Nogueira de Ramuín, Ourense).²⁵

Ignoramos si algunos preparativos de las obras se iniciaron hacia diciembre de 1628, pues pese a ser una fecha casi invernal, el 11 de dicho mes Alonso Rodríguez residía en el lugar de Carracedo, aun cuando poco después lo hacía en Samos. Sea como fuere, durante el verano de 1629 estas no avanzaron lo suficiente y para el 24 de octubre Gonzalo Martínez, su cuadrilla de canteros y los labradores de la zona, quienes trabajaban como peones y carreteros, habían erguido en medio del Neira un pilar que contaba con una altura de once hiladas de sillería y casi dos metros «de vuelta del arco mayor»; y otro del que apenas estaba lista la cimentación, formada por tres hiladas de cantería. En cualquier caso, ya se habían comenzado a hacer los arcos menores y se acumulaba en la orilla mucha piedra sin labrar. También se almacenaba gran cantidad de cal en una calera de Vilasantán, lugar de la feligresía de Santiago de Covas (Baralla), distante 5 km del puente. Llegado noviembre, una serie de fuertes avenidas se llevaron consigo la práctica totalidad del arco mayor, del que se había levantado una tercera parte. Asimismo, arramblaron muchos de los materiales dispuestos junto al cauce, el cual se enfangó hasta el punto de que mudó su curso, quedando la traza de López de Barrio obsoleta. Por dicha razón, Gonzalo declaró que convendría idear un nuevo diseño en el que el arco central fuese más amplio para recibir con holgura las corrientes y los árboles que arrastraban.²⁶

Poco antes del 17 de diciembre de 1629, el alcaide y merino de la fortaleza de la villa de Sarria, Francisco de Vega y Arteaga, por causa del requerimiento de Gonzalo Martínez acerca de una nueva traza para el puente, convocó a tres maestros canteros avecindados en Lugo: Miguel Arias, Rosendo González y Pedro de Cajigal, quienes declararon no tener ningún parentesco con el aparejador. Los dos primeros supieron firmar y dijeron contar con entre 27-28 años. El restante admitió tener unos 54 y ser iletrado. Manifestaron que en los meses anteriores habían visto el avance del edificio en diferentes ocasiones. Para cuando la avenida arruinó el pilar central, en él había cinco hiladas de pie derecho y siete de intradós en el arco mayor,

²⁵ Doc. cit., ff. 138r.-144r.

²⁶ Doc. cit., ff. 157r.-157v., 160r., 208r., 209r., 211r.-211v.

mientras que otras cuatro en el arco menor que se dirigía a Lugo. También tenía erguido otro pilar con tres hiladas de pie derecho y gran cantidad de materiales alrededor. En definitiva, ya se había obrado más de la tercera parte del edificio y se llevaban invertidos unos 1.500 ducados. En ningún momento expresaron que Gonzalo hubiese obrado con negligencia. Al contrario. Reconocieron que por muy fuerte que fuese la estructura, la «furia» de los aluviones había sido tal que el río se hallaba «salido de su curso natural lo que jamás se ha visto», aumentando la anchura del cauce en 20 brazas (33,5 metros). De hecho, el Puente de Neira sobre el río homónimo, siendo de mayor tamaño y de estructura «fortísima», había sido arrasado en dos de sus arcos. También declararon que Gonzalo contaba con materiales suficientes como para levantar un pilar entero, si bien necesitaría de muchos más para culminar la obra, que por supuesto excedería la cifra en la que había sido contratada. Además, habría que modificar el diseño de López de Barrio. Ante la narración de los hechos, Gonzalo pidió que se le descontasen los daños y pérdidas, arguyendo que habían sido fruto de una crecida extraordinaria, pero el fiscal no aceptó su pretexto argumentando que debería haber prevenido tal situación. También culpó al merino de Sarria de no llevar a cabo todas las diligencias necesarias y de recibir como peritos a unos maestros que le había presentado el propio Gonzalo, a quien le interesaba que se elaborase una nueva planta. Sus colegas manifestaron que de un diseño a otro habría una diferencia de 3.000 ducados, cantidad superior a los 2.231 en que se había contratado la obra. A esta razón se aferró el fiscal para que no prosperase la demanda.²⁷

Pasados cuatro meses de esta declaración, en marzo de 1630 una decena de testigos acudieron a Sarria para describir cómo habían acontecido las obras desde el inicio hasta su destrucción. Entre ellos volvían a encontrarse Miguel Arias y Rosendo González, que ahora reconocieron tener unos 29 años y haber visitado el edificio por mandato del obispo lucense Diego Vela Becerril (Miguel concretamente dijo que su inspección se había producido en octubre de 1629). También testificó nuevamente Pedro de Cajigal, quien declaró tener una edad levemente distinta a la de meses atrás (más de 56 años). En el verano de 1631, por orden judicial, un grupo de parroquianos y canteros participantes en la obra, entre los que se encontraba Alonso de Sanfiz, vecino de la feligresía de Santa María de Lama (Láncara, Lugo), acudieron junto con un notario hasta Carracedo para describir cómo se había desarrollado la construcción bajo la dirección de Gonzalo Martínez. Contrastados todos los testimonios, allí habían trabajado entre 6 y 9 oficiales de cantería. Un deponente concretó que media docena eran vizcaínos, pero no aportó

²⁷ Doc. cit., ff. 214r.-216v., 218v.

nombres (seguramente fuesen trasmeranos). También laboraron entre 10 y 18 peones encargados de transportar materiales y extraer arena. Los primeros cobraban unos 3,5 o 4,5 reales de jornal, mientras que los segundos 2 o 3, sin manutención en ninguno de los casos. Para algunos las obras de cimentación dieron comienzo en mayo de 1629. Otros, sin embargo, dijeron que la apertura de los cimientos y el asentamiento de la cantería se había producido entre principios de agosto y finales de octubre. Sea como fuere, Gonzalo pretendía adelantar al máximo las obras durante el verano por ser la época idónea para erigir este tipo de infraestructuras, de ahí que obligase a su cuadrilla a trabajar hasta los festivos por la tarde. En el estío uno de los pilares sobresalía 3,61 m sobre el agua. Llegado octubre contaba con trece hiladas de cantería, su pie derecho estaba concluido y el arco comenzaba a voltear. De la pila restante se llevaban erguidas tres o cuatro hiladas sobre los cimientos, de manera que solo sobresalían del cauce dos o tres palmos de piedra. El aparejador acumulaba a pie de obra varios centenares de hanegas de cal, arena, unos treinta carros de madera y aproximadamente cuarenta o cincuenta de cantería, materiales que Miguel Arias tasó por valor de 480,7 ducados. Pero en agosto se produjo una primera avenida y en noviembre otra que, según todos los encuestados (inclusive un octogenario), se saldó con la mayor crecida acontecida en 100 años. Uno de los canteros partícipes, Estevo Crespo, que vivía en Carracedo y contaba con 28 años, se vio obligado a abandonar su casa junto con su mujer e hijos para, a continuación, subir todos a un castaño a fin de no perecer ahogados en la vivienda. La inundación causó todo tipo de estragos alrededor; desmoronó la casi totalidad del pilar central, anegó el restante, hizo desaparecer todos los materiales que Gonzalo tenía dispuestos junto al río y arrasó con cimbras y andamios. Además, la estructura superviviente quedó atascada por los árboles y maleza arrastrada por la corriente. Los mentados González, Arias, Cajigal y Crespo reconocieron que sería necesario hacer un nuevo diseño con cimentación más sólida, pilares más vigorosos y arcos más grandes, midiendo el mayor 11,14 m de ancho y 7,8 m de alto (y no 8,91 x 5,57 m como el precedente fallido).²⁸

Todo parece indicar que los testigos no exageraron en cuanto a la fortísima riada de 1629, pues existen otras menciones coetáneas a tales lluvias en sitios muy dispares de Galicia. Así, el 12 de diciembre de 1629, un regidor de la ciudad de Tui manifestó no poder acudir a la Junta del Reino en A Coruña «a causa de las muchas avenidas de las aguas de los ríos y rigor del tiempo, que había causado haberse caído las más de las puentes por donde había de pasar y de otras partes de este Reino».²⁹

²⁸ El citado Alonso de Sanfíz reconoció tener 50 años y ser iletrado, doc. cit., ff. 228r.-281v., 320r.-321r., 356r.-360v.

²⁹ Eiras Roel (1995), vol. 1, p. 481.

Aun así, el fiscal acusó a Gonzalo Martínez de negligente por no haber realizado la edificación conforme a las condiciones del remate. Determinó que debería haber cerrado los arcos durante el verano y que había sido una insensatez colocar los materiales a pie de obra, pues, de haberlos distanciado, no los habría desbaratado la crecida. Por todo ello le exigió la devolución de los 743 ducados que había recibido fruto de los repartimientos y la cantidad tocante a los materiales salvados. Gonzalo vivía el 16 de junio de 1631, pero falleció no más tarde del 21 de julio de dicho año. De manera que, su viuda Dominga González, quedó endeudada, pobre y con siete hijos a su cargo.³⁰

1.1.3. EL PRIMER PROYECTO DE 1630: OTRA SOLUCIÓN FALLIDA

En atención a lo expresado por Miguel Arias y Rosendo González en marzo de 1630, elaboraron de mancomún una nueva traza y condiciones para la obra del Puente de Carracedo entre dicho mes y principios de mayo. El primero dibujó y firmó el diseño, mientras que el segundo redactó el pliego [Fig. 7]. Ambos tenían buena caligrafía. El maestro que se adjudicase la edificación debería deshacer los viejos cimientos. Sobre los nuevos erigiría una estructura construida enteramente con sillares de cantería dispuestos a saga, interponiéndose entre ellos alguno a tizón de 1,39 m de largo. El puente tendría un total de 66,86 m de longitud (8,37 menos que el primitivo). También tres arcos de medio punto sobre el curso fluvial y otros tantos menores en una de las riberas para desaguar las crecidas. El mayor mediría 11,14 m de diámetro y su pilar alcanzaría 2,22 m de pie derecho, desde el cual arrancaría el intradós. Los dos laterales tendrían la mitad de ancho que el central y se voltearían a su misma altura. El vértice de la luz del mayor alcanzaría los 7,8 m de alto, mientras que el de los colindantes 5. La anchura frontal de los pilares sumaría ahora 4,17 m, diferenciándose de la traza diseñada por López de Barrio, quien había previsto tan solo 2,22 m. Donde apenas habría variaciones sería en el ancho de la infraestructura (4,17 m frente a los 3,9 de la primigenia). Las manguardias pasarían a tener 8,35 m de largo y los tajamares un remate piramidal. Los tres arquillos de los desagüaderos medirían respectivamente 3,34 x 1,67 m, 2,08 x 0,92 m y 1,67 x 0,83 m, mientras que la calzada contaría con una cinta de cantería en medio para canalizar y expulsar las aguas pluviales.³¹

³⁰ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 345v., 347r.-350r., 351r.-351v.-353v.

³¹ Doc. cit., ff. 223r.-224r., 266v. El plano, dibujado en papel verjurado, mide 134 x 28,8 cm, ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 207.

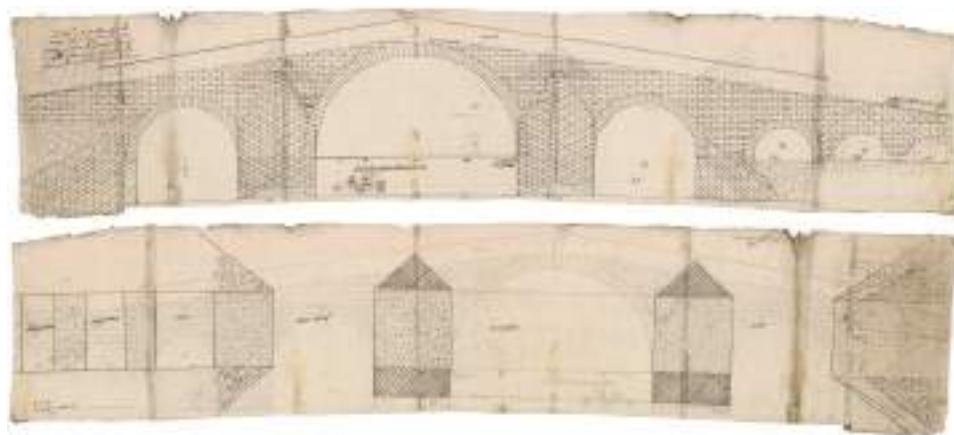


FIG. 7. Miguel Arias: alzado y planta del proyecto no materializado para el Puente de Carracedo, 1630. ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 207.

1.1.4. EL SEGUNDO PROYECTO DE 1630 (ENMENDADO AL AÑO SIGUIENTE): A LA TERCERA VA LA VENCIDA

Las graves inundaciones de 1629 también afectaron a otros puentes de la red viaria comunicante con Lugo, caso del de Galiñeiros, Lago, Neira, San Fiz y O Vao. Por esta razón la Administración del Reino de Galicia decidió tomar cartas en el asunto y en mayo de 1630 Juan de Torres Muñatones, alcalde mayor y oidor de dicha institución, además de miembro del Consejo de Su Majestad, ordenó al licenciado Gonzalo Sánchez de Boado, alcalde mayor de la ciudad de Lugo, que acompañase a los arquitectos Miguel Arias y Juan Bautista Martínez de Isla —este último vecino de Isla (Arnuelo, Cantabria), pero residente en Monforte de Lemos— a ver *in situ* el estado de las infraestructuras citadas. En los días 17-18 de dicho mes resolvieron la cuestión. Respecto al de Carracedo dijeron que habría de levantarse en el mismo lugar donde se había iniciado el fallido, estimando su presupuesto en 4.500 ducados. El 19 de mayo de 1630 Juan de Torres mandó que los mencionados maestros hiciesen la traza de los puentes nombrados. Cabe la posibilidad de que Juan Bautista Martínez no cumpliera estrictamente dicho cometido, pero Arias participó en el diseño de los seis. Así lo demuestra el hecho de que redactase las condiciones de todos y una cita en la que se alude a «lo que se le había de dar por las trazas, condiciones y visitas que hizo a todas las puentes de que se trata en estos autos».³²

³² ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 285r.-290v., 327r.-328r.

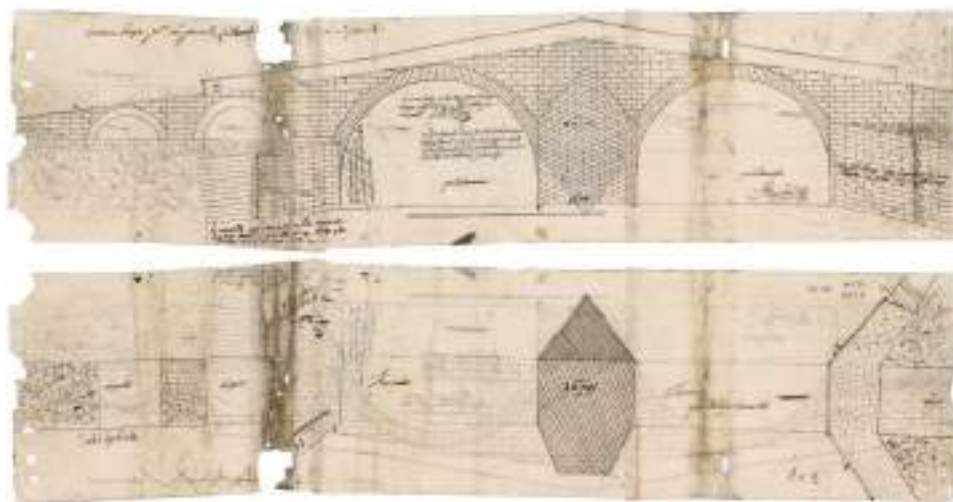


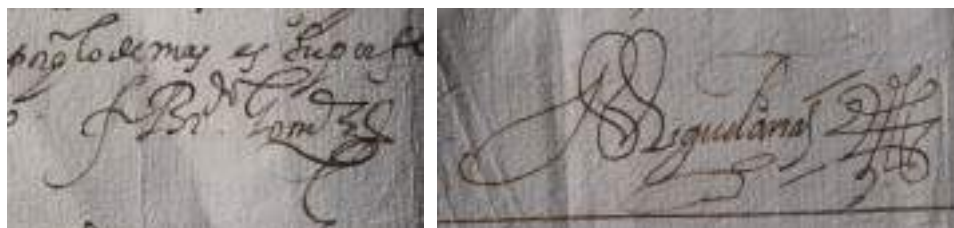
FIG. 8. Miguel Arias y fray Bernardo Gómez: alzado y planta del proyecto definitivo para el Puente de Carracedo, 1630-1631. ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 208.

En aquel mayo de 1630 Arias hubo de escribir las condiciones de obra del Puente de Carracedo, corregidas el 9 de mayo de 1631, día en que el alcalde Sánchez de Boado reconoció lo siguiente:

En esta ciudad estaba al presente el padre fray Bernardo Gómez del convento de Santa María de Sobrado, maestro de arquitectura, que mandaba que Miguel Arias, maestro de cantería vecino de esta ciudad, señase [sic] al susodicho la planta y condiciones de la Puente Carracedo que había hecho, para que tratado y conferido con el dicho padre fray Bernardo se vea si es menester enmendar, quitar o añadir a la dicha planta y condiciones para la seguridad y reparo de la obra de la dicha puente.³³

Realizadas las oportunas modificaciones, ese mismo día, dentro del Palacio Episcopal, el escribano Sebastián Morado enseñó «la planta de la Puente de Carracedo según está firmada del padre fray Bernardo del monasterio de Santa María de Sobrado; y condiciones para la dicha obra firmadas del sobredicho Miguel Arias» a los aparejadores que querían adjudicarse la edificación [Fig. 8]. El monje cisterciense demostró respecto al maestro lucense una mayor pericia teórico-práctica, una terminología ingenieril más rica y mayor preocupación por cuestiones de albañilería. Aunque la construcción se ajustó al pliego definitivo, nadie dibujó una traza *ex profeso*. De ahí que las medidas de la planta y el alzado resulten en algunos casos

³³ Doc. cit., f. 336r.



↖ FIG. 9. Firma de fray Bernardo Gómez en el alzado del proyecto definitivo para el Puente de Carracedo. ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 208. Fotografía del autor. ↗ FIG. 10. Firma de Miguel Arias en el alzado del proyecto definitivo para el Puente de Carracedo. ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 208. Fotografía del autor.

obsoletas, que haya anotaciones de fray Bernardo o que aparezca su rúbrica con la de Arias (verdadero dibujante) [Figs. 9-10]. El propio Miguel comenzó diciendo que, de común acuerdo con sus colegas Juan Bautista, Gonzalo Martínez y Alonso López de Barrio, lo idóneo sería abrir los nuevos cimientos «hasta buscar *pena* [sic] (galleguismo: roca) viva; y en donde no la pudiese haber, hasta buscar *sábrego* [sic] (galleguismo: arena) y tierra firme sobre que poder fundar la obra». Tendría dos arcos de medio punto cuya luz alcanzaría 11,14 m de ancho por 7,24 de alto. La cepa medianera mediría 4,45 m de largo por 3,9 de ancho. Sobre esta se auparía un tajamar que sobresaldría hacia el cauce 3,9 m en ángulo y que comenzaría a decrecer de manera escarpada alcanzada la tercera parte de la altura total del arco. Las manguardias de la ribera que miraba a Sarria tendrían 5,01 m de longitud a cada lado del machón, mientras que las de la orilla de Lugo 5,57 por 5,01 m, siendo todas ellas de 1,67 m de ancho. En cuanto a los arcos desagüaderos solo se especificó que uno contase con 3,9 m de diámetro, siendo su altura, así como las medidas del parejo, «conforme lo pidiera la caída de los arcos mayores». Esta flexibilidad también se aprecia a la hora de configurar la calzada, de la cual se dice que habría de medir como mínimo 69,65 m de largo. Se empedraría con guijarros separados cada 3,34 metros por una fila de adoquines, vertebrando todo ello una hilada central que serviría de canal para expulsar el agua pluvial. Las obras se iniciarían pasados tres meses de la firma del remate. Tendrían que estar terminadas en un plazo máximo de tres años y aun de dos si todos los pagos se efectuaban en tiempo y forma. En ella trabajarían no menos de diez oficiales (peones aparte).³⁴

No obstante, entre los meses de mayo de 1630 y 1631 se sucedieron una serie de hechos que conviene conocer. El 13 de junio del primer año citado, Sánchez de Boado, obedeciendo un dictamen del gobernador del Reino de Galicia, ordenó

³⁴ Doc. cit., ff. 292r.-293v., 332r.-334r., 336v. El plano, dibujado en papel verjurado, mide 84 x 20,8 cm, ARG, Colección Cartográfica e Iconográfica, RAG. 208.

pregonar en Lugo, Santiago de Compostela, Ourense, Monforte de Lemos y demás lugares donde pudiere haber maestros de cantería, las segundas condiciones de la obra del Puente de Carracedo efectuadas por Miguel. En la ciudad apostólica las cédulas se fijaron en las puertas de la Catedral. Lo mismo sucedió en Ourense, donde además se vociferaron en la Plaza Mayor. El 30 comparecieron ante el referido alcalde el propio Arias, Juan Bautista Martínez, «maestro de las obras de Su Excelencia el Señor Conde de Lemos», así como los también conocidos Rosendo González y Gonzalo Martínez. Establecieron sus pujas entre 6.000 y 5.600 ducados, pero reunida la corporación municipal lucense el 4 de julio de 1630 se decidió que, «por ser este año tan estéril y haberse caído puentes en todas las provincias», sería conveniente que antes del invierno se acometiese la reconstrucción de aquellos que, pese a estar muy dañados, permanecían parcialmente en pie. De ahí que lo idóneo fuese posponer las obras del de Carracedo, Lago y Galiñeiros porque, aun siendo tanto o más necesarios, «las dichas tres puentes están del todo caídas y no pueden recibir más daño». Ante la emisión de tales juicios, al día siguiente Sánchez de Boado confirmó que se podrían aplazar los remates de estos últimos...

[...] para ver si salen maestros que quieran hacer posturas más bajas; o mandar que Pedro de la Sierra, maestro de las obras del convento de San Clodio; o el maestro de las obras el [sic] convento de San Martín de Santiago; o Jácome Fatón, maestro de la obra del Colegio de la Compañía de Monforte de Lemos, vean dichas puentes y la traza y condiciones de ellas; y debajo de juramento declaren si será justo hacer remate en las posturas que están hechas. Y por cuanto ofreciéndose prometidos, o dándose lugar a ellos, suelen algunos maestros con codicia de ganarlos hacer posturas que después no pueden cumplir, o a lo menos lo hacen con mucha dificultad y enfado, le parece no conviene que se admitan posturas con prometidos.³⁵

El anhelo de que pujasen aparejadores de acreditado prestigio merced a su labor en diferentes casas monásticas no se materializó. No obstante, el 29 de noviembre de 1630 se personaron en Lugo el ya mentado Bartolomé de la Huerta y Sebastián de la Pedrosa, maestros canteros vecinos de Suesa (Ribamontán al Mar, Cantabria), pero residentes en Villafranca del Bierzo. La última postura previa a las enmiendas de fray Bernardo la efectuó Miguel Arias en 4.500 ducados.³⁶ Dichas correcciones, como se dijo, se llevaron a cabo el 9 de mayo de 1631. Las condiciones rectificadas, junto con la planta y alzado, se mostraron a algunos maestros ya conocidos (el propio Arias, Juan Bautista Martínez, Juan de la Llama o Alonso Rodríguez), así

³⁵ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 299v.-304r., 314r.-314v., 317r.-318v.

³⁶ Doc. cit., ff. 329r., 330r., 331r.

como a otros no citados hasta el momento, caso de Pedro Teixeira o Juan Muñoz de Selorga. El alcalde Sánchez de Boado prendió una candelilla de cera para adjudicarla a quien hiciese la oferta más económica antes de que se consumiese y dicha puja la fijó Muñoz de Selorga en 3.350 ducados. A la desesperada, Arias la rebajó estando la vela apagada, pero comoquiera que su oferta no era lícita, se desestimó y se confirmó el remate en el alfabetizado Muñoz, quien recibiría los materiales aprovechables de la primera obra.³⁷ Para ello hubo que recurrir a una nueva tasación. El documento que la describe es sumamente interesante por cuanto revela que dicho aparejador vivía en el lugar de A Albariza, distante apenas 400 metros del monasterio cisterciense de Santa María de Sobrado, lo que lleva a pensar que se trataba de una persona de la confianza de fray Bernardo. El 5 de junio de aquel 1631 no se hallaba en casa porque había marchado hasta A Coruña. Sí se encontraban en la vivienda su hijo Gregorio Muñoz, su oficial Álvaro García y su criada María. Pasados tres días, él y Gonzalo Martínez nombraron a un maestro que examinase los materiales del segundo, quien eligió al citado Domingo Vázquez, mientras que Muñoz hizo lo propio con Juan Bautista Martínez. Finalmente, tanto Vázquez, que vivía en la aldea de Lastres (parroquia de Santiago de Renche, Samos), como Juan Bautista, estimaron que valían 200 ducados.³⁸

Entre agosto y septiembre de 1631 Muñoz de Selorga logró presentar todas las fianzas para oficializar la adjudicación. Sus avalistas cumplieron dicho requisito en el «portal» del mentado monasterio del Císter. Como era frecuente entonces, el aparejador repartió el trabajo y cobro de la obra a partes iguales con Juan Bautista, pues el 14 de marzo de 1632 fray Bernardo Gómez, quien se definió como «monje de la Orden de San Bernardo, maestro de las obras del convento de Nuestra Señora de Sobrado», dijo que a instancias del obispo Diego Vela Becerril había acudido a visitar la construcción del Puente de Carracedo dirigida por ellos. Le acompañaron en tal cometido Miguel Arias y el alcalde Sánchez de Boado. El lego y Arias realizaron las postreras enmiendas a las cláusulas de la obra, tales como hacer los tajamares en punta a ambos lados de la estructura y aumentar sobremanera la longitud de las manguardias, lo cual acarrearía un gasto de 50 ducados a mayores de lo estipulado. También insistieron en que la mezcla de la fábrica subacuática tendría que tener una parte de cal y dos de arena, siendo la primera reciente «y no resfriada ni pasada», mientras que la arena provendría de un arroyo cercano o de la piedra que se estaba labrando, pero en ningún caso de la extraída de los cimientos.³⁹

³⁷ El campanero Pedro de Rebollar fue testigo del acto, doc. cit., ff. 282v., 284r.-284v., 336v.-339v.

³⁸ Doc. cit., ff. 343r.-346v.

³⁹ El aludido reparto de los trabajos lo confirma una escritura del 19 de julio de 1632 en la que se indica que Muñoz «cedió la mitad de la obra a Juan Bautista Martínez», doc. cit., ff. 361r.-361v., 363v.-384r., 385r.-386v., 390r.

En resumidas cuentas, en marzo se estaban llevando a cabo los preparativos para la obra. El 29 de junio Muñoz solicitó a la Real Audiencia para sí y para su colega Juan Bautista 2.500 ducados para poder proseguir con la construcción.⁴⁰ Al menos ya había recibido todo el dinero por valor de la cantería y demás materiales del puente fallido. Además, el alcalde Sánchez de Boado, en calidad de depositario de la edificación de los puentes, le entregó 1.600 reales.⁴¹ Al día siguiente un notario reconoció que había visto el avance de las obras desde el día de su inicio y que en el presente, Muñoz y Juan Bautista...

[...] están entendiendo en la obra de la dicha puente con trece oficiales de cantería de labrar y asentar piedras; y con doce peones y sirvientes para la dicha obra de continuo; y ocho y nueve carreteros cada día para la piedra de la dicha obra con sus carros y bueyes; y casi otros tantos para la cal; y asimismo otros siete hombres peones que andan atajando el río en medio. Que en la dicha puente tienen la tercera parte de los arcos de un lado; y otro de los pies derechos arrimado a las riberas con sus manguardias del largo y alto rematado y losado por encima de todo punto = y las calzadas hacia la parte de arriba la mayor parte de ellas hechas = piedra sacada que parece bastante para la obra y la mayor parte al pie de la puente = y la madera cortada para las cimbrias la que sea necesario; y la cal más de seiscientas hanegas al pie de la puente y otra hornada de ella hecha que se va trayendo; y otra mucha madera en el río con que los peones arriba dichos van rompiendo una zanja para atajar dicho río para comenzar a asentar en él el pilar de en medio = por manera que cada día, de ordinario, andan en la dicha obra más de treinta personas y los dos maestros antes más que menos; y en ella y al pie de ella hay los materiales y obra hecha.

A mediados de julio de 1632 se habían invertido 1.454,54 ducados en la construcción. Esto es, más de una tercera parte del coste total estipulado.⁴² Todo parece indicar que previa la llegada del invierno avanzaba a buen ritmo, pues el 17 de diciembre Sánchez de Boado percibió de la ciudad de Santiago 5.000 reales fruto de un repartimiento destinado a ella y, el 29, Juan Bautista Martínez reconoció que ya estaba concluida la mitad.⁴³ Con toda seguridad se terminó en el verano de 1633,

Con anterioridad, existe una del 2 de julio del año anterior en que Juan Bautista recibe de Sánchez de Boado 700 ducados para llevar a cabo la mitad de la obra que tenía adjudicada, AHPLU, PNL, Gerónimo López Labrada, leg. 129-2, f. 72r.

⁴⁰ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 388r.-388v.

⁴¹ Volvió a actuar como testigo de esta escritura Pedro de Rebollar, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-3, ff. 174r.-174v.

⁴² ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 385r.-387v.

⁴³ Volvió a actuar como testigo el citado campanero, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-3, ff. 330r.-330v., 371r.-371v. Entre tanto, el 13 de agosto se había conocido la aprobación de una Real Provisión que obligaba a la provincia lucense a tributar 3.000 reales para las obras, AHPLU, Concello de Lugo, Actas Capitulares, sign. 7, ff. 183r.-183v.

pues el 2 de febrero de dicho año el citado alcalde y depositario firmó una carta de pago conforme la provincia de Ourense le había satisfecho 3.000 reales de vellón para financiarla, mientras que a principios de abril admitió que la de Betanzos había aportado 1.800 reales que se sumaban a los 300 ducados de una partida anterior. A partir de entonces la Junta del Reino continuó informándole de la aprobación de Reales Provisiones para la edificación de puentes, pero ninguna con destino al de Carracedo, señal de que estaba acabado.⁴⁴ Además, el 27 de junio no se cobraba portazgo en él, sinónimo de que ya se podía cruzar.⁴⁵

El puente se ideó en base a una gran pila central heptagonal con espolón en cuña aguas arriba, sobre la que se apoyan dos arcos de medio punto [Figs. 11-12]. Su calzada presenta una rasante de acusadísima pendiente debido a la llanura del terreno, resultando una eficaz solución para salvar las crecidas extraordinarias del cauce, motivo por el cual también se hicieron dos arquillos coladeros. Aguas abajo el tajamar de la pila central no cuenta con el remate puntiagudo que exigieron fray Bernardo Gómez y Miguel Arias en 1632 cuando vieron las obras *in situ*, sinónimo de que, o bien se incumplió su dictamen y se materializó conforme a la planta, o bien se rehízo tiempo después. Precisamente, en ese mismo lado, en el arranque de la cepa más cercana al camino conducente a Lugo, existe un estribo de igual formato que, tanto pudo haberse levantado ca. 1632-1633 aun cuando no aparezca en la traza, como construirse décadas después según las necesidades de la infraestructura. A su vez, el aspecto actual es fruto de unas intervenciones de inicios de la década de 1990 en las que se añadieron sillares allí donde se habían perdido; se recrecieron el doble los pretilos originales, y se eliminó el edículo de planta cuadrada, adintelado y granítico que radicaba en el vértice de la calzada para sustituirlo por un burdo templete de cemento.⁴⁶ Según la tradición, sería una capillita con cepillo.⁴⁷ Se ha dicho al respecto que aún en la segunda mitad del siglo xx custodiaba una imagen de san Miguel y que el dintel presentaba restos de una inscripción ilegible por su deterioro.⁴⁸ También se ha especulado con que fuese un portazgo.⁴⁹ Sea como fuere, en ningún documento consultado se alude a este recinto. Su tipología

⁴⁴ AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 111-1, ff. 24r., 67r.-67v., 185r.-185v. Existen referencias a los reparamientos para este puente de 1633 y 1640. Es posible que alguna se confunda con una infraestructura homónima en la provincia de León, Fernández de Vega (1982), t. 3, p. 452.

⁴⁵ AHPLU, Concello de Lugo, Actas Capitulares, sign. 7, ff. 247v.-248r.

⁴⁶ Esto lo sabemos gracias a determinadas fuentes orales y a documentación audiovisual. El primitivo templete puede verse en la película *Maruxa* de Juan de Orduña (1969) y en la portada y fotos del libro de Giz Ramil (1991), pp. 20-21. En una publicación levemente posterior ya se aprecia el avance de las obras mencionadas y la ausencia del edículo primigenio, Manso Porto (1993), p. 367.

⁴⁷ López Arias (2012), p. 89.

⁴⁸ Alvarado Blanco, Durán Fuentes y Nárdiz Ortiz (1990), p. 253.

⁴⁹ Peinado Gómez (25/02/1981), p. 13.



FIG. 11. Infografía del Puente de Carracedo creada con dos ortofotografías debidas a Belén Riveiro Rodríguez. Cortesía de la citada autora.



FIG. 12. Pila central del Puente de Carracedo. Fotografía del autor.

y emplazamiento hacen pensar que se tratase de un espacio devocional. Tampoco hemos hallado referencias a que se cobrasen impuestos por cruzar el puente. De ser así, habría de percibirlos la abadía de Samos.

1.2. Puente de Neira

Esta infraestructura se erige en la parte más caudalosa del río homónimo. Desde ella hasta su desembocadura en el Miño restan 4,5 km de cauce [Figs. 13-14]. Une los lugares de A Ponte de Neira, sitios respectivamente en las parroquias de San Xoán de Cela (O Corgo) y Santa Eufemia de Vilarmosteiro (O Páramo). Se ha dicho sin fundamento que se halla en el sitio que habría ocupado un puente romano y que podría conservar algún sillar de la Antigüedad,⁵⁰ aunque la mayor parte de la historiografía remonta su existencia a los siglos XIII-XIV o indica simplemente que es medieval. A este parecer ha contribuido la hipótesis de que lo habrían cruzado los Reyes Católicos en 1486 en su regreso de Galicia a la Corte.⁵¹ Pero que los monarcas emprendieran el camino de Lugo a Sarria no prueba nada.⁵² En caso de que pasasen por allí —cosa incierta— podrían haber atravesado el río en una barca. Lo único seguro es que se trata de uno de los 22 puentes dibujados en el mapa del Reino de Galicia y de parte del Bierzo realizado hacia 1603 por fray Fernando Ojea.⁵³ También es un hecho que, en el pleito antes presentado, varios testigos aseguraron que era de mayor tamaño y de estructura «fortísima» en comparación al primitivo de Carra-cedo. El resto de documentación manejada indica que en aquel tiempo se situaba en la vía que unía Lugo con Monforte. No en vano, el edificio era de jurisdicción del marquesado de Sarria, que a su vez pertenecía al Conde de Lemos, cuestión en absoluto baladí por ser el Reino de Galicia el órgano que aprobaba la tributación de impuestos destinados a sufragar este tipo de obras, si bien, como manifestó la corporación municipal de Lugo en julio de 1630, algunos puentes radicaban en lugares de abadengo y señorío que cobraban portazgo por cruzarlos aun cuando sus beneficiarios descuidaban repararlos con el dinero recaudado. Por dicha razón, el Consistorio expuso que sería justo que el gobernador y oidores del Reino ordenasen a tales señores su arreglo con apercibimiento de embargo de dicho lucro, cargando en ellos un cuantioso gravamen a la hora de fijar los arbitrios. Los regi-

⁵⁰ Torres Rodríguez (1982), p. 235.

⁵¹ Alvarado Blanco, Durán Fuentes y Nárdiz Ortiz (1990), pp. 251-252, 390; Xiz (2007), p. 68; Otero Iglesias (2008), p. 26; Casanova Sánchez (2013), p. 36.

⁵² Álvarez, Mendoza y Prieto (1956), vol. 4, pp. 477-478; Peinado Gómez (1969), pp. 228-236.

⁵³ Méndez Martínez (1994), pp. 35-49.



FIGS. 13-14. Puente de Neira (aguas arriba y aguas abajo). Construido en el siglo XVI y reformado por Juan Bautista Martínez de Isla ca. 1630-1633 y por Miguel Arias, Pedro Rodríguez Maseda y Rosendo González a partir de 1649. Fotografías del autor.



dores lucenses tomaron como ejemplo paradigmático de esta dejadez señorial al Puente de Neira, cuya rentabilidad iba para el Conde de Lemos y los vecinos de la jurisdicción de la Puebla de San Julián. Por aquel entonces, el cobro por cruzarlo era de 1 maravedí por cabalgadura. Fruto de ello, rentaba 300 reales al año, lo que significa que, por lo general, lo atravesaban anualmente 10.200 bestias de montar no exentas de pago (casi 28 diarias).⁵⁴ En el Catastro de Ensenada (1753) se indica que seguía existiendo portazgo para aquellos vecinos ajenos a la Puebla que transitaban con sus caballerías, que la Condesa de Lemos tenía arrendado este derecho en 200 reales anuales y que, en caso de ruina, los arreglos corrían por cuenta de la provincia de Lugo.⁵⁵

A nuestro juicio el edificio data del siglo XVI, pero ha sufrido distintas alteraciones fruto de los cambios en el caudal del río; por su adaptación a la circulación de los vehículos de motor que aún lo cruzan —para lo cual se ensanchó la calzada a partir de 1968—,⁵⁶ así como recientes reformas causadas por desmoronamientos parciales, caso de un espolón en 2011. Presenta cuatro arcos de medio punto cuyo tamaño decrece según se prosigue el camino hacia Lugo.⁵⁷ Sus pilas cuentan con potentes tajamares, de formato triangular o trapezoidal aguas abajo, mientras que aguas arriba los de ambos extremos son triangulares y los restantes piramidal y de perfil redondeado.

El 17 de mayo de 1630 el alcalde lucense Sánchez de Boado acompañó a Miguel Arias y a Juan Bautista Martínez a ver los daños que había sufrido. Manifestaron que hacia la parte que se dirigía a la mencionada ciudad había caído un arco con sus estribos y que serían necesarios 2.700 ducados para repararlo. Pasados dos días, el alcalde mayor y oidor del Reino, Juan de Torres, ordenó que dichos maestros llevasen a cabo la traza y condiciones de su arreglo, documentación que no hemos hallado. Durante el verano de 1630 el remate de las obras se pregonó en algunos de los principales núcleos urbanos de Galicia. El 30 de junio se personaron ante Sánchez de Boado los arquitectos mencionados amén de Alonso Rodríguez y Rosendo González para hacer sus posturas. El Ayuntamiento lucense sabía que era «necesario y conveniente acudir al reparo de todas las dichas seis puentes de suso referidas», esto es, Carracedo, Galiñeiros, Lago, Neira, O Vao y San Fiz, así como «la de Neira de Rey [Baralla, Lugo], que también se ha caído, y generalmente de todas las demás que se cayeron en el Reino». Pero apremiaba terminar las de Neira, O Vao y San Fiz «por cuanto las dichas tres puentes no se cayeron del todo y el coste de

⁵⁴ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 214r.-216v., 317r.-318r.

⁵⁵ López Arias (2016), p. 56.

⁵⁶ S. a. (28/06/1968), p. 4.

⁵⁷ Ya lo reseña como un puente de cuatro arcos Madoz (1847), t. 6, p. 292.

todas tres no pasará de tres mil ducados». La corporación municipal expresó que, pese a que la licitación más baja era la de Rodríguez, lo ideal sería adjudicársela a Juan Bautista por ser un «hombre de caudal, que con valor y presteza hizo la obra de la Puente Belesar con la satisfacción que es notorio». El alcalde concluyó que algunas ciudades gallegas tenían recaudado el dinero reservado para el Puente de Carracedo y que, de dicha cantidad, se podrían tomar prestados 500 ducados con que financiar las tres edificaciones anteriormente citadas con objeto de adelantarlas lo máximo posible ese verano.⁵⁸

En julio de 1630 el obispo Diego Vela Becerril dijo haber persuadido a Juan Bautista, autor del Puente de Belesar «con mucha perfección a lo que todos dicen», así como a Sánchez de Boado para que la construcción recayese en el cántabro. La opinión del prelado hubo de pesar y mucho, pues el día 17 se le remató en 2.600 ducados que cobraría en cuatro pagas: al comienzo de la obra; al tener realizado el pilar central hasta los salmeres, el estribo del arco y estar dispuestas las cimbras; al voltear todos los arcos y a la conclusión. El aparejador habría de depositar 500 ducados de fianza en los tres días siguientes y terminar las obras en diez meses, si bien a principios de diciembre ya deberían cruzarla bestias cargadas, aunque fuese sobre una pasarela provisional de madera.⁵⁹ En el primer semestre de 1632, estando licitadas las obras de todos los puentes mencionados, se anularon los remates y se abrió otra subasta pública cuyas adjudicaciones solo podrían recaer en quienes previamente no hubiesen tasado la reparación a ejecutar. Esta cuestión no afectó a la edificación objeto de estudio merced a que el obispo insistió en que habría de llevarla a cabo Juan Bautista en la cantidad previamente aprobada, si bien es verdad que en mayo las obras estaban a punto de acabarse.⁶⁰ El 29 de diciembre de aquel año el trasmerano dio carta de poder a Antonia de Aguiar Montenegro, a Antonio de Neira Montenegro (arcediano de Abeancos, dignidad de la Iglesia de Lugo) y a Sánchez de Boado para que en su nombre cobrasen 2.600 ducados «que se me deben de la obra y edificio que hice en la Puente de Neira». ⁶¹ Entre junio y julio de 1633 se aprobó hacer un repartimiento en Lugo para financiar las obras de los puentes de Neira, Neira de Rei, Lago, Galiñeiros y Ribasaltas. También se dictaminó escribir al Conde de Lemos «en cuyas tierras están» los de Neira, Lago y Ribasaltas para comprobar si contribuía con la causa o, en su defecto, si se podría eliminar el portazgo del Puente de Lago.⁶² Todavía entre noviembre de 1633 y enero del año

⁵⁸ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 286r.-290v., 299v.-304r., 311r.-312r., 317r.-318v.

⁵⁹ Doc. cit., ff. 322v.-323v.

⁶⁰ Hervella Vázquez (2011), pp. 310-313.

⁶¹ Comparecieron como testigos su colega Miguel Arias y el citado Pedro de Rebollar, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-3, ff. 373r.-373v.

⁶² AHPLU, Concello de Lugo, Actas Capitulares, sign. 7, ff. 247v.-248r., 251v.-252r.

siguiente Sánchez de Boado siguió recibiendo dinero de las provincias de Betanzos y Tui para financiar la reedificación de estas infraestructuras.⁶³

Con el paso del tiempo el puente hubo de sufrir graves daños, pues el 7 de marzo de 1649 «parte de ella estaba para caerse» y el propio Arias presentó en la villa de Viveiro (Lugo) a un fiador por razón del remate de su «fábrica y reparos». Esta obra, que tenía adjudicada en 2.838 ducados, la repartió al día siguiente entre Pedro Rodríguez Maseda, arquitecto vecino de dicha localidad y el conocido Rosendo González, que seguía vecino en Lugo. Cada uno realizaría una tercera parte. Justificó esta decisión por «sus muchas ocupaciones que tiene de obras que requieren su asistencia», a buen seguro en Monforte, villa donde moraba.⁶⁴ Pasados dos años la obra no se había terminado de pagar.⁶⁵ En 1658 el corregidor de la villa de Viveiro fue comisionado para inspeccionar su estado.⁶⁶

Ya en el siglo XVIII, concretamente en 1707, el maestro de obras lucense Alberto de Castro fue contratado para enmendar varios daños por valor de 1.200 reales, entre los que destaca el tapiado de un profundo agujero que atravesaba uno de los tajamares.⁶⁷ Además, en el Archivo General de Simancas se conserva un simple esbozo carente de firma y catalogado en una fecha cercana a 1765 cuya leyenda reza: «Puente de la Neira cerca de Baralla» [Fig. 15]. Novo Sánchez ha atribuido su autoría al ingeniero Carlos Lemaury, considerando que la infraestructura dibujada correspondería al actual municipio barallense.⁶⁸ Pero la edificación se trata del puente que centra nuestra atención por dos motivos: por el propio apelativo que acompaña a la representación y porque los tres arcos dibujados bajo una misma rasante corresponden a la mitad del mismo que conduce a Lugo. Bien es cierto que distaba de Baralla unos 26 km y que más cerca de esta localidad se hallaban los de Carracedo y Covas, pero ni la morfología de ambos ni la del de Neira de Rei guardan relación con la del bosquejo. Además, sus nombres no aparecen reflejados en él.

⁶³ AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 111-1, ff. 185r.-185v. y del mismo escribano, leg. 111-2, ff. 20r.-21r., 23r.-23v.

⁶⁴ AHPLU, PNV, Antonio Pestañas, leg. 3749-4, ff. 49r.-49v., 52r.-53r. y Luis de Santaballa, leg. 2799-4, ff. 19r.-20v.; Pérez Costanti (1930), p. 44. Parte de la historiografía, fruto de un equívoco, ha errado en la identificación del puente al considerar que el reparo se habría efectuado en el de Neira de Rei, *vid.* Fernández Gasalla (2002), t. 2, p. 61 y (2004), p. 933; Gómez Darriba (2020), p. 243.

⁶⁵ Gómez Darriba (2020), p. 243.

⁶⁶ Fernández Gasalla (2004), p. 571.

⁶⁷ AHPLU, Concello de Lugo, Actas Capitulares, c. 19, leg. 36, ff. 198r.-198v., 202r.-203r., 205v.-206r. Esta reparación se ha atribuido erróneamente al Puente de Neira de Rei, Fernández Gasalla (2004), p. 1004. La propia denominación; la alusión a varios arcos (el de Neira de Rei solo tiene uno); así como a que la infraestructura conduce al camino que va para Monforte, confirman que se trata del de Neira.

⁶⁸ Vigo Trasancos (2011), t. 1, p. 261 y t. 2, p. 171. El plano lo había publicado anteriormente Nardiz Ortiz (1992), p. 398.

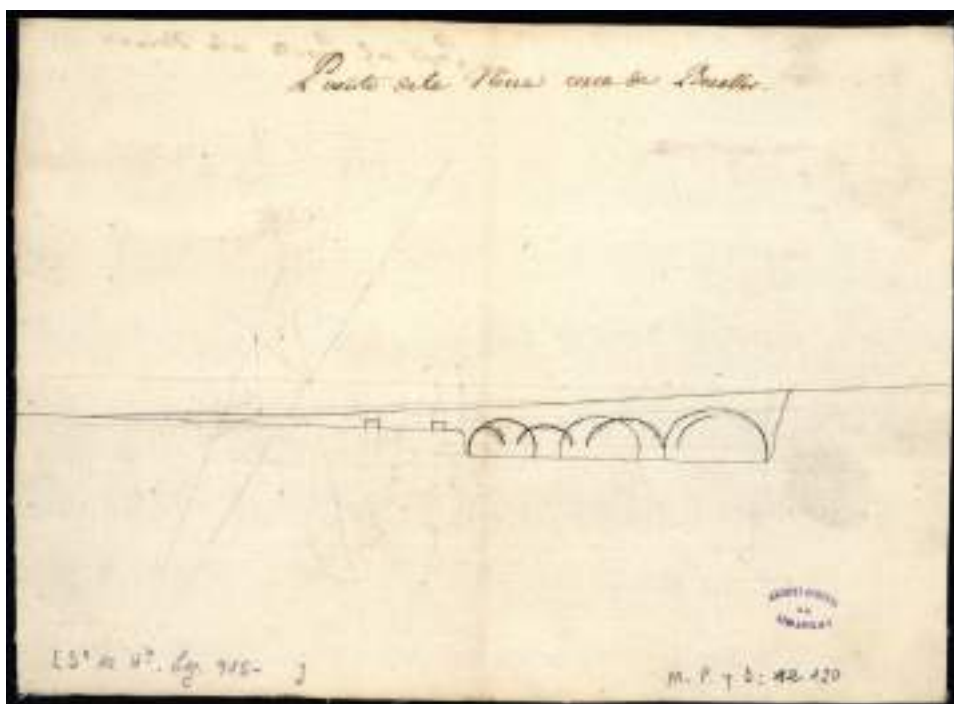


FIG. 15. *Puente de la Neira cerca de Baralla*, ca. 1765. AGS, Mapas, Planos y Dibujos, sign. 12, 120.

1.3. Puente de Lago

Cruza el río Tórdea a su paso por la parroquia de San Bartolomé de Abragán (O Corgo), ubicándose inmediato a los límites de las feligresías de Santa María Madanela de Neira de Cabaleiros y de San Pedro de Bande (Láncara) [Figs. 16-17]. Como se ha demostrado al hablar del de Carracedo, su calzada formaba parte de la principal vía de comunicación entre Lugo y Castilla en la Edad Moderna, de ahí que el término Lago sea de los escasos topónimos que aparecen en los mapas de carreteras antedichos. Por allí transcurrieron los correos de la Corte y célebres personajes del XVIII español, caso de fray Martín Sarmiento (1745) o José Cornide (1786), quienes aludieron a la infraestructura.⁶⁹ Esta pertenecía a la jurisdicción de la Puebla de San Julián, marquesado de Sarria y Condado de Lemos, cobrándose en ella portazgo.⁷⁰ La historiografía pondera su fábrica como medieval,⁷¹

⁶⁹ Sarmiento (1975), p. 50; Abascal Palazón y Cebrián (2009), p. 156.

⁷⁰ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 286r.-290v.

⁷¹ Otero Iglesias y Polin (2007), p. 9; Otero Iglesias (2008), p. 7; Casanova Sánchez (2013), p. 34.

pero se trata de una construcción moderna. Cabe recordar el pragmático argumento que adujo la corporación municipal de Lugo en julio de 1630 por el cual urgía enmendar cualquiera de los puentes parcialmente dañados antes que los de Lago, Carracedo o Galiñeiros, pues siendo tanto o más necesarios, «las dichas tres puentes están del todo caídas». Este dictamen se emitió en base a la visita pericial efectuada por Sánchez de Boado, Miguel Arias y Juan Bautista Martínez el 18 de mayo. Los arquitectos reconocieron que la riada lo había derruido por completo y que debía construirse *ex novo*, estimando que el presupuesto total ascendería a 2.200 ducados. Arias efectuó el diseño y planteó levantarlo en el sitio del antiguo. Tendría dos arcos de 7,24 m de ancho por 6,12 m de alto, así como un pilar central de 3,62 m de grosor y 4,45 m de largo más los 2,22 m del tajamar y los 1,67 m del estribo del lado opuesto. Lo ideal sería iniciar la obra a principios de mayo y terminarla en cuatro meses. El aparejador trabajaría continuamente en ella con 10 canteros sin contar aprendices ni peones. Recibiría las partidas de dinero en tres plazos: la primera serviría para extraer la cantería y prevenir todos los materiales; la segunda para labrar la piedra y asentar la edificación, y la tercera se dividiría en dos pagas: la mitad según se fuese levantando el inmueble y la restante a la conclusión.⁷²

En lo esencial, Arias ideó un puente como el de Carracedo, aunque de menor formato, lo cual sorprende dado el cauce actual del río. Puede que entonces el curso fuese ligeramente más amplio y que la puntual crecida le llevase a plantear una solución muy prudente. Por esto mismo, por el aspecto de la infraestructura (que no guarda relación con el proyecto original), así como por otros motivos que ahora argumentaremos, creemos que el primer diseño fue desechado y que debió de hacer otro mucho más económico que, a la postre, se materializó. Situación nada extraña dado que el propio Arias realizó dos proyectos distintos para el Puente de Carracedo.

En la primera semana de julio de 1630 él y Rosendo González pujaron para contratar su edificación, pero el Consistorio lucense decidió posponerla porque apremiaba arreglar las infraestructuras no derruidas del todo. El 29 de noviembre los trasmeranos Bartolomé de la Huerta y Sebastián de la Pedrosa ofertaron su construcción en 2.300 ducados.⁷³ Su propuesta resultó en vano porque el día de Navidad de 1631 Rosendo González, ahora avecinado en Monforte, compareció ante Sánchez de Boado para entregar las fianzas de la obra, que le había sido adjudicada en 1.000 ducados. Es posible que en este intervalo superior a un año, a Arias le

⁷² ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 286r.-290v., 294r.-295r.

⁷³ Doc. cit., ff. 316r.-318r., 329r., 330r.



FIGS. 16-17. Puente de Lago (aguas arriba y aguas abajo). Diseñado en 1631 por Miguel Arias y construido ca. 1631-1633 por Rosendo González y Francisco Martínez de Isla. Fotografías del autor.



encargasen un segundo diseño más ajustado a la topografía. De ahí que la obra fuese rematada por menos de la mitad del precio fijado en 1630. Rosendo tendría que levantarlo conforme a las trazas y condiciones que se guardaban en el oficio de Sebastián Morado, escribano del número de A Coruña. Lo terminaría en dos años desde el momento en que recibiese las primeras partidas monetarias. Aquel 25 de diciembre de 1631 se concertó con el cantero Francisco Martínez para repartirse la mitad de la construcción. Este, al igual que Juan Bautista, era vecino de Isla y residente en Monforte.⁷⁴ De hecho, estamos seguros de que se trataba de su hijo, algo sobre lo que volveremos más adelante. Asimismo, creemos que en última instancia el tomador de esta parte de la obra fue su padre, pues cuatro días más tarde Rosendo dio poder al mentado Juan Muñoz de Selorga para que presentase a varios testigos que ratificasen la solvencia económica de Juan Bautista. Participaron como tales los campaneros Pedro de Rebollar el Viejo y su hijo Julián, así como Juan de Vallenilla, maestro cantero residente en Lugo —al igual que los dos anteriores— pero natural de Isla, el cual dijo tener unos 36 años y demostró estar alfabetizado. Por esta razón, pensamos que Juan Bautista, o bien participó directamente en la obra, o bien tuteló a su hijo como tomador de la misma. Sánchez de Boado aprobó las fianzas esa misma jornada.⁷⁵ Lo último que sabemos acerca del edificio es que en septiembre de 1633 los aparejadores todavía no habían terminado de cobrar la cantidad estipulada.⁷⁶

El puente se compone de sillares de granito, arco de medio punto con rasante alomada y manguardias en sus cepas. La calzada cuenta con una anchura de 3,5 m. Su morfología es casi idéntica al homólogo de Galiñeiros que veremos a continuación, diseñado también por Miguel Arias en 1630. Razón de más para creer que el de Lago fue el resultado de un segundo proyecto suyo.

1.4. Puente de Galiñeiros

Se yergue sobre el río Chamoso y delimita las parroquias de San Pedro de Arxemil y San Miguel de Pedrafita (O Corgo) [Figs. 18-19]. Tradicionalmente se ha considerado medieval.⁷⁷ Incluso se ha asignado a este periodo atribuyendo alguna de sus

⁷⁴ Actuó como testigo de la escritura Miguel Arias, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-2, ff. 229r.-230v., quien previamente había pujado por la obra dejando su postura en 1.200 ducados, Hervella Vázquez (2011), p. 311.

⁷⁵ Vallenilla dijo conocer muy bien a Juan Bautista y a Rosendo. El mayor de los campaneros era iletrado y declaró rondar los 56 años, mientras que Julián estaba alfabetizado y reconoció tener unos 23, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-2, ff. 231r.-234r.

⁷⁶ AHPLU, PNL, Gerónimo López Labrada, leg. 129-2, ff. 178r.-179r.

⁷⁷ González Reboledo *et al.* (1975), t. 1, p. 125; Álvarez Asorey, Ferrer Sierra y Rodríguez Colmenero (2004), p. 219; Gómez Vila (2005), pp. 139, 172 y (2022), p. 81; Xiz (2007), p. 95.



FIGS. 18-19. Ponte de Galiñeiros (aguas arriba y aguas abajo). Diseñado en 1630 por Miguel Arias y construido ca. 1631-1633 mancomunadamente con Diego Ibáñez Pacheco y Domingo Vázquez. Fotografías del autor.



piedras a la época romana.⁷⁸ También se ha puntualizado que, independientemente del momento de su construcción, podría ser heredero de uno de la Antigüedad Romana que formaría parte de una variante de la Vía XIX que unía Braga con Lugo y Astorga.⁷⁹

El 17 de mayo de 1630 acudieron hasta él Sánchez de Boado, Miguel Arias y Juan Bautista para examinar su estado. Manifestaron que la infraestructura pertenecía a la jurisdicción de don Pedro de Neira (vecino de Lugo), que no se cobraba por cruzarlo, que estaba derruido en su totalidad y que se habría de «hacer desde primer fundamento y de solo un arco como antes estaba» en el mismo sitio del primitivo. Estimaron su costo en 1.000 ducados, es decir, en el precio en que un año después se remataría el puente gemelo de Lago. Arias planteó que su arcuación fuese de medio punto y que su luz, desde el fondo del cauce hasta la clave midiese 7,24 m. Las cepas tendrían una altura de 2,22 m hasta el arranque del intradós. Los plazos de construcción y el número de oficiales que trabajarían para el aparejador serían idénticos a los de Lago. Nada más iniciarse el verano, él y Rosendo González hicieron las primeras pujas, pero el 22 de julio Arias anunció su compromiso de adjudicarse la obra junto con la del Puente de O Vao por 1.150 ducados, apalabrando que el de Galiñeiros, avanzado el otoño, contaría con una pasarela lignaria anexa que añadiría gratuitamente. El 7 de agosto se le otorgó la reconstrucción de ambas infraestructuras en la cantidad expresada. Miguel reconoció su interés por terminar la primera para octubre del año venidero.⁸⁰ Pero la anulación del contrato y la consiguiente apertura de una subasta pública a la que no podían concurrir quienes hubiesen tasado su reparo provocó que en octubre de 1631 le fuese adjudicada a Diego Ibáñez Pacheco por 792 ducados. Este arquitecto natural de Noja (Cantabria) y vecino de la villa de Viveiro presentó las debidas fianzas, aunque días después traspasó parte de la obra a Arias y a Domingo Vázquez.⁸¹ El 23 septiembre de 1633 acudió hasta Lugo para manifestar que se le adeudaba dinero por los trabajos realizados, bien en este puente, bien en el de Neira de Rei que pronto analizaremos.⁸² No haremos una descripción morfológica del de Galiñeiros por servir para él la dedicada al de Lago en el último párrafo del apartado anterior.⁸³ No obstante, cabe reseñar que hacia la década de 1970 se eliminó un antiguo pretil en el que, a decir de

⁷⁸ Arias Vilas (1976), p. 103.

⁷⁹ Álvarez Asorey y Rodríguez Colmenero (2008), pp. 50-51.

⁸⁰ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 296r.-296v., 315r.-315v., 317r.-318r., 325r.-326r., 327r.-328r.

⁸¹ AHPLU, PNV, Andrés López, leg. 4021, ff. 229r.-236r.; Pérez Costanti (1930), p. 295; Goy Diz (1996), p. 227; Hervella Vázquez (2011), pp. 311-313.

⁸² AHPLU, PNL, Gerónimo López Labrada, leg. 129-2, ff. 178r.-179r.

⁸³ La anchura de su calzada mide 15 cm menos, esto es, 3,35 m.

un lugareño, había una piedra con una inscripción que contenía números y letras.⁸⁴ Probablemente se tratase del típico epígrafe alusivo a su construcción.

1.5. Puente de O Vao

Cruza el Chamoso a la altura de los lugares de A Ponte do Vao y Ponte do Vao, pertenecientes respectivamente a las parroquias de Santiago de Laxosa (O Corgo) y San Vicente de Coeo (Lugo), a las que une y delimita [Figs. 20-21]. Su etimología quizá provenga de *vadum* (vado), que significa paso por un cauce de escasa profundidad.⁸⁵ La historiografía considera su fábrica del XVIII y por lo general de la segunda mitad de siglo, justificando que hubo de construirse con ocasión de la apertura del Camino Real a Galicia en tiempos de Carlos III.⁸⁶ Puede que entonces se reedificase, pues ya existía al menos en 1593⁸⁷ e incluso es posible que en el Medioevo.⁸⁸ La documentación del primer tercio del siglo XVII no resulta muy elocuente en su descripción. En 1629 pertenecía a la jurisdicción de la ciudad de Lugo y las riadas no lo habían destruido en su totalidad. Por ser de pequeño tamaño y erigirse sobre un río de escaso caudal, en mayo de 1630 Miguel Arias y Juan Bautista estimaron que rehacerlo conjuntamente con el de San Fiz supondría un desembolso de 400 ducados. El 22 de julio Arias elaboró el diseño y firmó las condiciones de obra. Primeramente, habría que apartar el agua para cimbrar el arco que miraba hacia Lugo antes de que se deshiciese más. A continuación se levantaría un nuevo tajamar desde los cimientos. También se construirían cuatro manguardias *ex novo* y una calzada más larga. Las obras deberían terminarse pasados dos meses desde el día de su remate. Arias se las adjudicó en agosto junto con el de Galiñeiros por 1.150 ducados, pero el contrato quedó anulado.⁸⁹ Aún así, una escritura del 29 de diciembre de 1632 confirma que él y Juan Bautista fueron los «maestros de cantería que hicieron la obra y edificio de la Puente do Vao» y que habían recibido de Sánchez de Boado los 200 ducados correspondientes a su construcción.⁹⁰ Dados los datos aportados, es evidente que la infraestructura contaba con más de un arco, pero ignoramos si

⁸⁴ Arias Vilas (1976), p. 103.

⁸⁵ Ares Vázquez (2007), p. 52.

⁸⁶ Alvarado Blanco, Durán Fuentes y Nárdiz Ortiz (1990), p. 391; Nárdiz Ortiz (1992), pp. 370, 399; Otero Iglesias y Polín (2007), p. 18; Casanova Sánchez (2013), p. 37; Gómez Vila (2013), p. 75.

⁸⁷ AHN, Clero Secular Regular, leg. 6262, f. 25v.

⁸⁸ Ferreira Priegue (1988), p. 237.

⁸⁹ ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 285r.-290v., 325r.-326r., 327r.-328r.

⁹⁰ Actuó como testigo el campanero Pedro de Rebollar «el Mozo», vecino de la ciudad de Lugo, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-3, ff. 372r.-372v.



FIGS. 20-21. Puente de O Vao (aguas arriba y aguas abajo). Diseñada su reforma en 1630 por Miguel Arias y reconstruido de mancomún con Juan Bautista Martínez de Isla ca. 1631-1632. Hubo de reedificarse en el siglo XVIII. Fotografías del autor.



tenía cuatro como en la actualidad —ya reseñados por Madoz—. ⁹¹ Todos son de medio punto y tienen una luz cercana a los 6 m de ancho. Entre medias cuentan con tajamares a ambos lados de la corriente con espolones en punta y sombreretes cónicos de tendencia curva. Su calzada, de 6 m de ancho, es, con diferencia, la más amplia de los puentes aquí estudiados.

1.6. Puente de San Fiz

No ha resultado sencillo identificarlo dada la parquedad descriptiva de los datos hallados sobre el mismo, pero demostraremos de manera fehaciente que se trata del hoy conocido como Ponte da Tolda de Castela [Fig. 22].

Su plan de reparación se le encargó a Miguel Arias. Sin embargo, es el único de los estudiados hasta ahora cuyas condiciones de obra no se trasladaron al litigio desarrollado en la Real Audiencia de Galicia. La documentación se refiere a él en los mismos términos que al de O Vao: jurisdiccionalmente pertenecían a la capital lucense; ambos se hallaban «junto a la dicha ciudad»; los dos salvaban un cauce de exiguu caudal, y ninguno había sucumbido totalmente a las riadas de 1629. De hecho, las obras se presupuestaron conjuntamente en 400 ducados y ya sabemos que la mitad se invirtieron en el de O Vao. Una vez Arias y Juan Bautista efectuaron el análisis pericial, el Ayuntamiento de Lugo expuso la idoneidad de concluirlo en 1630 por resultar una reforma poco compleja. ⁹²

Dicho lo cual, existirían tres posibilidades: o bien se erguiría sobre el río Chamoso formando parte de una calzada que distaba 1 km del lugar de San Fiz, perteneciente a la feligresía de San Fiz de Paradela (O Corgo); o bien se situaría aguas abajo de este río, a tan solo 1,3 km del emplazamiento antedicho y a 200 metros de su desembocadura en el Miño; o bien cruzaría el río Rato en el lugar antiguamente denominado como Tolda de Castilla, a 0,5 km de la aldea de San Fiz, capital parroquial de San Pedro Félix de Muxa (Lugo). El primero separaba el curato de Paradela del de San Pedro de Santa Comba (Lugo). Se ubicaba a 0,6 km al oeste del desagüe del riachuelo de San Fins. Hoy solo queda una pasarela de hormigón construida hace escasas décadas y las ruinas del molino de Areosa. La *Carta Geométrica de Galicia* y otras fuentes decimonónicas hacen referencia al Puente de Areosa describiéndolo como pétreo y de un solo arco, ⁹³ pero situándolo

⁹¹ Quien lo describe como un «buen puente [...] de 4 arcos», Madoz (1847), t. 10, p. 42.

⁹² ARG, Real Audiencia, leg. 2361-25, ff. 285r.-290v., 317r.-318r.

⁹³ Fontán (1845); S. a. (1866), t. 7, p. 231.



FIG. 22. Puente de San Fiz (aguas abajo). Reformado hacia 1630, aunque sufrió modificaciones en los siglos posteriores. Fotografía del autor.

donde se halla nuestra segunda opción, llamada en la actualidad Ponte da Foz, cuya fábrica parece de avanzado el *xix* o de principios del *xx*. En este sentido, el *Mapa Geográfico del Reyno de Galicia* de Tomás López (1784) no hace más que alimentar las dudas.

A la vez, hay muchos motivos de peso para creer que el puente en cuestión se trata del de la Tolda por más que lo mencionen con este último término Fontán y otros autores del *xix*.⁹⁴ En los mencionados mapas de Lemaury, Laborde y Lartigue, que datan de entre 1769-1808, aparece marcado el lugar de San Fiz (en referencia a San Pedro Félix de Muxa) como punto intermedio entre Laxosa o Coeo —parroquias unidas por el Puente de O Vao— y Lugo, formando parte de las vías que unían Castilla con la capital lucense —después de que la sur cruzase los puentes de Carracedo y Lago— [Figs. 4-5]. Asimismo, consta que algunos obispos de Lugo, antes de hacer su entrada oficial en la ciudad, descansaban en la reseñada feligresía de Santa Comba y, tras acercarse a la urbe, las autoridades municipales los recibían en el Campo de San Fiz, lugar que debía de estar inmediato al Puente de la Tolda

⁹⁴ Fontán (1845); Madoz (1847), t. 10, p. 432; S. a. (1867), t. 1, p. 98. En esta última obra se indica que era pétreo y que tenía cuatro arcos (como en la actualidad, si bien ha sufrido modificaciones).

por el que necesariamente tenían que pasar.⁹⁵ En definitiva, esta última opción parece la más probable habida cuenta de que existen varias alusiones de 1593 a «los molinos de San Fiz de Muja» —de propiedad episcopal— situados «más arriba de la puente de San Fiz».⁹⁶ Dicho de otra manera, desde mediados del siglo XIX se conoce por Puente de la Tolda lo que en las tres centurias anteriores se había denominado Puente de San Fiz.

1.7. Puente de Neira de Rei

Cruza el río Neira a su paso por la aldea de Os Mazos, perteneciente a la parroquia de San Pedro de San Martín de Neira de Rei (Baralla, Lugo) [Fig. 23]. La historiografía le asigna un sinfín de dataciones posibles muy dispares entre sí. La atribución de su fábrica a los romanos viene de antiguo.⁹⁷ De hecho, se ha considerado de época de Augusto porque,⁹⁸ «hasta no hace mucho, se podía leer su lápida con inscripción fechada en los días» del emperador.⁹⁹ En este sentido, hay quien ha reseñado los vocablos del supuesto epígrafe.¹⁰⁰ Voces más autorizadas refieren que ni existe ni, de hacerlo, sería verosímil vincularlo a esta etapa imperial dada la tipología y contenido de la frase.¹⁰¹ Algún autor, sin adscribirlo a la Antigüedad, defiende que se erige en el emplazamiento de uno romano;¹⁰² otros lo creen medieval;¹⁰³ mientras que otros lo datan en el siglo XVIII.¹⁰⁴

A nuestro juicio se trata de una edificación del XVI que hubo de sufrir una importante reparación en el primer tercio de la centuria consecutiva. En el verano de 1630 presentaba una serie de daños cuya naturaleza y gravedad desconecemos. Debían de ser importantes porque el remate de su reparación se adjudicó en octubre de 1631 al citado Diego Ibáñez Pacheco en 875 ducados y el trasmerano presentó las preceptivas fianzas ese mismo mes.¹⁰⁵

⁹⁵ ACL, Inocencio Portabales Nogueira, *Abecedario de la Catedral de Lugo*, t. 5, f. 1745v.

⁹⁶ Peiró Graner (1998), pp. 181-183.

⁹⁷ Amor Meilán (1936), p. 307; Bonet Correa (1966) p. 216; Ferreira Priegue (1988), p. 245; Álvarez Asorey, Ferrer Sierra y Rodríguez Colmenero (2004), p. 219.

⁹⁸ González Reboredo *et al.* (1980), t. 4, pp. 335-336.

⁹⁹ Peinado Gómez (25/02/1981), p. 13.

¹⁰⁰ Pardo de Neyra (1998), p. 29.

¹⁰¹ Gómez Vila (2005), pp. 146, 169, (2009a), p. 78 y (2009b), p. 392.

¹⁰² Torres Rodríguez (1982), p. 235.

¹⁰³ Gómez Vila (2009a), p. 78 y (2009b), p. 392.

¹⁰⁴ Alvarado Blanco, Durán Fuentes y Nardiz Ortiz (1990), p. 389.

¹⁰⁵ AHPLU, PNV, Andrés López, leg. 4021, ff. 229r.-236r.; Pérez Costanti (1930), p. 295; Goy Diz (1996), p. 227; Hervella Vázquez (2011), p. 311.



FIG. 23. Puente de Neira de Rei (aguas arriba). Construido probablemente en el siglo xvi y reformado ca. 1631 por Diego Ibáñez Pacheco. Fotografía del autor.

Fruto de un equívoco, se le ha atribuido una reforma en 1649 por valor de 2.838 ducados y otra de menor calado en la primera década del xviii.¹⁰⁶ Pero estos arreglos se produjeron en el de Neira como ha quedado demostrado en el apartado dedicado a este. El ahora objeto de estudio se compone de un arco de medio punto erigido en cantería y esquisto cuya luz alcanza 11,5 m de ancho,¹⁰⁷ midiendo la anchura de su calzada alomada 3,5 m.

1.8. Puente de Ribasaltas

Esta desaparecida infraestructura cruzaba el río Cabe en la parroquia monfortina de San Pedro de Ribas Altas y era de jurisdicción del Condado de Lemos.¹⁰⁸ Ignoramos a qué época se remontaba su fábrica original, pero su reedificación estaba planteada, como mínimo, en octubre de 1631.¹⁰⁹ En mayo del año siguiente la obra se hallaba ajustada en 3.510 ducados en Juan Muñoz de Selorga, quien todavía no ha-

¹⁰⁶ Fernández Gasalla (2002), t. 2, p. 61 y (2004), pp. 933, 1004; Gómez Darriba (2020), p. 243.

¹⁰⁷ Alvarado Blanco, Durán Fuentes y Nardiz Ortiz (1990), p. 389.

¹⁰⁸ AHPLU, Concello de Lugo, Actas Capitulares, sign. 7, ff. 247v.-248r., 251v.-252r.

¹⁰⁹ AHPLU, PNV, Andrés López, leg. 4021, f. 229r.

bía terminado el Puente de Carracedo.¹¹⁰ No más tarde de 1635 este aparejador, ahora vecino de la villa de Sarria, se concertó con Juan Bautista Martínez, quien seguía residiendo en Monforte, para escriturar su construcción ante el notario monfortino Bartolomé de Peña, cuyos protocolos, conservados en el Archivo Histórico Provincial de Lugo, no se pueden consultar debido a su pésimo estado de conservación. No obstante, sabemos que el 12 de abril de aquel año ambos maestros reconocieron que estaban llevando a cabo la edificación; que el primero tenía adjudicadas dos terceras partes y el segundo lo restante, y que por dicha razón habían recibido de Sánchez de Boado 4.000 reales.¹¹¹ En el primer tercio del XIX Sebastián de Miñano indicaba que el puente se hallaba

derribado, como otros muchos de Galicia, que, abandonados por la rotura de un solo arco, se arruinaron los restantes, por la incuria en recomponerlos, en lo que tiene no poca parte la ambición de utilizarse con las barcas, con harto perjuicio de la comunicación de los pueblos.¹¹²

Hoy, en su lugar, se erige una infraestructura de dicho siglo o del primer tercio del XX.

1.9. Puente de Belesar

De existir, uniría los lugares de Belesar pertenecientes a las parroquias de San Bartolomeu de Belesar (Chantada) y de San Paio de Diomondi (O Saviñao) [Figs. 24-27]. Sus primeras referencias datan de entre los siglos XIII y XV.¹¹³ Como tantos otros, tradicionalmente se ha considerado medieval, aun cuando su origen se haya remontado a tiempos de los romanos.¹¹⁴ Lo cierto es que durante buena parte de la Edad Media y hasta bien entrada la Época Contemporánea fue el único puente sobre el Miño entre el de Portomarín (aguas arriba) y Ourense (aguas abajo). Formaba parte de la calzada que unía las villas de Monforte y Chantada.

Probablemente la fábrica medieval alcanzase la década de 1620 con severos daños, pues existen una serie de indicios que corroboran que se reedificó o construyó *ex novo* en dicho decenio. Al menos en 1625 se efectuaban repartimientos para su

¹¹⁰ Juan Bautista Martínez también había pujado por adjudicarse el remate, Hervella Vázquez (2011), pp. 311-313.

¹¹¹ En su comparecencia en Lugo actuó como testigo el campanero Domingo de Rebollar, AHPLU, PNL, Gerónimo López Labrada, leg. 130, ff. 11r.-11v., 56r.-57v.

¹¹² De Miñano (1827), t. 7, p. 296.

¹¹³ Ferreira Priegue (1988), p. 194.

¹¹⁴ Campo Fernández (1979), pp. 122-123.



FIGS. 24-25. Puente de Belesar (aguas arriba y aguas abajo) desde la ribera de O Saviñao. Construido por Juan Bautista Martínez de Isla ca. 1625-1630. Fotografías del primer tercio del siglo xx de la colección particular de Rodrigo Fernández López.



FIG. 26. Puente de Belesar (aguas abajo) desde la ribera de Chantada en la primera mitad del siglo xx. Colección particular de Rodrigo Fernández López.



→ FIG. 27. Calzada del Puente de Belesar desde la ribera de Chantada en 1935. Fotografía tomada de S. a. (1992), p. 37.

financiación.¹¹⁵ Recordemos que el 30 de junio de 1630 la corporación municipal de Lugo expresó que el maestro de obras Juan Bautista Martínez era un «hombre de caudal, que con valor y presteza hizo la obra de la Puente Belesar con la satisfacción que es notorio»; y que al mes siguiente el obispo lucense Diego Vela Becerril reconoció haber convencido al trasmerano para que reformase el Puente

¹¹⁵ López Calvo (1996), p. 547.



FIGS. 28-29. Puente de Belesar en la actualidad, aguas abajo y desde la ribera de O Saviñao. Construido en la década de 1950 sobre los restos del antiguo. Fotografías tomadas en 2023 por Carlos Cortés propiedad de La Voz de Galicia S. A.





FIG. 30. Restos de las antiguas pilas del Puente de Belesar hacia la ribera de O Saviñao. Fotografía tomada en 2023 por Carlos Cortés propiedad de La Voz de Galicia S. A.

de Neira, indicando que era el autor del de Belesar «con mucha perfección a lo que todos dicen». De aquel mes de julio datan más alusiones al cobro de impuestos en varias provincias del Reino para sufragar las obras, siendo su depositario Sánchez de Boado.¹¹⁶ Pasados tres años, es posible que no se hubiesen terminado de pagar.¹¹⁷

Resultó el puente más largo y elevado de todos los estudiados, pero sufrió una serie de avatares y modificaciones a lo largo de los siglos que nos obligan a ser prudentes respecto a lo que se aprecia de él en las viejas fotografías, donde se vislumbran hasta cinco ojos (entre arcos y coladeros) de dispar tipología: carpanel el mayor, ojival uno, de medio punto otro, etc. Consta que a principios del siglo XVIII se cobraba portazgo en él. Desde 1780 y hasta bien entrado el XIX no estuvo operativo. El hecho de que se impidiese su paso conllevó el establecimiento de un servicio de barcas para cruzar el río.¹¹⁸ Dada la calamitosa situación, Labrada (1804) recomendó reconstruirlo en otro lugar, alegando que

¹¹⁶ AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-1, ff. 102r.-103v.

¹¹⁷ Fernández Vega (1982), t. 3, p. 452.

¹¹⁸ Campo Fernández (1979), pp. 122-123.

Se ha caído de resultas de una grande avenida, habrá 16 años, por cuya falta se experimenta notable decadencia en la citada villa de Chantada; pues pasaba por allí mucha gente de los viajantes que de la provincia de Santiago iban a Monforte, Castilla, y otras partes.¹¹⁹

A lo largo del siglo XIX se llevaron a cabo una serie de intervenciones con la finalidad de enmendar su estado. Así, en 1830 se reconstruyó parcialmente. En 1852 se advirtió del daño que sufría la cimentación de uno de sus pilares.¹²⁰ Mientras que entre 1886-1887 hubo de llevarse a cabo una importante reforma subastada en 8.780 pesetas.¹²¹ Finalmente, desapareció casi en su totalidad como consecuencia de la construcción del embalse de Os Peares, de manera que aún permanecía en pie en 1950,¹²² pero ya no pasados cinco años, fecha en que se inauguró la presa.¹²³ El puente de hormigón que se hizo entonces para salvar la nueva cota que alcanzarían las aguas del Miño se erigió sobre la cimentación y arranque de los primitivos pilares, de ahí que la separación de sus pilas no sea homogénea. Ello acarrea el que afloren los restos de la estructura primigenia cuando se producen estiajes extraordinarios [Figs. 28-30]. De modo que, hacia la ribera de O Saviñao, se hacen visibles los tajamares semicirculares con sombreretes cónicos de tendencia curva; mientras que en medio del cauce y hacia la orilla opuesta se vislumbran tajamares triangulares. Incluso se aprecian los arranques de los viejos arcos bajo alguna de las actuales pilas.

¹¹⁹ Labrada (1804), p. 138.

¹²⁰ Campo Fernández (1979), p. 123.

¹²¹ S. a. (27/07/1886), p. 3 y (15/11/1887), p. 2.

¹²² S. a. (04/10/1950), p. 5.

¹²³ S. a. (04/09/1955), p. 3.

Los autores

2.1. Origen e interrelación artística de los arquitectos y maestros de obras partícipes en el diseño, construcción y subastas

Analizado el deterioro, la reconstrucción y la morfología de los puentes, es hora de profundizar en la biografía y actividad artística e ingenieril de la treintena de arquitectos y maestros que delinearon, edificaron, pujaron por las obras e incluso fueron anhelados por el funcionariado que administró la financiación de las mismas. Haremos especial hincapié en Miguel Arias por resultar el tracista de siete infraestructuras y aparejador de tres; en Juan Bautista Martínez por haber participado en el peritaje y construcción de casi todas ellas, y por supuesto en fray Bernardo Gómez y en la relación profesional que hubo de mantener con ambos. También demostraremos que el currículum de todos ellos denota una clara vinculación con la Orden del Císter y el Condado de Lemos y, por ende, con algunos arquitectos que desde finales del siglo XVI y hasta su muerte trabajaron activamente para ambas instituciones, especialmente Simón de Monasterio († 1624) y el contratista Pedro de la Sierra († ca. 1633), lo que explica su apego estilístico al particular clasicismo que el primero introdujo en la zona oriental del Reino, caso de las provincias de Ourense, Lugo y sobre todo la villa de Monforte.¹²⁴

2.1.1. TRACISTAS, APAREJADORES Y SU VINCULACIÓN CON LA ORDEN DEL CÍSTER Y LA CASA DE LEMOS

Iniciaremos nuestro análisis por los artistas que diseñaron los puentes siguiendo un orden cronológico. De ahí que empecemos por Alonso López de Barrio aun siendo

¹²⁴ Acerca de la trayectoria profesional y artística de Simón merece la pena consultar por su carácter compilador el estudio de Muñoz Jiménez (2001), pp. 35-53.

una figura menos relevante que las que le sucederán. Fue el maestro lucense que en 1626 dibujó la planta y alzado del Puente de Carracedo que se arruinaría tres años después en plena construcción. Se desconoce su origen, aunque se supone que nació hacia 1584 puesto que en la fecha antedicha reconoció tener unos 40 años. Su actividad profesional se documenta a lo largo del primer tercio del siglo XVII en puntos muy dispares de la provincia de Lugo. Buena parte de las construcciones que llevó a cabo las realizó de mancomún con Pedro Gómez, siendo Alonso el único alfabetizado y capaz de delinear. Los dos participaron en obras ideadas por arquitectos ligados al Císter y a Monforte, caso de Diego de Isla o del también trasmerano Simón de Monasterio, quien diseñó en la capital lucense el Hospital de San Bartolomé en el que ambos trabajaron.¹²⁵ Ignoramos cuándo falleció López de Barrio. Su oficial hubo de hacerlo antes del 14 de febrero de 1630, pues para la fecha estaba muerta su viuda María da Vila como atestiguó su hijo Antonio Gómez, también cantero y vecino de Monforte.¹²⁶

Como bien ha destacado la historiografía, especialmente Fernández Gasalla, Miguel Arias da Barreira (ca. 1600-† 1650) ocupó en el panorama arquitectónico de la Galicia oriental la vacante dejada por Simón de Monasterio y Pedro de la Sierra al heredar parte de su clientela y mantenerse ligado a postulados clasicistas. Delineó planos, dirigió obras y asumió el cargo de maestro en alguno de los más ricos cenobios cistercienses del Reino en que habían trabajado ambos trasmeranos, caso de Montederramo (Montederramo, Ourense) en el decenio de 1630 o de Monfero (Monfero, A Coruña) entre 1635-1641. De mayor calado fue el papel jugado en Oseira (San Cristovo de Cea, Ourense), para el cual habría diseñado y edificado la fachada eclesial, trabajando en dicha casa desde 1639 hasta su muerte [Fig. 31]. Además, en 1634 realizó la traza primigenia del convento monfortino de franciscanas descalzas auspiciado por los Condes de Lemos, cenobio que se construyó lentamente durante décadas hasta que en 1668 Antonio Rodríguez Maseda modificó sus planos. En aquella villa se le atribuye el primer cuerpo de la portada de la fachada monasterial de los benedictinos de San Vicente do Pino [Fig. 32], Orden para la que ideó en Santiago de Compostela el Claustro de las Oficinas de San Martín Pinario, el cual se levantó años después de que hubiese fallecido [Fig. 33]. Existe la hipótesis de que pudiera haber diseñado la otrora iglesia dominica de Nuestra Señora del Rosario en Ourense. Sea como fuere, en todo este tiempo se personó

¹²⁵ Pérez Costanti (1930), pp. 240-241; de Abel Vilela (1999), p. 61; Calles Lombao (2022), pp. 84-93.

¹²⁶ AHPLU, PNL, Juan Rodríguez de Val, leg. 104-1, ff. 50r.-50v.



FIG. 31. Fachada de la iglesia monasterial de Santa María de Oseira, construida por Miguel Arias ca. 1639-1645. Fotografía del autor.



↑ FIG. 32. Portada de la fachada monasterial de San Vicente do Pino, cuya construcción se atribuye a Miguel Arias ca. 1634-1649. Fotografía del autor. ↓ FIG. 33. Claustro de las Oficinas del monasterio de San Martín Pinario, diseñado por Miguel Arias en las décadas de 1630-1640 y construido a su muerte entre 1665-1681. Fotografía del autor.



con frecuencia en la ciudad de Lugo por distintas razones u obras,¹²⁷ muriendo finalmente en Monforte el 13 de mayo de 1650.¹²⁸

Por cuestiones estilísticas Fernández Gasalla supuso que habría nacido en torno a 1600. Su conjetura se demuestra cierta porque en 1629-1630 afirmó tener entre 27-29 años. Se ignora de dónde era nativo. Hasta la fecha las primeras obras que se le conocían databan de 1631 y correspondían a reparaciones menores en la Catedral de Lugo.¹²⁹ Por aquel entonces era un maestro de obras muy consolidado en la ciudad, pues gozaba de la confianza del Ayuntamiento, la Iglesia y la clientela civil. No en vano, más allá del rol jugado como perito, tracista y aparejador de la mayor parte de los puentes estudiados, en el último día de 1628 reconoció que junto con su citado colega y convecino Rosendo González tenía rematada la obra y edificio de la fuente de San Pedro, conforme a una traza y condiciones cuya autoría se desconoce.¹³⁰ El 7 de mayo de 1630 se concertó con María de Balboa y Quiroga en realizar varias labores de cantería en la casa que reedificaba en la urbe.¹³¹ El 23 de agosto de 1631 el obispo Diego Vela Becerril, el mismo que lo había reclamado dos años antes para que inspeccionase el estado del fallido proyecto del Puente de Carracedo, escribió con él la reforma de la capilla de San Lorenzo del Colegio Seminario, obra que diseñó y cuyas condiciones manuscibió.¹³² El 3 de julio de 1632 se leyeron las cláusulas de la reedificación parcial de la Casa Consistorial. Miguel hizo sus posturas junto con otros maestros canteros como Alonso Rodríguez, Juan Díaz y Pedro Teixeira.¹³³ Arias y el propio Alonso contrataron una reforma en dicho edificio el 28 de noviembre de 1634 por 66 ducados y se comprometieron a terminarla para finales de marzo del año siguiente.¹³⁴ Por citar una última obra de este periodo, el 12 de abril de 1635 el deán lucense Juan Pardo Ribadeneira se convino con él para que construyese conforme a una traza suya una casa en el coto de San Martiño de

¹²⁷ Pérez Costanti (1930), pp. 478-479; Bonet Correa (1966), p. 210; Ferro Couselo (1971), p. 153; Lorenzana Lamelo (1989), p. 86; Limia Gardón (1990), pp. 39-73 y (2023), pp. 52-54, 61; Fernández Gasalla (2002), t. 2, pp. 45-62 y (2004), pp. 952-969, 1010-1015, 1022-1023; Vicente López (2012), pp. 62-63, 68-70; Fernández Castiñeiras y Folgar de la Calle (2012), pp. 345, 348, 354-355.

¹²⁸ AHDL, Fondo Parroquial, Santa María de La Régoa, Defunciones, n.º 1, f. 5v.

¹²⁹ Calles Lombao (2021), pp. 239, 370-371.

¹³⁰ AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 109-3, ff. 159r.-159v. Sobre el posible precedente edilicio de dicha fuente véase Goy Diz (2017), pp. 136-152.

¹³¹ Caso de una escalera con su pasamanos, una chimenea francesa, un par de ventanas y una puerta, trabajo por el que cobraría 85 ducados, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-1, ff. 83r.-84v.

¹³² También la contrató por 2.500 reales y se obligó a terminarla en un plazo de cuatro meses que empezaría a correr desde septiembre, AHPLU, PNL, Juan Rodríguez de Val, leg. 104-2, ff. 367r.-369v. Novo Sánchez dio a conocer los planos en una ficha publicada en Vigo Trasancos (2003), pp. 180-183; Taín Guzmán (en prensa).

¹³³ Se la adjudicó Alonso en 220 ducados. Tenía mala caligrafía y pasados dos días cedió la mitad a Teixeira, quien supo firmar, AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 110-3, ff. 223r.-228r. Existe mucha información acerca de estas obras en el libro de actas capitulares de la ciudad.

¹³⁴ AHPLU, PNL, Juan Sanjurjo y Aguiar, leg. 111-2, ff. 188r.-189v.

Oleiros (Láncara), «donde solía estar el palacio viejo».¹³⁵ Hasta aquí los datos inéditos referidos a obras requeridas por clientes de Lugo. A continuación, al tratar a otros artistas, intentaremos dilucidar el papel que desempeñó fuera de esta ciudad y si fray Bernardo Gómez pudo haber contribuido a que durante dos décadas se convirtiese en el principal maestro de obras de las abadías gallegas del Císter.

Juan Bautista Martínez de Isla resulta una figura poco conocida por la historiografía. En los apartados precedentes ha quedado demostrada su intensa colaboración con Miguel Arias, pues juntos realizaron el peritaje de casi todos los puentes y mostró gran interés en contratar la reedificación de los mismos aun de manera parcial. En los manuscritos analizados siempre firma como «Juan Baptista». El apellido Martínez lo añaden los escribanos y el apelativo final alude a su localidad cántabra de origen (Isla, Arnuero).¹³⁶ A nuestro juicio, existen numerosos indicios para creer que se trataría de un personaje vinculado al también trasmerano Simón de Monasterio. En los párrafos anteriores queda de manifiesto que era un aparejador técnica y económicamente solvente. Recuérdense los elogios que recibió en 1630 por parte del Ayuntamiento y del obispo lucenses, que lo definieron como «hombre de caudal, que con valor y presteza hizo la obra de la Puente Belesar con la satisfacción que es notorio» o «con mucha perfección a lo que todos dicen», así como el empeño personal del propio prelado Diego Vela porque asumiese la reforma del Puente de Neira. Evidentemente, esta no pudo ser su primera obra dirigida. De ahí que nos preguntemos si sería el Juan Martínez que trabajaba en 1625 como maestro cantero en la iglesia abacial de Monfero justo al año siguiente de haber fallecido Simón de Monasterio, verdadero maestro y probable tracista del templo [Figs. 34-36]. ¿Habrían coincidido aquí desde 1620 o en las distintas obras que este hacía para los Condes de Lemos? Creemos que sí y pronto veremos por qué. Pero, antes de nada, cabe destacar que en la referida casa cisterciense podrían haber participado en esos años una serie de artífices ligados a Bautista. En 1608 había intervenido en ella un tal Juan Muñoz,¹³⁷ presente también entre 1613-1614. ¿Sería su fiel colaborador Juan Muñoz de Selorga? Acordémonos de que ambos levantaron los puentes de Carracedo y Ribasaltas y de que Muñoz vivía junto a la abadía cisterciense de Sobrado cuando fray Bernardo Gómez era maestro de obras de la misma. También

¹³⁵ Arias debería tenerla acabada en julio. Se le proporcionarían todos los materiales y cobraría mensualmente 30 ducados y 4 hanegas de pan, AHPLU, PNL, Gerónimo López Labrada, leg. 130, ff. 11r.-11v., 54r.-55r. La feligresía mencionada se trata de la lancarina y en ningún caso de la homónima de Toques (A Coruña) —también perteneciente a la diócesis lucense— por la referencia al coto, *vid.* Río Barja (1990), p. 144.

¹³⁶ Es posible que todos los campaneros citados, esto es, Pedro de Rebollar “el Viejo”, su hijo Julián, Pedro de Rebollar “el Mozo” y Domingo de Rebollar fuesen convecinos suyos, pues siempre testificaban en escrituras relacionadas con él. Al menos Julián era vecino de Isla en 1638, Gómez Darriba (2022), vol. 2, pp. 24-25.

¹³⁷ González López (1989-1990), p. 163.



FIG. 34. Iglesia monasterial de Santa María de Monfero vista desde la tribuna occidental. Diseñada por Simón de Monasterio e iniciada su construcción por él mismo ca. 1620-1624. En este último año debió de acudir a ella fray Bernardo Gómez para ver el estado de las obras, las cuales hubieron de proseguir con Juan Bautista Martínez al frente desde aproximadamente 1625 y con Miguel Arias entre 1635-1641. Fotografía del autor.

↓ FIGS. 35-36. Interior de la iglesia monasterial de Santa María de Monfero. Fotografías del autor.



es un hecho que el propio Miguel Arias trabajó en Monfero desde 1635 hasta 1641, concluyéndose el templo dos años después (salvo la fachada).¹³⁸

Lo último que hemos aportado de manera inédita acerca de Juan Bautista es que entre 1630-1635 residió en Monforte, villa donde ejercía como «maestro de las obras de Su Excelencia el Señor Conde de Lemos», tal y como lo define un documento de 30 de junio de 1630. Este puesto lo había ostentado anteriormente Simón de Monasterio.¹³⁹ En el testamento de este arquitecto existían indicios un tanto vagos de su labor para la casa señorial y más en concreto para Pedro Fernández de Castro (VII Conde).¹⁴⁰ Hoy, gracias al magnífico y reciente estudio de Sáez González, se tiene mayor certeza de los trabajos que desempeñó. Así, entre 1621-1623 dio las trazas para el convento provisional de las clarisas monfortinas, ubicadas entonces en unos inmuebles de la Rúa Falagueira; restauró una vivienda aneja para Catalina de la Cerda y Sandoval —viuda del Conde— conforme a un diseño propio; delineó un panteón para su difunto marido; e inició la reparación de las fortalezas de Moeche (Moeche, A Coruña) y Vilalba (Vilalba, Lugo), así como la de un canal fluvial en Pontedeume (Pontedeume, A Coruña).¹⁴¹ Es probable que algunas de estas obras las dirigiese Juan Bautista tras su muerte en 1624. Ello enlaza con lo poco que se conocía de su figura hasta ahora. Básicamente que había poseído el cargo de maestro de obras del definitivo convento monfortino de clarisas entre 1639-1656, edificio en el que ya trabajaba en 1636 y que había diseñado dos años antes Miguel Arias. Este puesto estaba ligado al antedicho porque los Condes eran patronos del cenobio. 1656 resulta el último año del que hay constancia que laborase allí. Lo hacía con su hijo Francisco de Isla, quien, recordemos, había asumido parte de la obra del Puente de Lago.¹⁴²

No obstante, en fechas recientes, Sáez González ha aportado una serie de documentos que demuestran que en la primera semana de agosto de 1634 se colocó la primera piedra del citado convento. Por aquel entonces el maestro de obras era Juan Bautista, pues, aunque la autora no alude a él, ella misma publica la relación de

¹³⁸ Bonet Correa (1966), pp. 207-213; González López (1989), pp. 216-217; Limia Gardón (1990), pp. 51-52; Fernández Gasalla (2002), t. 2, pp. 52-53.

¹³⁹ Una escritura notarial del 2 de abril de 1622 cita a Simón como «maestro de las obras de Su Excelencia el Señor Conde de Lemos», Calles Lombao (2022), p. 90. Más allá de que Rodrigo de Castro, fundador del Colegio monfortino de Nuestra Señora de la Antigua fuese hijo de la III Condesa de Lemos y de que Monasterio trabajase en dicho edificio entre 1602-1618, lo cierto es que la labor desempeñada para los Condes era diferente a la desarrollada para la Orden jesuita regente de la institución colegial, pues apenas cinco días más tarde de que a Juan Bautista le nombrasen de la manera indicada, a su colega Jácome Fatón lo nominaban «maestro de la obra del Colegio de la Compañía de Monforte de Lemos», tal y como ha quedado comprobado en el último apartado dedicado al Puente de Carracedo.

¹⁴⁰ Leirós (1945), pp. 116-118.

¹⁴¹ Sáez González (2018), p. 64, (2023), vol. 1, pp. 292, 296 y vol. 2, pp. 173-175.

¹⁴² Lorenzana Lamelo (1989), pp. 71, 73; Fernández Gasalla (2002), t. 2, p. 49 y (2004), p. 956.

gastos de dicha ceremonia que cuenta con el siguiente encabezado: «lo que Bautista dice que será menester para los cimientos que se han de hacer de la primera piedra», así como con el montante entregado «a Bautista». En definitiva, al igual que en 1630 Miguel Arias diseñó una serie de puentes cuyas obras, en su mayor parte, tomó Juan Bautista; en 1634 el primero delineó el definitivo convento de clarisas y su colega ejerció como maestro de obras durante más de 20 años. El cántabro cumplió este mismo rol en la iglesia y antiguo cenobio dominico de San Jacinto en Monforte —hoy parroquia de Santa María da Régoa y colegio Torre de Lemos—, también fundación de los antedichos Condes. En 1637 tenía terminadas las obras, pero no las había acabado de cobrar.¹⁴³ ¿Habría diseñado este convento Arias da Barreira?¹⁴⁴ A todo lo mencionado hay que sumar aquella frase del propio Miguel en 1649 cuando vivía en Monforte acerca de «sus muchas ocupaciones que tiene de obras que requieren su asistencia». Es posible que aun entonces, siendo convecinos, perdurase entre ellos la magnífica relación profesional que debieron de mantener desde finales de la década de 1620 en adelante.

Más enigmática resulta la personalidad artística de fray Bernardo Gómez, entre otros motivos porque su expediente de toma de hábito es sumamente parco en datos. Ingresó como monje cisterciense en el monasterio de Santa María de Sobrado el 30 de noviembre de 1621 a la edad de 22 años. Por lo tanto, habría nacido hacia 1598-1599. Lo hizo en la localidad de Cabezuela, perteneciente a la diócesis de Plasencia (hoy municipio de Cabezuela del Valle, Cáceres). Su nombre en el siglo también era Bernardo Gómez. Hijo de Francisco Gómez y de María de Torres, provenía de una familia de labradores cuyo abuelo paterno había sido regidor en su pueblo natal durante dos décadas. La documentación no aporta mayores datos de interés más allá de las típicas referencias a que era un cristiano de sangre limpia, honrado y de buena conducta, no existiendo alusiones a la formación intelectual o profesión que pudiera tener en la vida civil, como tampoco qué le motivó a abandonar el Valle del Jerte para partir hasta el Reino de Galicia más allá de su voluntad de servir a Dios.¹⁴⁵

Que sepamos, sobre su figura apenas se conocía hasta la fecha un acontecimiento tan interesante como sugestivo. El 25 de julio de 1625 se celebró un consejo en el monasterio de San Martín Pinario en el que el abad fray Diego de Hevia, previa aprobación de su comunidad, incluyó «al padre fray Bernardo Gómez, monje pro-

¹⁴³ Sáez González (2023), vol. 1, pp. 299-300, 304-305.

¹⁴⁴ Ya Pita Andrade advirtió que «la arquitectura de éste y la del Convento de Clarisas es profundamente similar». De hecho, consideró que la traza y obra del cenobio franciscano era «debida seguramente al mismo maestro que había levantado el Convento de San Jacinto», Pita Andrade (1952), pp. 59, 64.

¹⁴⁵ ARG, Mosteiro de Santa María de Sobrado, leg. 45079-36, ff. 165r.-178r.

feso de la casa de Sobrado [...] maestro de cantería [...] e inteligente en el arte», para que dirimiese «qué traza se puede seguir en el crucero de la iglesia, si la traza antigua, de madera», es decir, la ideada por el arquitecto portugués Mateo López a finales de la década de 1580, o la de su compatriota Constantino Leitão de Vasconcelos, matemático, cosmógrafo, ingeniero y arquitecto. Se trataba en definitiva de «çerar el cimborrio [sic]». El lego, descrito como «persona enterada de la obra», manifestó bajo juramento «que si algún hombre podía haber en España» capaz de terminar el cimborrio y su cúpula, este era el polifacético luso. Dictó que el templo habría de coronarse conforme al diseño de Vasconcelos «porque da más fortaleza a las paredes que necesitan de ella y más claridad a la iglesia». Recalcó la idoneidad de su proyecto por ser tectónicamente más liviano que el primitivo y garante de la sostenibilidad del edificio [Figs. 37-39]. El tracista supo responder a todas cuantas cuestiones le formularon los monjes y tanto ellos como fray Bernardo quedaron convencidos de la aptitud de su plan. De hecho, el lego cisterciense reconoció «que aunque no ha visto cosa ejecutada de el dicho, con todo, le parece lo ejecutará con ventajas por lo que su suficiencia da a entender». Sentencia paradójica si se tiene en cuenta que lo había ponderado como el único arquitecto en España capaz de resolver la obra. En definitiva, así fue cómo este célebre artista bracarense dejó su impronta nada menos que en el principal cenobio de la Orden de San Benito en Galicia antes de partir a Lima, ciudad en la que alcanzó gran fama hasta su muerte en 1668.¹⁴⁶

Sabido esto, cabe preguntarse si no habría actuado Miguel Arias como tracista del Claustro de las Oficinas de San Martín Pinario por recomendación del lego. Igualmente, ¿sería fray Bernardo el ignoto maestro que «vino de Sobrado a ver la obra» de la iglesia cisterciense de Monfero en 1624, año de la muerte de Simón de Monasterio? Recordemos que en 1625 ya trabajaba en ella Juan [¿Bautista?] Martínez y que en 1635 lo hacía Arias.¹⁴⁷ Desde esa fecha hasta 1631-1632 no volvemos a tener datos del lego, tiempo en que pasó a autodenominarse maestro de obras de la abadía de Sobrado. Junto a ella vivía entonces el aparejador Juan Muñoz de Selorga con un oficial y una criada. Hemos referido de este que podría haber trabajado en Monfero entre 1608-1614; que se hallaba muy ligado a Juan Bautista; que en 1631 había emprendido un viaje a La Coruña; y que cuatro años después se hallaba vecino en Sarria. Firmaba tal y como se le menciona, pero algún escribano añadía como segundo apellido Solorga, de ahí la posibilidad de que procediese del lugar homónimo sito en Meruelo (Cantabria) y de que fuese trasmerano.

¹⁴⁶ Vicente López (2012), pp. 55-59.

¹⁴⁷ Bonet Correa (1966), pp. 209-210.



FIGS. 37-38. Cimborrio y media naranja de la iglesia monasterial de San Martín Pinario vistos desde la nave y la parte central del crucero. Obra diseñada en 1625 por Constantino Leitão de Vasconcelos y aprobada el 25 de julio de dicho año por fray Bernardo Gómez. Fotografías del autor.





FIG. 39. Cimborrio y media naranja de la iglesia monasterial de San Martín Pinario vistos desde el presbiterio. Fotografía del autor.

Volviendo a Sobrado, la historiografía confirma que la materialización de alguno de sus claustros se produjo en distintas etapas que abarcan desde finales del *xvi* hasta mediados del *xviii*, sin que exista referencia explícita a los años en que se erigieron ciertas pandas o estancias, más allá de que el Claustro de la Hospedería se habría iniciado hacia 1623-1626 y, en lo esencial, estaría terminado entre 1632-1635 para unos o hacia 1641-1644 en opinión de otros, aunque no se completó del todo hasta bien entrado el *xviii* [Fig. 40]. Bonet Correa añade la hipótesis de que sus trazas pudieran deberse a Francisco González de Araújo o a Bartolomé Fernández Lechuga. A su vez, existen unos cronicones coetáneos a los siglos en los que se levantó el actual conjunto monástico que siembran muchas dudas al aludir, no sin contradicciones, a que en 1620 habría comenzado el derribo de la iglesia medieval y la construcción de la nueva. La bibliografía especializada no descarta que a partir de la data indicada empezasen a erigirse los tramos occidentales de la nave amén de la cimentación de la fachada.¹⁴⁸ Dicho lo cual, es más que probable que en alguna de estas obras interviniesen fray Bernardo y Muñoz de Selorga.

¹⁴⁸ Bonet Correa (1966), p. 228; de Sá Bravo (1972), p. 14; González López (1989), pp. 213-227 y (1989-1990), pp. 151-170; Folgar de la Calle (1998), pp. 290-307; Fernández Gasalla (2004), pp. 1346-1349.



FIG. 40. Panda oriental del Claustro de la Hospedería del monasterio de Santa María de Sobrado. Su construcción se inició ca. 1623-1626 y debió de proseguir hasta los primeros años de la década de 1630, periodo en el que ejercía de maestro de obras del cenobio fray Bernardo Gómez y en el que vivía junto a él Juan Muñoz de Selorga. Fotografía del autor.

Respecto al *lego*, cabe resaltar que en la Galicia de los siglos xvii y xviii el Císter era muy reacio a que los profesionales de la construcción tomasen el hábito. Hasta la fecha, apenas se conocían cuatro maestros: dos profesos en Sobrado y otros tantos en Oseira,¹⁴⁹ siendo el más relevante fray Agustín de Otero (ca. 1675 - † 1730).¹⁵⁰ En la presente investigación hemos presentado a un quinto anterior a todos los demás e igualmente procedente de Sobrado, lo que le convierte en un personaje especial por resultar la casa preponderante entre las cistercienses gallegas. Los escasos datos acerca de su vida y obra denotan que fue reclamado nada menos que por el abad del principal monasterio benedictino del Reino para que dirimiese una cuestión tan trascendental como qué tipo de cimborrio habría de coronar el transepto de la iglesia de Pinario. Años después el obispo de Lugo lo requirió para que corroborase si las trazas delineadas para el Puente de Carracedo se ajustaban a la firmeza que cabría esperar de ellas. De hecho, fue la única vez que una discusión

¹⁴⁹ Pita Galán (2021), pp. 39, 45, 74-79, 217-220, 228.

¹⁵⁰ Gómez Darriba y Pita Galán (2020), pp. 120-147.

de índole arquitectónica relacionada con los puentes objeto de estudio se celebró en el Palacio Episcopal lucense y no en el Consistorio de la ciudad. El lego no solo enmendó el aludido diseño, sino que, al año siguiente, a petición del prelado, acudió hasta la parroquia lancarina para comprobar *in situ* si la obra se estaba materializando conforme a los planteamientos aprobados y aun tuvo el atrevimiento de exigir algún cambio en aras de la estabilidad del edificio. En resumidas cuentas, los benedictinos de Santiago y el obispo lucense lo solicitaron y ambas instituciones le permitieron tener voz y voto. Se hizo cuanto ordenó. Cuatrocientos años después, las dos obras permanecen en pie sin modificaciones relevantes.

Sus labores de peritaje ponen de manifiesto, una vez más, la gran confianza que algunos prelados depositaban en estos particulares arquitectos.¹⁵¹ En relación a ello, es de justicia resaltar la figura de Diego Vela Becerril dada su preocupación por las obras de los puentes. Ya se sabía que antes de 1632 había financiado una reparación en el de Lugo.¹⁵² Ahora queda de manifiesto que en 1629 envió a Miguel Arias y a Rosendo González al de Carracedo para que comprobasen el estado de su construcción y que pasados tres años hizo lo propio con fray Bernardo. Además, reconoció haber promovido a Juan Bautista para que reformase el de Neira. Ello es sumamente llamativo porque si bien es cierto que ambas infraestructuras se hallaban en importantes vías de comunicación a Lugo, no dejaban de ser de jurisdicción del monasterio de Samos y del Condado de Lemos respectivamente.

Dentro de la nómina de maestros que ejecutaron los puentes, cabe destacar a otra figura inadvertida para la historiografía. Se trata de Rosendo González, aparejador del Puente de Lago en 1631 y de la reforma del de Neira en 1649. Su biografía y perfil profesional parecen estar ligados a Miguel Arias aun cuando su carrera resulte netamente más discreta. Al igual que su colega, hubo de nacer hacia 1600 puesto que entre 1629-1630 declaró tener entre 27-29 años. Por lo que sabemos, a lo largo de su vida residió entre Lugo y Monforte. Su primer trabajo conocido, en compañía de Miguel, afectó a la referida fuente de San Pedro en la capital lucense (1628). Año y medio más tarde redactó las condiciones del proyecto no materializado para el Puente de Carracedo cuya traza dibujó Miguel. En el pliego demostró tener buena caligrafía.

Al contrario que el maestro antedicho, la figura de Diego Ibáñez Pacheco (1595-† 1666) se halla bien estudiada. Este trasmerano oriundo de Noja fue desde su juventud un prolífico tracista y aparejador en el Principado de Asturias y en las antiguas provincias de Lugo y Mondoñedo. Coetáneo de Arias, gozó de una trayectoria

¹⁵¹ Sobre este asunto véase Pita Galán (2021).

¹⁵² Peiró Graner (2002), p. 511.

profesional en cierto modo similar a la suya e incluso de una semejante personalidad artística, estilísticamente retardataria para la época. Aparte de haber delineado numerosos templos y claustros, fue todo un experto en el diseño, construcción y subcontratación de puentes, interviniendo entre las décadas de 1630-1650 en las trazas, condiciones u obras de los mencionados de Galiñeiros y Neira de Rei, así como en los de Viloalle (Mondoñedo, Lugo) o Portomarín (Portomarín, Lugo).¹⁵³

Domingo Vázquez resulta uno de los muchos maestros a los que Ibáñez Pacheco traspasó parte de una obra que previamente se había adjudicado, caso del Puente de Galiñeiros, que construyó junto con este y Arias a partir de 1631. Se trata de uno de los artífices vinculados al territorio que hoy comprende el municipio de Samos. Hemos aportado varias referencias de entre 1626-1628 que lo sitúan viviendo y trabajando en Villafranca del Bierzo, aunque en 1631 residía en la feligresía de Santiago de Renche (Samos). En 1633 tomó junto con dos colegas citados aquí —Baltasar Martínez y Juan de la Llama— la obra del campanario de la iglesia parroquial de San Breixo da Balsa (Triacastela, Lugo), cercana a la villa de Samos en que moraban.¹⁵⁴ En 1638 continuaba vecinado en A Ferrería, lugar del curato de Santa Xertrude de Samos. A la jurisdicción abacial también estaban ligados el reseñado Baltasar y su hermano Gonzalo Martínez, quien, recordemos, dirigió el fallido proyecto del Puente de Carracedo que motivó el pleito en la Real Audiencia de Galicia. El primero habría nacido hacia 1585 a juzgar por las declaraciones testificales de algunos de sus convecinos, quienes aseguraron que hubo de morir ca. 1635-1636 contando con 50 años. Consta que en 1613 era cantero y que en 1637 su esposa Catalina Fernández estaba viuda.¹⁵⁵ Su hermano, como indicamos, falleció arruinado entre el 16 de junio y el 21 de julio de 1631.

2.1.2. PARTICIPANTES EN LAS PUJAS, PERDEDORES EN LAS SUBASTAS

Dentro del listado de maestros que pujaron sin éxito por la adjudicación de la construcción de los puentes cabe destacar a algunos dadas las referencias aportadas a su biografía y trayectoria profesional. Uno de los más relevantes es Alonso Rodríguez. En los años 1626-1632 en que lo hemos documentado constituía un aparejador itinerante entre Santo Estevo de Ribas de Sil, San Vicente de Carracedo,

¹⁵³ Pérez Costanti (1930), pp. 294-298; Bonet Correa (1966), pp. 173-175, 215-217; Goy Diz (1996), pp. 223-261; Fernández Gasalla (2004), pp. 915-932; Gómez Darriba (2019), pp. 251-272, (2020), pp. 255-256, (2021) y (2022), pp. 9-37.

¹⁵⁴ Pérez Costanti (1930), p. 545.

¹⁵⁵ López Salas (2015), pp. 262, 264, 272, 280, 830, 843-949.

Samos y Lugo. Puede que hubiese dos colegas homónimos y coetáneos, pero el que se persona en Samos en 1628 como fiador de Gonzalo Martínez después de que este hubiese logrado el contrato del Puente de Carracedo es el mismo que participaba entonces en la erección del deambulatorio de la Catedral de Ourense,¹⁵⁶ obra diseñada por Simón de Monasterio en 1615 y dirigida por él desde 1618 hasta el año de su fallecimiento.¹⁵⁷ Goy Diz expuso la teoría de que Alonso podría haber nacido hacia 1565-1570 en la parroquia de San Vicente de Graíces (A Peroxa, Ourense) y de que sería discípulo de Diego de Isla, otro trasmerano con una importante trayectoria en Monforte. Lo cierto es que desde los últimos años del siglo XVI y durante el primer tercio del XVII dirigió múltiples e importantes obras en las citadas abadías de Ribas de Sil y Samos.¹⁵⁸

Salvo Juan Bautista Martínez, su hijo Francisco y Diego Ibáñez Pacheco, hubo una serie de maestros naturales de Trasmiera que pujaron sin éxito por el remate de las obras. No obstante, en los puentes hubieron de trabajar canteros de la merindad, pues ciertas pruebas testificales de 1630 indican que el año anterior varios oficiales «vizcaínos» habían participado en la erección del de Carracedo. Uno de ellos podría haber sido el iletrado Pedro de Cajigal, quien en 1626 acudió allí para examinar el emplazamiento donde habría de levantarse y entre 1629-1630 declaró ante notario acerca de la fallida construcción. Durante este periodo manifestó tener entre 54 y 60 años. Ignoramos si se trataba del cantero homónimo natural de Suesa (Ribamontán al Mar) que en 1609 había trabajado en Sopuerta (Vizcaya). Aunque seguramente no interviniesen en las edificaciones objeto de estudio, cabe recordar que de dicha localidad cántabra provenían Bartolomé de la Huerta y Sebastián de la Pedrosa, quienes pujaron conjuntamente por el remate de los de Carracedo y Lago. Se desconoce si el primero y su hermano Juan tenían algún tipo de parentesco con sus colegas y vecinos los González de la Huerta y Francisco de la Huerta, residentes en Suesa en la década de 1620. Lo mismo ocurre respecto a los Vélez de la Huerta, oriundos de la cercana aldea de Galizano (Ribamontán al Mar).¹⁵⁹ No obstante, todo parece indicar que Bartolomé solía trabajar en El Bierzo y en la provincia de Lugo, pues aparte de que entre 1628-1630 se personó en la capital lucense y manifestó residir en Villafranca, ya se sabía que en 1609 había contratado junto con su citado hermano la obra de la capilla mayor de la iglesia

¹⁵⁶ Pues se dice vecino de Santo Estevo de Ribas de Sil.

¹⁵⁷ Sobre la girola orensana véase Leirós (1948).

¹⁵⁸ Pérez Costanti (1930), pp. 467-468; Duro Peña (1977), pp. 94-96; Arias Cuenllas (1992), pp. 220-221, 223; Vázquez Santos (2003), pp. 114, 116, 322-325; Goy Diz (2008), pp. 142-145; López Salas (2015), pp. 44, 848, 896.

¹⁵⁹ Alonso Ruiz *et al.* (1991), pp. 114-115, 696; Aramburu-Zabala Higuera, Cagigas Aberasturi y de Escallada González (2001), pp. 90-110, 208-211.

parroquial de Santa María de Belante (Sarria),¹⁶⁰ mientras que en 1630 concertó la reconstrucción de la cocina del monasterio cisterciense de Santa María de Carracedo (Carracedelo, León). Lo hizo en compañía de otro trasmerano como Juan de la Pedrosa «el Nuevo», personaje del que, junto con el que suponemos su padre, esta investigación aporta nuevos datos, pues Juan de la Pedrosa «el Viejo» pujó en varias ocasiones por el Puente de Carracedo entre 1626-1628, reconociéndose natural de Langre (Ribamontán al Mar) y residente en Villafranca del Bierzo. Autores como Voces Jolías dieron a conocer su figura, documentando que entre 1580-1588 había estado ocupado en diversas obras de la zona occidental de la comarca berciana, caso de la iglesia parroquial de San Julián de Las Herrerías o de la torre de Santa María Magdalena de Vega de Valcarce (ambas en Vega de Valcarce, León). También había efectuado la torre y nave del templo de Santa Marina de Balboa (Balboa, León) junto con el villafranquino Juan de Perayos y, asimismo, recibido el encargo del Cabildo de Villafranca de construir en compañía de otros colegas la torre campanario de la Colegiata de Santa María. De Juan de la Pedrosa «el Nuevo» cabe reseñar que pujó por el Puente de Carracedo en 1628, momento en que residía en la villa leonesa de Ponferrada. De él se sabía que a lo largo de la década de 1620 había ejercido como maestro de obras de la Catedral y obispado de Sigüenza por recomendación del maestro real Juan Gómez de Mora y dirigido otras construcciones en la actual provincia de Guadalajara.¹⁶¹

Otros trasmeranos sin éxito en la adjudicación fueron Juan de Solaesa y Juan de la Llama. El primero, que pujó en 1628 por el Puente de Carracedo, es considerado natural de la merindad,¹⁶² quizá por la existencia de una aldea homónima a su apellido en Marina de Cudeyo. Fue uno de los maestros que se convinieron con Simón de Monasterio en construir el deambulatorio de la Catedral de Ourense. Este, en su testamento, lo reconoció como pariente y le encomendó terminar la obra, cosa que no cumplió.¹⁶³ De Juan de la Llama hemos mencionado su presencia en A Coruña, Lugo, Samos y Triacastela entre 1628-1633, así como su interés por conseguir el remate de la infraestructura antedicha. Se ignora su lugar de procedencia, pero consta que continuaba trabajando en Galicia en 1636 y que su apellido, años después, tenía vinculación con las mentadas localidades de Langre y Galizano.¹⁶⁴

¹⁶⁰ Pérez Costanti (1930), pp. 293-294.

¹⁶¹ Voces Jolías (1987), pp. 26, 44, 106, 111, 114; Alonso Ruiz *et al.* (1991), p. 488; Aramburu-Zabala Higuera, Cagigas Aberasturi y de Escallada González (2001), pp. 206, 212.

¹⁶² Alonso Ruiz *et al.* (1991), p. 639.

¹⁶³ Pérez Costanti (1930), pp. 383-384, 516; Leirós (1945), p. 118 y (1948); Lorenzana Lamelo (1989), p. 66.

¹⁶⁴ Aramburu-Zabala Higuera, Cagigas Aberasturi y de Escallada González (2001), pp. 211-212.

2.1.3. LOS MAESTROS ANHELADOS

Como sabemos, el licenciado Gonzalo Sánchez de Boado, alcalde mayor de la ciudad de Lugo a la vez que depositario de las obras, expresó el 5 de julio de 1630 ante el resto de munícipes la necesidad de posponer la construcción de los puentes totalmente derruidos por urgir la reparación de aquellos que no se habían arruinado del todo y...

[...] para ver si salen maestros que quieran hacer posturas más bajas; o mandar que Pedro de la Sierra, maestro de las obras del convento de San Clodio; o el maestro de las obras el [sic] convento de San Martín de Santiago; o Jácome Fatón, maestro de la obra del Colegio de la Compañía de Monforte de Lemos, vean dichas puentes y la traza y condiciones de ellas.

En este párrafo queda de manifiesto el conocimiento que tenía sobre algunos de los maestros más importantes de la Galicia del momento, algo que no sorprende dado su rol de tesorero y el consiguiente contacto que mantenía con ellos. No olvidemos que durante dos días acompañó a Miguel Arias y a Juan Bautista Martínez a reconocer visualmente los puentes dañados; ni tampoco que todos los artistas mencionados tenían una evidente relación profesional entre sí. Por aquel entonces los mentados peritos seguramente considerasen al trasmerano Pedro de la Sierra como uno de los aparejadores más competentes del Reino merced a su labor como director de obras planteadas por arquitectos de la talla de Juan de Tolosa o de Simón de Monasterio, muy vinculados al Císter y al Condado de Lemos. Sin ir más lejos, trabajó en las abadías bernardas de Montederramo siguiendo planos de los antedichos entre 1597-1633; en las de Santa María de Melón (Melón, Ourense) u Oseira; así como en la de San Clodio (Leiro, Ourense) desde 1596 hasta, como mínimo, 1630, tal y como confirma la cita textual. En los tres últimos años de su vida debió de estar muy ocupado en Montederramo y concluyendo la girola de la Catedral orensana diseñada por Monasterio.¹⁶⁵

Otro de los aparejadores mencionados por Sánchez de Boado es Jácome Fatón, pariente de una dinastía de maestros ligados a las abadías cistercienses y a los centros artísticos de Ourense y Monforte desde finales del xvi, a la vez que vinculado profesionalmente a Monasterio y Pedro de la Sierra. Entre 1618-1624 trabajó para Simón en la obra del deambulatorio orensano, actuó como fiador suyo y este le

¹⁶⁵ Pérez Costanti (1930), pp. 383-384, 514-516, 578, 584-585; Leirós, Eladio (1945), pp. 116-118 y (1948); Ferro Couselo (1971), pp. 145-157, 170-177; González García (2002), pp. 287-294; Goy Diz (2005), pp. 53, 71-113; Fernández Castiñeiras y Folgar de la Calle (2012), pp. 345, 348, 354-355; Limia Gardón (2023), p. 64.



FIG. 41. Interior de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua en Monforte de Lemos, de la cual fue maestro de obras Simón de Monasterio entre 1602-1618. Fotografía del autor.

encomendó en su testamento que prosiguiese con la construcción junto con de la Sierra. Aparte de haber estado muchos años avecinado en Monforte concluyendo el Colegio de Nuestra Señora de la Antigua del que Monasterio había sido maestro entre 1602-1618 [Fig. 41], debía de ser un personaje conocido en Lugo puesto que había trabajado con él entre 1623-1624 en la Catedral, concretamente en las obras del trascoro y en el óculo de la fachada occidental.¹⁶⁶ No sabemos si una vez fallecido Simón, recayó en Fatón el referido cargo de «maestro de las obras de Su Excelencia el Señor Conde de Lemos». Es probable que desde un primer momento fuese nombrado como tal Juan Bautista Martínez. La documentación refiere que el 30 de junio de 1630 el puesto pertenecía al cántabro y que el 5 de julio de dicho año Jácome ocupaba el de «maestro de la obra del Colegio de la Compañía de Monforte de Lemos».¹⁶⁷

Por último, Sánchez de Boado mostró interés en 1630 porque pujase en la construcción del Puente de Carracedo el maestro de obras del monasterio compostelano

¹⁶⁶ Pérez Costanti (1930), pp. 165-167, 383, 578, 584-585; Leirós (1945), pp. 116-117 y (1948); de Abel Vilela (1991), pp. 140-141; Calles Lombao (2021), pp. 237, 341, 344, 360-368.

¹⁶⁷ Acerca de este asunto y de los referidos puestos véase la nota núm. 139.

de San Martín Pinario. El principal centro benedictino del noroeste peninsular había tenido desde finales del siglo xvi a prestigiosos arquitectos al frente del cargo, caso de Mateo López. Para la fecha ocupaba esta plaza el baezano Bartolomé Fernández Lechuga.¹⁶⁸

¹⁶⁸ Pérez Costanti (1930), p. 188.

Conclusiones

Desde que los Reyes Católicos promovieran la reforma monasterial y la creación de congregaciones observantes, las abadías cistercienses del Reino de Galicia adquirieron paulatinamente la riqueza más álgida de su historia. Esta prosperidad, sumada al creciente número de profesos, obligó a los monasterios a adaptarse a comunidades más amplias. De manera que, en el periodo de 1550-1650 se idearon grandiosas iglesias, claustros y todo tipo de dependencias anejas conforme a unos planteamientos generales adecuados a las casas bernardas. La traza y dirección de las obras fue confiada a un conjunto de arquitectos y aparejadores de origen cántabro que supieron delinear soluciones tipológicas y estilísticas muy similares, configurando así un modelo reconocible de cenobio del Císter. En la época indicada fueron de gran importancia figuras como Juan de Cerecedo «el Viejo», la familia de los Sierra, Juan de Herrera de Gajano y Simón de Monasterio, pues diseñaron y dirigieron las fábricas edilicias de varias abadías de forma simultánea.¹⁶⁹ En los últimos años de vida de la generación de Pedro de la Sierra o del citado Simón, esto es, en la década de 1620, emergieron una serie de maestros como Miguel Arias da Barreira, Juan Bautista Martínez o Diego Ibáñez Pacheco que constituyen —sobre todo los dos primeros— los verdaderos protagonistas de la presente investigación. Tanto más cuanto Miguel y Juan continuaron la labor iniciada por los antedichos trasmeranos en buena parte de la zona oriental del Reino, cobrando especial magnitud el núcleo de Monforte y la vinculación clientelar con los Condes de Lemos, así como algunas abadías del Císter que sobrepasaban los referidos límites geográficos, caso de Monfero y de Sobrado en las provincias de Betanzos y La Coruña respectivamente. En estos cenobios y en la órbita de los citados artistas descuella sobremanera la figura de fray Bernardo Gómez, maestro de obras de la principal casa cisterciense gallega y personaje relevante en el panorama arquitectónico de la

¹⁶⁹ González López (1989), pp. 213-216; García Cuetos (1996); Vila Jato (1998), pp. 185-229; Pita Galán (2021), pp. 74-77.

Galicia de su tiempo. Aun cuando siga resultando enigmático, fue demandado nada menos que por el abad del monasterio benedictino más poderoso del noroeste de España y por el obispo de Lugo para dirimir cuestiones trascendentales en lo que a estabilidad tectónica se refiere, tanto en el cimborrio de la iglesia de San Martín Pinario como en el Puente de Carracedo. En ambos casos se hizo cuanto dictó —y con éxito visto lo visto 400 años después—. A ello hay que añadir el rol que pudo haber jugado como perito de las obras de la iglesia abacial de Monfero, inconclusa tras la muerte de Simón de Monasterio. Hemos justificado la posibilidad de que tanto él, como Juan Bautista y Miguel Arias tuviesen mucho que ver con su prosecución desde 1624 hasta principios de la década de 1640. En definitiva, gracias a este trabajo tenemos un mejor conocimiento de la biografía, carrera profesional y personalidad artística no solo de ellos, sino también de la treintena de colegas que, provenientes de distintas partes de la Corona de Castilla, participaron en el proceso de diseño, subasta, contratación, reparo o construcción de una decena de puentes repartidos por la provincia y diócesis de Lugo, los cuales, durante siglos, unieron y delimitaron a personas y territorios. Hoy sabemos más de su primitivo origen y del verdadero momento en que se reedificaron. Ojalá este estudio contribuya a que la historiografía y las instituciones competentes los valoren y cuiden como se merecen.

Fuentes y bibliografía

Fuentes documentales

ARCHIVO CARTOGRÁFICO DE ESTUDIOS GEOGRÁFICOS DEL CENTRO GEOGRÁFICO DEL EJÉRCITO (ACEGCGE)

Mapas y planos, sign. Ar.E-T.4-C.5-194.

ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE LUGO (ACL)

PORTABALES NOGUEIRA, I. *Abecedario de la Catedral de Lugo*, t. 5

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (AGS)

Mapas, Planos y Dibujos, sign. 12, 120

ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO DE LUGO (AHDL)

Fondo Parroquial, Santa María de La Régoa, Defunciones, n.º 1 (1648-1682)

ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN)

Clero Secular Regular, leg. 6262

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE LUGO (AHPLU)

Concello de Lugo:

Actas Capitulares, sign. 7 y c. 19, leg. 36

Protocolos Notariales de Lugo:

Gerónimo López Labrada, legs. 129-2; 130

Juan Rodríguez de Val, leg. 104-1 y 2

Juan Sanjurjo y Aguiar, legs. 109-3; 110-1, 2 y 3; 111-1 y 2

Protocolos Notariales de Viveiro:

Andrés López, leg. 4021

Antonio Pestañas, leg. 3749-4

Luis de Santaballa, leg. 2799-4

ARQUIVO DO REINO DE GALICIA (ARG)

Colección Cartográfica e Iconográfica: RAG. 206, RAG. 207, RAG. 208

Mosteiro de Santa María de Sobrado: leg. 45079-36

Real Audiencia: legs. 297-11 y 2361-25

BIBLIOTECA VIRTUAL DEL PATRIMONIO BIBLIOGRÁFICO

Carte des Routes d'une Partie de la Galice, plano 36, sign. AT-48/31.

CARTOTECA RAFAEL MAS, SERVICIO DE CARTOGRAFÍA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Plano de la provincia de Lugo debido a Francisco Coello (1864). Publicado en *Atlas de España y sus posesiones de ultramar*.

Fuentes audiovisuales

ORDUÑA, J. DE (1969): *Maruxa*, Madrid: RTVE.

Fuentes impresas y bibliografía

ABASCAL PALAZÓN, J. M. y CEBRIÁN, R. (2009): *Los viajes de José Cornide por España y Portugal de 1754 a 1801*, Madrid: Real Academia de la Historia.

ABEL VILELA, A. DE (1991): «O trascoro da catedral de Lugo. Obra de Simón de Monasterio», *El Museo de Pontevedra*, núm. 45, pp. 139-147.

— (1999): *Urbanismo y arquitectura en Lugo. La Plaza Mayor*, Sada: Ediciós do Castro.

ALONSO RUIZ, B. (1992): *El arte de la cantería. Los maestros trasmeranos de la Junta de Voto*, Santander: Universidad de Cantabria.

ALONSO RUIZ, B. et al. (1991): *Artistas cántabros de la Edad Moderna. Su aportación al arte hispánico (diccionario biográfico-artístico)*, Santander: Universidad de Cantabria.

ALVARADO BLANCO, S., DURÁN FUENTES, M. y NÁRDIZ ORTIZ, C. (1990): *Puentes históricos de Galicia*, A Coruña: Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; Santiago de Compostela: Xunta de Galicia (2.^a ed. orig.: 1989).

- ÁLVAREZ, C., MENDOZA, M. A. y PRIETO, A. (1956): *Registro General del Sello*, vol. 4, Valladolid: CSIC.
- ÁLVAREZ ASOREY, R. D., FERRER SIERRA, S. y RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (2004): *Miliarios e outras inscricións viarias romanas do Noroeste hispánico (conventos bracarense, lucense e asturicense)*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.
- ÁLVAREZ ASOREY, R. D. y RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (2008): *Vía romana XIX. Unha viaxe dende Lugo aos Ancares seguindo as pegadas de Roma*, Lugo: Concello de Lugo.
- AMOR MEILÁN, M. (1936): *Geografía del Reino de Galicia. Provincia de Lugo*, Barcelona: Alberto Martín.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. (1992). *La arquitectura de puentes en Castilla y León (1575-1650)*, León: Junta de Castilla y León.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A., CAGIGAS ABERASTURI, A. I. y ESCALLADA GONZÁLEZ, L. DE (2001): *Los maestros canteros de Ribamontán*, Ribamontán al Mar: Ayuntamiento de Ribamontán al Mar; Ribamontán al Monte: Ayuntamiento de Ribamontán al Monte.
- ARES VÁZQUEZ, N. (2007): «Toponimia do concello do Corgo», *Lucensia*, vol. 17, núm. 34, pp. 37-62.
- ARIAS, P. *et al.* (2012): «Verification of image orthorectification techniques for low-cost geometric inspection of masonry arch bridges», *Optical Engineering*, vol. 51, núm. 7, pp. 73606/1-73606/8.
- ARIAS CUENILLAS, M. (1992): *Historia del monasterio de San Julián de Samos*, Samos: Monasterio de San Julián de Samos.
- ARIAS VILAS, F. (1976): «Dous miliarios do tramo viario Lucus-Timalino», *Boletín Auriense*, núm. 7, pp. 97-105.
- BONET CORREA, A. (1966): *La arquitectura en Galicia durante el siglo XVII*, Madrid: CSIC.
- CAGIGAS ABERASTURI, A. I. (2015): *Los maestros canteros de Trasmiera*, tesis doctoral, Santander: Universidad de Cantabria.
- (2019). *Canteros de Trasmiera. Historia social*, Santander: Universidad de Cantabria.
- CALLES LOMBAO, M. G. (2021): *Promotores y artistas en la Santa Iglesia Catedral Basílica de Lugo durante los siglos XVII y XVIII*, tesis doctoral, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- (2022): «Alonso López de Barrio y Pedro Gómez, maestros canteros en la provincia de Lugo durante la primera mitad del siglo XVII», *Croa*, núm. 32, pp. 84-93.
- CAMPO FERNÁNDEZ, L. (1979): *Casas hidalgas de Saviñao, Chantada y de otras tierras*, s. l.: s. ed.
- CASANOVA SÁNCHEZ, X. E. (2013): «Pontes Históricas do Corgo», *Corga*, núm. 4, pp. 32-39.
- DÚO RÁMILA, D. (2011): «Maestros canteros de Trasmiera en Galicia (siglo XVI)», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie VII, Historia del Arte*, núm. 24, pp. 81-100.
- DURO PEÑA, E. (1977): *El monasterio de San Esteban de Ribas de Sil*, Orense: Instituto de Estudios Orensanos Padre Feijoo de la Diputación Provincial.
- EIRAS ROEL, A. (dir.) (1995): *Actas de las juntas del Reino de Galicia*, vol. 1, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.

- FERNÁNDEZ CASTIÑEIRAS, F. y FOLGAR DE LA CALLE, M. C. (2012): «Restaurando la memoria. Intervenciones de la Dirección Xeral de Patrimonio en el Monasterio de Santa María de Montederramo», en E. Fernández Castiñeiras y J. M. Monterroso Montero (eds.): *Entre el agua y el cielo. El patrimonio monástico de la Ribeira Sacra, Opus Monasticorum* V, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 341-380.
- FERNÁNDEZ GASALLA, L. (2002): «Aproximación a la figura del arquitecto clasicista Miguel Arias da Barreira (1631-1650)», en C. Fernández Cortizo *et al.* (eds.): *Universitas. Homenaje a Antonio Eiras Roel*, t. 2, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 45-62.
- (2004): *La arquitectura en tiempos de Domingo de Andrade. Arquitectura y sociedad en Galicia (1660-1712)*, tesis doctoral, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- FERNÁNDEZ VEGA, L. (1982): *La Real Audiencia de Galicia. Órgano de gobierno en el Antiguo Régimen (1480-1808)*, t. 2-3, La Coruña: Diputación Provincial de La Coruña.
- FERREIRA PRIEGUE, E. (1988): *Los caminos medievales de Galicia*, Ourense: Museo Arqueológico Provincial de Ourense.
- FERRO COUSELO, J. (1971): «Las obras del convento e iglesia de Montederramo en los siglos XVI y XVII», *Boletín Auriense*, núm. 1, pp. 145-186.
- FOLGAR DE LA CALLE, M. C. (1998): «La arquitectura de los monasterios cistercienses de Galicia desde el Barroco hasta la Desamortización», en J. Rodrigues y J. C. Valle Pérez (coords.): *Arte del Císter en Galicia y Portugal*, Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian; A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, pp. 280-327.
- FONTÁN, D. (1845): *Carta Geométrica de Galicia*, París: L. Bouffard.
- GARCÍA CUETOS, M. P. (1996): *Arquitectura en Asturias, (1500-1580). La dinastía de los Cerecedo*, Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos.
- GIZ RAMIL, J. (1991): *Láncara, para vivir*, León: Everest.
- GÓMEZ DARRIBA, J. (2019): «“Reconstruyendo” una ruina del siglo XVII. El desaparecido convento de la Encarnación de Mondoñedo», *Sémata*, núm. 31, pp. 251-272. Disponible en <<https://doi.org/10.15304/s.31.5994>>.
- (2020): «De piedra, arcos y agua. La construcción de puentes en el noreste de Galicia durante la Edad Moderna», *Santander. Estudios de Patrimonio*, núm. 3, pp. 233-276. Disponible en <<https://doi.org/10.22429/Euc2020.sep.03.07>>.
- (2021): *Mondoñedo, 1550-1800. Arquitectura y urbanismo de una sede episcopal*, Gijón: Trea.
- (2022): «Diego Ibáñez Pacheco y el claustro de la catedral de Mondoñedo (1636-1640)», en L. Illescas *et al.* (eds.): *Catedrales. Mundo iberoamericano. Siglos XVII-XVIII*, vol. 2, Enredars: Sevilla; Santiago de Compostela: Andavira, pp. 9-37. Disponible en <<http://hdl.handle.net/10433/13240>>.
- GÓMEZ DARRIBA, J. y PITA GALÁN, P. (2020): «Fray Agustín de Otero. Monje cisterciense y arquitecto en la Galicia del Barroco», *Atrio*, núm. 26, pp. 120-147. Disponible en <<https://doi.org/10.46661/atRIO.5006>>.

- GÓMEZ VILA, J. (2005): *Vías romanas de la actual provincia de Lugo*, tesis doctoral, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- (2009a): *Epigrafía romana de la provincia de Lugo*, Londres: Lulu Enterprises.
- (2009b): «Epigrafía y territorio de la provincia de Lugo en época romana», *Estudios Mindonienses*, núm. 25, pp. 319-625.
- (2013): «Contos, pontes e pousadas no Camiño Real de acceso a Galicia», *Corga*, núm. 4, pp. 66-77.
- (2022): «A Vía Küinig polas Terras do Corgo», *Corga*, núm. 9, pp. 76-95.
- GONZÁLEZ GARCÍA, M. A. (2002): «Un documento inédito sobre la actuación de los maestros Hernando y Pedro de la Sierra en el monasterio de San Clodio do Ribeiro (Ourense)», en M. D. Barral Ribadulla y J. M. López Vázquez (coords.): *Estudios sobre patrimonio artístico. Homenaje del departamento de Historia del Arte y de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Santiago de Compostela a la Prof. Dra. M^a del Socorro Ortega Romero*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 287-294.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, P. (1989): «La actividad artística de los monasterios cistercienses gallegos entre 1498 y 1836», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, t. 39, fasc. 104, pp. 213-233.
- (1989-1990): «La labor artística cisterciense gallega desde los fondos documentales del Archivo del Reino de Galicia (1498-1836)», *Brigantium*, núm. 6, pp. 151-173.
- GONZÁLEZ REBOREDO, J. M. et al. (1975-1980): *Inventario artístico de Lugo y su provincia*, t. 1-2 y 4, Madrid: Ministerio de Cultura.
- GORDO PELÁEZ, L. J. (2010): *Equipamientos y edificios municipales en la Corona de Castilla en el siglo XVI*, tesis doctoral, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- GOY DIZ, A. (1993): «Los trasmeranos en Galicia: la familia de los Arce», en M. A. Aramburu-Zabala Higuera (dir.): *Juan de Herrera y su influencia. Actas del Simposio. Camargo, 14-17 julio 1992*, Santander: Fundación Obra Pía Juan de Herrera, Universidad de Cantabria, pp. 147-163.
- (1996): «La actividad de un maestro cántabro en tierras de Lugo: Diego Ibáñez Pacheco», *Altamira*, núm. 52, pp. 223-261.
- (2005): *O mosteiro de San Clodio de Leiro*, A Coruña: Fundación Caixa Galicia.
- (2007): *A actividade artística en Santiago, 1600-1648*, vol. 1, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, (2.^a ed. orig.: 2000).
- (2008): «A formulación da arquitectura beneditina logo da incorporación á Congregación. O mosteiro de San Xulián de Samos», en M. C. Folgar de la Calle y A. Goy Diz (dirs.): *San Xulián de Samos. Historia e arte nun mosteiro. Opus Monasticorum III*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 129-148.
- (2017): «La difícil empresa de llevar el agua a la ciudad de Lugo: traídas, caños y fuentes», en A. Goy Diz y C. Patiño Eirín (eds.): *El Tapiz Humanista II. Actas del XI Curso de Primavera IV Centenario de la Segunda Parte del Quijote. Lugo 21-23 de abril de 2015*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 121-158.

- HERVELLA VÁZQUEZ, J. (2011): «Reparación de varios puentes de Lugo en el siglo XVII», *Lucensia*, vol. 21, núm. 43, pp. 309-317.
- LABORDE, A. DE (1834): *Itinéraire Descriptif de l'Espagne*, París: Firmin Didot Frères (3.^a ed. orig.: 1808).
- LABRADA, J. L. (1804): *Descripción económica del Reyno de Galicia*, Ferrol: Don Lorénzo José Riego Montero.
- LARRUGA, E. (1798): *Memorias Políticas y Económicas sobre los Frutos, Comercio, Fábricas y Minas de España, con inclusion de los Reales Decretos, Órdenes, Cédulas, Aranceles y Ordenanzas expedidas para su Gobierno y Fomento*, t. 43, Madrid: Joseph Espinosa.
- LEIRÓS, E. (1945): «El testamento de Simón de Monasterio, constructor del Colegio de la Compañía en Monforte», *Boletín de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Lugo*, t. 2, núm. 16, pp. 112-118.
- (1948): *El deambulatorio de la catedral de Orense*, Santiago de Compostela: CSIC.
- LIMIA GARDÓN, F. J. (1990): «Un ejemplo arquitectónico en los orígenes del estilo barroco en Ourense: la fachada de la iglesia monasterial de Oseira», *Porta da Aira*, núm. 3, pp. 39-73.
- (2023): *Oseira. El esplendoroso renacer de su abadía en la Edad Moderna. Lecciones de arte, fe y vida*, Ourense: Diputación Provincial de Ourense.
- LÓPEZ ARIAS, X. (2012): «A vella estrada xeral entre o Padornelo e Lugo», *Corga*, núm. 3, pp. 80-98.
- (2016): «Entre a Terra de Chamoso e a Riba de Neira: Organización Territorial (Séculos VI a XX) (Continuación)», *Corga*, núm. 6, pp. 48-65.
- LÓPEZ CALVO, A. (1996): «El Libro Registrador de Propiedades del Concejo en el Fondo Patrimonio del Archivo Municipal. Unos apuntes sobre Pontedeume y su alfoz en el siglo XVIII», *Compostellanum*, vol. 41, núm. 3-4, pp. 519-584.
- LÓPEZ SALAS, E. (2015): *San Julián de Samos - Lugo, estudio e interpretación del diseño monástico y su evolución*, tesis doctoral, A Coruña: Universidade da Coruña.
- LORENZANA LAMELO, M. L. (1989): *Aportación documental al estudio histórico-artístico de dos fundaciones monfortinas: el Colegio de la Compañía y el Convento de las Clarisas*, Lugo: Diputación Provincial de Lugo.
- MADOZ, P. (1847): *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, t. 6 y 10, Madrid: José Rojas.
- MADRAZO, S. (1984): *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*, t. 1, Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; Ediciones Turner.
- MANSO PORTO, C. (1993): «Arquitectura y escultura monumental: siglos XIV y XV», en F. Rodríguez Iglesias (dir.): *Galicia Arte. Arte Medieval (II)*, A Coruña: Hércules, pp. 282-379.
- MARTÍNEZ-BARBEITO Y MORÁS, I. (2004): *Notas de un archivo*, A Coruña: Ayuntamiento de La Coruña.
- MÉNDEZ MARTÍNEZ, G. (1994): *Cartografía antigua de Galicia*, Pontevedra: Diputación Provincial de Pontevedra.

- MIÑANO, S. DE (1827): *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, t. 7, Madrid: Pierart-Peralta.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. (2001): «Introducción al arquitecto Simón de Monasterio (1573-1624)», *Altamira*, núm. 57, pp. 35-53.
- NÁRDIZ ORTIZ, C. (1992): *El territorio y los caminos en Galicia. Planos históricos de la red viaria*, Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- OTERO IGLESIAS, M. (2008): *A riqueza fluvial nas Terras de Chamoso*, O Corgo: Asociación Cultural Arumes.
- OTERO IGLESIAS, M. y POLÍN, R. (2007): *O Corgo na ruta xacobeá*, O Corgo: Asociación Cultural Arumes.
- PARDO DE NEYRA, X. (1998): *Historia do concello de Baralla. Pazos e fortalezas de Neira de Xusá*, Baralla: Concello de Baralla.
- PEINADO GÓMEZ, N. (1969): «Los Reyes Católicos en Lugo», *Boletín de la Comisión provincial de Monumentos Históricos Artísticos de Lugo*, t. 8, núm. 71-74, pp. 228-236.
- (25/02/1981): «El puente de Carracedo-Láncara (II)», *El Progreso*, núm. 22.873, p. 13.
- PEIRÓ GRANER, M. N. (1998): *El Señorío Episcopal lucense en el siglo XVI. Estructura y administración*, Lugo: Diputación Provincial de Lugo.
- (2002): «Reparaciones en el Puente Viejo de Lugo. Un informe de Miguel Ferro Caa-veiro», en M. D. Barral Ribadulla y J. M. López Vázquez (coords.): *Estudios sobre patrimonio artístico. Homenaje del departamento de Historia del Arte y de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Santiago de Compostela a la Prof. Dra. M^a del Socorro Ortega Romero*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 509-519.
- PENSADO, J. L. (1972). *Fr. Martín Sarmiento, testigo de su siglo*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- PÉREZ COSTANTI, P. (1930): *Diccionario de artistas que florecieron en Galicia durante los siglos XVI y XVII*, Santiago: Seminario C. Central.
- PITA ANDRADE, J. M. (1952): *Monforte de Lemos*, Santiago: Bibliófilos Gallegos.
- PITA GALÁN, P. (2021): *Monjes y frailes arquitectos en la Galicia del Barroco*, Santiago de Compostela: Consorcio de Santiago, Universidade de Santiago de Compostela.
- RÍO BARJA, F. J. (1990): *Cartografía xurisdiccional de Galicia no Século XVIII*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P. (1761): *Itinerario de las carreras de posta de dentro, y fuera del Reyno*, Madrid: Antonio Pérez de Soto.
- S. A. (1866-1867): *Itinerario descriptivo militar de España*, t. 1 y 7, Madrid: Imprenta y este-reotipia de M. Rivadeneyra.
- (27/07/1886): *Eco de Galicia*, núm. 72.
- (15/11/1887): *Boletín Oficial de la Provincia de Lugo*, núm. 258.
- (04/10/1950): *La Noche*, núm. 9159.
- (04/09/1955): *El Ideal Gallego*, núm. 11962.

- (28/06/1968): *Boletín Oficial de la Provincia de Lugo*, núm. 148.
- (1992): *Álbum fotográfico de la provincia de Lugo*, Lugo: El Progreso.
- SÁ BRAVO, H. DE (1972): *Monasterios cistercienses. Sobrado de los Monjes. Santa María de Monfero*, La Coruña: Librigal.
- SÁEZ GONZÁLEZ, M. (2018): «Hija de valido, esposa de virrey y monja clarisa. El retiro de doña Catalina de la Cerda en Monforte de Lemos, 1629-1648», en R. Valladares (ed.): *Hijas e hijos de validos. Familia, género y política en la España del siglo XVII*, Valencia: Albatros, pp. 61-75.
- (2023): *Vida y obra del VII Conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro*, 2 vols., A Coruña: Hércules.
- SARMIENTO, FRAY M. (1975): *Viaje a Galicia (1745)*, Pontevedra: Museo de Pontevedra; Salamanca: Universidad de Salamanca.
- SOJO Y LOMBA, F. DE (1935): *Los Maestros Canteros de Trasmiera*, Madrid: Huelves y Compañía.
- TAÍN GUZMÁN, M. (en prensa): «Planta de la capilla mayor del colegio-seminario de San Lourenzo, Lugo», en J. Ibáñez Pacheco (ed.): *Diseños de tradición gótica en la Península Ibérica entre los siglos XVI y XVIII*, Madrid: Instituto Juan de Herrera.
- TORRES RODRÍGUEZ, C. (1982): *La Galicia romana*, La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- VÁZQUEZ SACO, F. (1950): «Nombramiento de Correos y Conductores de valijas de a pie, desde Sarria a Carracedo, Monforte y Orense», en *Boletín de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Lugo*, t. 4, núm. 33, pp. 67-68.
- VÁZQUEZ SANTOS, R. (2003): *Arte, culto e iconografía del Camino Francés en la provincia de Lugo (1500-1800)*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- VELA SANTAMARÍA, F. J. (2019): «El obispado de Mondoñedo en el tránsito del siglo XVI al XVII. Evolución de su población», *Liceo Franciscano*, núm. 213, pp. 265-288.
- VICENTE LÓPEZ, S. (2012): *Vega y Verdugo, Peña de Toro y la introducción del barroco en Compostela*, Santiago de Compostela: Consorcio de Santiago, Teófilo.
- VIGO TRASANCOS, A. (dir.) (2003): *Planos y dibujos de arquitectura y urbanismo. Galicia en los siglos XVI y XVII*, Compostela: Consello Galego de Colexios de Aparelladores e Arquitectos Técnicos.
- (dir.) (2011): *Galicia y el siglo XVIII. Planos y dibujos de arquitectura y urbanismo (1701-1800)*, 2 t., A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- VILA JATO, M. D. (1998): «La arquitectura de los monasterios cistercienses en Galicia durante el Renacimiento», en J. Rodrigues y J. C. Valle Pérez (coords.): *Arte del Císter en Galicia y Portugal*, Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian; A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, pp. 185-229.
- VOCES JOLÍAS, J. M. (1987): *Arte religioso de El Bierzo en el siglo XVI*, Ponferrada: J.M. Voces Jolías.
- XIZ, X. (2007): *O Corgo, amplo horizonte*, O Corgo: Concello do Corgo.

Índice onomástico

- Aballe, Leonel de: 34 (n. 22)
Aguir Montenegro, Antonia de: 50
Aresti, fray Cristóbal de: 31
Arias da Barreira, Miguel: 14, 22, 25, 27, 28
(figs. 2-3), 33, 35-43, 45, 48 (figs. 13-14),
49-51, 53, 54 (figs. 16-17), 55, 56 (figs.
18-19), 57, 58, 59 (figs. 20-21), 60, 69,
70, 71 (fig. 31), 72 (fig. 32), 73, 74, 75
(fig. 34), 76-78, 82, 83, 86, 89, 90
Augusto: 62

Balboa y Quiroga, María de: 73
Bonet Correa, A.: 25 (n. 4), 62 (n. 97), 73
(n. 127), 76 (n. 138), 78 (n. 147), 80, 83
(n. 153)

Cajigal, Pedro de: 32, 35-37, 84
Camba, Pedro de: 32
Carlos III: 29, 58
Castro, Alberto de: 51
Castro, Rodrigo de: 76 (n. 139)
Cerdeja y Sandoval, Catalina de la: 76
Cerecedo, Juan de (el Viejo): 89
Cervela, Juan de: 15, 31, 32
Cornide, José: 52
Crespo, Estevo: 37
Cuéllar y Losada, Alonso de: 34

Díaz, Juan: 73

Fatón, Jácome: 42, 76 (n. 139), 86, 87

Fernández, Catalina: 83
Fernández de Castro, Pedro: 76
Fernández Lechuga, Barlolomé: 80, 88
Fontán, Domingo: 60 (n. 93), 61

García, Álvaro: 43
Gómez, Antonio: 70
Gómez, fray Bernardo: 14, 22, 25, 27, 28
(figs. 2-3), 40-43, 45, 69, 74, 75 (fig. 34),
77, 78, 79 (figs. 37-38), 80, 81 (fig. 40),
82, 89
Gómez, Francisco: 77
González, Dominga: 38
Gómez, Pedro: 33, 70
Gómez de Mora, Juan: 85
González, Rosendo: 35-38, 42, 48 (figs.
13-14), 49, 51, 53, 54 (figs. 16-17), 57,
73, 82
González de Araújo, Francisco: 80
González de la Huerta: 84
Goy Diz, A.: 25 (n. 4), 34 (n. 22), 57
(n. 81), 62 (n. 105), 73 (n. 130), 83
(n. 153), 84, 86 (n. 165)

Herrera de Gajano, Juan: 89
Huerta, Bartolomé de la: 34, 35, 42, 53, 84
Huerta, Francisco de la: 84
Huerta, Juan de la: 34, 35

Ibáñez Pacheco, Diego: 25, 56 (figs. 18-19),
57, 62, 63 (fig. 23), 82-84, 89

- Laborde, Alexandre de: 30, 61
 Labrada, José Lucas: 67, 68 (n. 119)
 Lartigue, Pierre: 30, 61
 Leitão de Vasconcelos, Constantino: 78, 79 (figs. 37-38)
 Lemaury, Carlos: 29 (fig. 4), 30, 51, 61
 Llama, Juan de la: 35, 42, 83, 85
 López, Mateo: 78, 88
 López, Tomás: 30, 61
 López de Barrio, Alonso: 32, 33 (fig. 6), (n. 20), 34-36, 38, 41, 69, 70

 Martínez, Gonzalo: 33-39, 41-43, 83, 84
 Martínez de Isla, Francisco: 32-34, 54 (figs. 16-17), 55
 Martínez de Isla, Juan Bautista: 14, 22, 25, 27, 28 (figs. 2-3), 39, 41-44, 48 (figs. 13-14), 49, 50, 53, 55, 57, 58, 59 (figs. 20-21), 60, 64, 65, 69, 74, 75 (fig. 34), 76-78, 82, 84, 86, 87, 89, 90
 Miñano, Sebastián de: 64
 Monasterio, Simón de: 14, 22, 69, 70, 74, 75 (fig. 34), 76, 78, 84-87, 89, 90
 Morado, Sebastián: 40, 55
 Muñoz, Gregorio: 43
 Muñoz de Selorga, Juan: 27, 28 (figs. 2-3), 43, 44, 55, 63, 74, 78, 80, 81 (fig. 40)

 Neira, Pedro de: 57
 Neira Montenegro, Antonio de: 50
 Novo Sánchez: 51, 73 (n. 132)

 Ojea, fray Fernando: 47
 Otero, fray Agustín de: 81

 Palacios, Alonso de: 34
 Pardo Ribadeneira, Juan: 73
 Pedrosa, Juan de la (el Nuevo): 34, 85
 Pedrosa, Juan de la (el Viejo): 34, 85
 Pedrosa, Sebastián de la: 42, 53, 84

 Peña, Bartolomé de: 64
 Perayos, Juan de: 85

 Rebollar, Domingo de: 64 (n. 111)
 Rebollar, Julián de: 55, 74 (n. 136)
 Rebollar, Pedro de: 43 (n. 37), 44 (n. 41), 50 (n. 61)
 Rebollar, Pedro de (el Mozo): 58 (n. 90), 74 (n. 136)
 Rebollar, Pedro de (el Viejo): 55, 74 (n. 136)
 Reyes Católicos: 47, 89
 Rodríguez, Alonso: 33, 35, 42, 49, 73, 83, 84
 Rodríguez, Bartolomé: 32, 33 (n. 20)
 Rodríguez Camponanes, P.: 29, 30
 Rodríguez Maseda, Antonio: 70
 Rodríguez Maseda, Pedro: 48 (figs. 13-14), 51
 Sáez González: 76, 77 (n. 143)
 Sánchez de Boado, Gonzalo de: 39-44, 49-51, 53, 55, 57, 58, 64, 67, 86, 87
 Sanfiz, Alonso de: 36, 37 (n. 28)
 Sarmiento, fray Martín: 24, 30 (n. 13), 52
 Sierra, Pedro de la: 22, 42, 69, 70, 86, 87, 89
 Solaesa, Juan de: 34, 85

 Teixeira, Pedro: 43, 73
 Tolosa, Juan de: 86
 Torres, María de: 77
 Torres Muñatones, Juan de: 39, 49

 Vaca de Vega, Pedro: 32
 Vázquez, Domingo: 32, 34, 35, 43, 56 (figs. 18-19), 57, 83
 Vega y Arteaga, Francisco de: 32, 35
 Vela Becerril, Diego: 16, 36, 43, 50, 65, 73, 74, 82
 Vélez de la Huerta: 84
 Vila, María da: 70
 Voces Jolías, José María: 85

Índice toponímico

- A Albariza: 43
A Coruña: 15, 22, 24, 27 (n. 8), 29, 31, 33, 35, 37, 43, 55, 70, 74 (n. 135), 76, 78, 85, 89
A Ferrería: 83
A Peroxa: 84
A Ponte de Neira: 47
A Ponte do Vao: 58
A Ponte de Carracedo: 31, 35-37, 42, 74
Alfoz: 31 (n. 18)
Arnuero: 39, 74
Astorga: 30, 57
- Balboa: 85
Baralla: 21, 35, 49, 51, 52 (fig. 15), 62
Belesar: 64
Betanzos: 31, 45, 51, 89
Bierzo: 24, 47, 84
Braga: 57
- Cabezuela del Valle: 77
Cáceres: 77
Camino Real: 21, 29, 30 (fig. 5), 58
Campo de San Fiz: 61
Cantabria: 34, 39, 42, 57, 78
Carracedelo: 85
Casa Consistorial de Lugo: 24, 73
Castilla: 29-31, 52, 61, 68, 90
Castroverde: 34
Catedral de Lugo: 62 (n. 95), 73
Catedral de Ourense: 84, 85
- Catedral de Santiago de Compostela: 33, 34
Catedral de Sigüenza: 85
- Chantada: 21, 64, 65 (fig. 26), (fig. 27), 68
Colegiata de Santa María de Villafranca del Bierzo: 85
Colegio de Nuestra Señora de la Antigua: 42, 76 (n. 139), 86, 87
Colegio de San Clemente de Pasantes: 34
Colegio Seminario San Lorenzo: 73
Colegio Torre de Lemos: 77
Convento de San Jacinto: 77 (n. 144)
Convento de Santa Clara: 76, 77
- Diócesis de Lugo: 11, 13, 15-17, 21, 23, 31, 74 (n. 135), 90
Diócesis de Plasencia: 77
- Ferrol: 29
Fuente de San Pedro: 73, 82
- Galizano: 84, 85
Gibraltar: 31
Guadalajara: 85
- Hospital de San Bartolomé: 70
- Iglesia conventual de Nuestra Señora del Rosario: 70
Isla: 39, 55, 74

- Láncara: 21, 29, 36, 52, 74
 Langre: 34, 85
 Lastres: 43
 Leiro: 86
 León: 34, 45 (n. 44), 85
 Lima: 78
 Lugo: 11, 15, 17, 21, 22 (fig. 1), 24, 29-36, 39, 41, 42, 44, 45, 47, 49-53, 55, 57, 58, 60-62, 63 (n. 108), 64, 65, 69, 70, 73, 74, 76, 81-87, 90
 Madrid: 22 (fig. 1), 29, 30, 31
 Marina de Cudeyo: 85
 Melide: 27
 Melón: 86
 Merindad de Trasmiera: 14, 25, 84
 Meruelo: 78
 Moeche: 76
 Monasterio de San Clodio: 42, 86
 Monasterio de San Julián de Samos: 33, 34, 47, 82
 Monasterio de San Vicente do Pino: 70, 72 (fig. 32)
 Monasterio de Santa María de Monfero: 17, 70, 74, 75 (fig. 34), (fig. 35-36), 76, 78, 89, 90
 Monasterio de Santa María de Montederramo: 70, 86
 Monasterio de Santa María de Oseira: 70, 71 (fig. 31), 81, 86
 Monasterio de Santa María de Sobrado: 22, 40, 43, 74, 77, 78, 80, 81, 89
 Mondoñedo: 15, 82, 83
 Monfero: 70
 Monforte de Lemos: 17, 21, 24, 30, 39, 42, 47, 51, 53, 55, 64, 68-70, 73, 76, 77, 82, 84, 86, 87, 89
 Montederramo: 70
 Nogueira de Ramuín: 35
 Noja: 57, 82
 O Corgo: 21, 29, 34, 47, 52, 55, 58, 60
 O Hospital: 29
 O Páramo: 21, 47
 O Saviñao: 21, 64, 65 (figs. 24-25), 66 (figs. 28-29), 67 (fig. 30), 68
 Obispado de Sigüenza: 85
 Ourense: 24, 30, 35, 42, 45, 64, 69, 70, 84, 86
 Os Mazos: 62
 Palacio Episcopal de Lugo: 40
 Plaza mayor de Ourense: 42
 Plaza mayor de Santiago de Compostela: 33, 34
 Ponferrada: 34, 85
 Ponte da Foz: 61
 Ponte da Tolda de Castela: 60-62
 Ponte do Vao: 58
 Ponte Nova de O Castro de Ouro: 31 (n. 18)
 Pontedeume: 76
 Pontevedra: 33
 Portomarín: 83
 Principado de Asturias: 82
 Puebla de San Julián: 4, 52
 Puente de Areosa: 60
 Puente de Belesar: 17, 22 (fig. 1), 50, 64, 65, 66 (figs. 28-29), 67, 74
 Puente de Carracedo: 15, 17, 21, 22 (fig. 1), 27, 28 (figs. 2-3), 29-32, 33 (fig. 6), 38-40, 41 (fig. 9), 42, 43, 45, 46 (fig. 11), (fig. 12), 47, 49-53, 61, 64, 70, 73, 74, 76 (n. 139), 81-85, 87, 90
 Puente de Covas: 51
 Puente del Gaitero: 33
 Puente de Galiñeiros: 22 (fig. 1), 39, 42, 49, 50, 53, 55, 56 (figs. 18-19), 57, 58, 83
 Puente de Lago: 22 (fig. 1), 29, 30, 39, 42, 49, 50, 52, 53, 54 (figs. 16-17), 55, 57, 61, 76, 82, 84

- Puente de Neira : 22 (fig. 1), 36, 39, 47, 48
 (figs. 13-14), 49-51, 52 (fig. 15), 63, 65,
 74, 82
 Puente de Neira de Rei: 22 (fig. 1), 50, 51,
 57, 62, 63 (fig. 23), 83
 Puente de O Vao: 22 (fig. 1), 29 (fig. 4), 39,
 49, 57, 58, 59 (figs. 20-21), 60, 61
 Puente de Portomarín: 64, 83
 Puente de Ribasaltas: 22 (fig. 1), 50, 63, 74
 Puente de San Fiz: 22 (fig. 1), 29 (fig. 4), 39,
 49, 58, 60, 61 (fig. 22), 62
 Puente de Viloalle: 83

 Reino de Galicia: 11, 15, 17, 21, 24, 30, 31,
 33, 34, 37, 39, 41, 45, 47, 49, 67, 69, 70,
 77, 81, 86, 89
 Riachuelo de San Fins: 60
 Ribamontán al Mar: 34, 42, 84, 85
 Río Cabe: 63
 Río Chamoso: 55, 58, 60
 Río Miño: 47, 60, 64, 68
 Río Neira: 21, 35, 36, 62
 Río Rato: 60
 Río Tórdea: 52
 Romelle: 35
 Rúa Falagueira: 76

 Samos: 15, 30 (n. 13), 31, 32, 35, 43, 83-85
 San Bartolomé de Abragán: 52
 San Bartolomeu de Belesar: 64
 San Breixo da Balsa: 83
 San Cristovo de Cea: 70
 San Fiz: 60
 San Fiz de Paradela: 60
 San Julián de las Herrerías: 85
 San Martín Pinario: 17, 42, 70, 72 (fig. 32),
 77, 78, 79 (figs. 37-38), 80 (fig. 39), 86,
 88, 90
 San Martiño de Oleiros: 73
 San Martiño de Romelle: 35
 San Miguel de Pedrafitas: 55
 San Pedro de Santo André de Chamoso: 29
 San Paio de Diomondi: 64
 San Pedro de Arxemil: 55
 San Pedro de Bande: 52
 San Pedro de Froián: 33
 San Pedro de Ribas Altas: 63
 San Pedro de San Martín de Neira de Rei:
 62
 San Pedro de Santa Comba: 60, 61
 San Pedro Félix de Muxa: 60, 61
 San Salvador de Soutomerille: 34
 San Vicente de Carracedo: 21, 83
 San Vicente de Coeo: 58, 61
 San Vicente de Graíces: 84
 San Xoán de Cela: 47
 Santa Eufemia de Vilarmosteiro: 77
 Santa María de Belante: 85
 Santa María de Carracedo: 85
 Santa María de Lama: 36
 Santa María de Melón: 86
 Santa María de Neira de Cabaleiros: 52
 Santa María da Régoa: 73 (n. 128), 77
 Santa María de Uriz: 34
 Santa María Magdalena de Vega de
 Valcarce: 85
 Santa Marina de Balboa: 85
 Santa Mariña de Galegos: 29
 Santa Xertudre de Samos: 83
 Santiago de Adai: 34
 Santiago de Compostela: 13, 16, 17, 24, 33,
 42, 44, 68, 70, 82, 86
 Santiago de Covas: 35
 Santiago de Laxosa: 58, 61
 Santiago de Renche: 43, 83
 Santo Estevo de Ribas de Sil: 35, 83, 84
 (n. 156)
 Sarria: 24, 25, 30, 32-36, 41, 47, 52, 64, 78,
 85
 Suesa: 42, 84

Tolda de Castilla: 60

Toques: 74 (n. 135)

Triacastela: 83, 85

Tui: 37, 51

Valladolid: 31

Valle del Jerte: 77

Vega de Valcarce: 85

Vilagarcía de Arousa: 24, 33

Vilalba: 76

Vilasantán: 35

Villafranca del Bierzo: 29 (fig. 4), 30, 34,
35, 42, 83-85

Viveiro: 51, 57

Vizcaya: 84



En el primer tercio del siglo XVII varias riadas destruyeron o dañaron gravemente algunos de los puentes más importantes y transitados de la provincia de Lugo. Esta investigación analiza su estado; la relevancia de las vías de las que formaban parte; el interés de las instituciones públicas por financiar su reedificación; los diseños y condiciones de obra inéditos para erigirlos, así como el papel jugado por una treintena de arquitectos y maestros a la hora de peritar, diseñar, pujar o construir una decena de infraestructuras que no son romanas ni medievales como sostiene la historiografía. Los aparejadores, de origen gallego y trasmerano, dieron noticia de las obras que llevaban a cabo en puntos muy dispares de la Corona de Castilla. En general, tenían una estrecha vinculación con los arquitectos que dirigían la reconstrucción de las principales abadías del Císter en el Reino de Galicia y que trabajaban para los Condes de Lemos, especialmente con Simón de Monasterio. Los protagonistas del libro resultan Miguel Arias da Barreira, primordial maestro de obras de las casas gallegas de la orden durante dos décadas; Juan Bautista Martínez de Isla, maestro de obras del Condado de Lemos, y fray Bernardo Gómez, primer arquitecto cisterciense conocido de la Galicia del momento y maestro de obras de la abadía de Santa María de Sobrado.